

26 jóvenes que han pasado por experiencias vitales complicadas comparten sus vivencias y aprendizajes.

Mirando al futuro





Agradecemos la colaboración de Ignasi Blanch y algunos de sus alumnos que, inspirados en las historias de este libro, han cedido a Fundación Adsis sus ilustraciones.

www.ignasiblanch.cat

©Fundación Adsis.

Diseño y Maquetación: Capitán Quimera

Edita: Fundación Adsis

Depósito Legal: VA-874-12

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial o la distribución de esta obra por cualquier método, medio o procedimiento, comprendidos el tratamiento informático y la reprografía.

Los testimonios recogidos en este libro corresponden a jóvenes que participan o han participado en el programa "Preparación hacia la vida independiente de adolescentes y jóvenes" que Fundación Adsis desarrolla en Valladolid. Fundación Adsis ha respetado en todo momento el testimonio de cada joven de la misma forma y manera que ha sido expresado por cada uno de ellos. Fundación Adsis no se hace responsable del contenido ni de las opiniones vertidas en esta publicación.

Presentación.....	4
Nuestras Historias:	
nº 01. Anónima.....	7
nº 02. Abderrazak.....	10
nº 03. María	16
nº 04. Boubacar	20
nº 05. Anónima.....	23
nº 06. Anónima.....	27
nº 07. Moussa.....	31
nº 08. Sandra	35
nº 09. Anónima.....	39
nº 10. Richard.....	43
nº 11. Anónima.....	47
nº 12. Anónima.....	55
nº 13. Anónima.....	58
nº 14. Rosi	62
nº 15. Tatsu.....	67
nº 16. Lamaití.....	70
nº 17. Anónima.....	74
nº 18. Anónima.....	80
nº 19. Anónima.....	83
nº 20. Anónima.....	86
nº 21. David	92
nº 22. Anónima.....	96
nº 23. Anónima.....	100
nº 24. Jonathan	109
nº 25. Anónima.....	114
nº 26. Anónima.....	117
Agradecimientos.....	122

Presentación

“La literatura no puede reflejar todo lo negro de la vida. La razón principal es que la literatura escoge y la vida no”. Con esta cita, Pío Baroja pretendía esbozar la dimensión que la literatura y la vida adquieren, no solo en el alma de un escritor, sino en el alma de cualquier persona.

Este libro persigue ser una ventana abierta hacia realidades que muchas veces nos pueden ser ajenas. Sin embargo, la historia contenida en estas páginas trasciende con mucho las palabras que en ellas se evocan, siempre tan vacías cuando se trata de abarcar lo inabarcable. De narrar lo indecible.

Este libro se dirige fundamentalmente a aquellos jóvenes que están pasando por situaciones parecidas a las que aquí se cuentan. Cada fragmento recogido en este libro ha sucedido y sigue sucediendo.

En él se pretende reflejar la niñez y la adolescencia adversa, contado en primera persona por sus protagonistas, que a algunos jóvenes les ha tocado vivir. En ciertos casos detallando experiencias dolorosas, que han tenido que revivir para poder ser alzadas y escuchadas por todos. Sabemos bien del esfuerzo y dificultad que a cada uno le ha supuesto. Hoy quiero dar las gracias por la entrega de cada uno al comunicar lo vivido y por la valentía de hacer pública su vida, con la clara y única intención de que sirva a otros jóvenes que vienen detrás y que viven situaciones parecidas. Esta publicación también va destinada a concienciar a la sociedad que existen realidades a veces ocultas, a veces difíciles de ver, y que solo si se muestran, podemos tener la capacidad de cambiar y transformar.

Cuando el azar arrasa con todo a su paso, ¿queda alternativa más allá de la resignación? Este libro nos enseña que la vida de un niño nunca puede ser dejada al amparo de la suerte; que la batalla por amputar la casualidad de cualquier destino es una lucha necesaria y que sigue urgiendo. Desde Fundación Adsis, pretendemos, por tanto, que estos relatos se conviertan en voces que humilde-

mente buscan alzarse sobre el ruido que emerge de esta sociedad, nos ensordece y deshumaniza, para que sean escuchadas y entre todos nunca más repetidas.

Estos protagonistas han pasado por muchas adversidades pero están aquí con el propósito de relatar cómo, incluso en esas situaciones hostiles, siempre mantuvieron la ilusión de un futuro mejor para sí mismos. Por esa razón, las páginas que continúan no buscan destripar todas sus calamidades, sino todo lo contrario: estas páginas buscan mostrar una luz al final del túnel y romper una lanza en favor de la rebeldía y el inconformismo como únicas formas de entender la propia existencia. El modesto deseo de este libro no es otro que el de hacer brotar en sus lectores una visión alentadora de algo, en principio muy poco alentador para, una vez surtidos de ese optimismo, afrontar las incongruencias de este mundo loco con la firme convicción de convertirnos en mujeres y hombres mejores y de que las cosas se pueden cambiar y transformar con el apoyo y la generosidad de otras personas. Los protagonistas de estos relatos no se contentaron con pensar que tal vez un día tendrían derecho a soñar con la esperanza: nunca la perdieron. La expresan y nos la regalan, con una sola intención, decir a todos los que están viviendo situaciones parecidas, que es posible cambiar la vida. Con claridad sus vidas nos desvelan algunas claves bien útiles para quienes estamos tan cerca de ellos: *“sin miedo”*, *“paso a paso”*, *“confianza en mí mismo”*, *“tengo sueños”*, *“hoy sonrío”*, *“también lloro con ellos”*, *“agradezco lo que son para mí”*, *“me responsabilizo de mí mismo”*, *“voy entendiendo lo que me ocurre”*, *“busco algo mejor”*, *“voy creciendo como persona”*, *“me conozco más a mí mismo”*, *“soy voluntario para otros que también me necesitan”*, *“hoy me siento querido”*, *“tomo decisiones”*, *“fui y conté lo que vivía”*, *“soy consciente de que tengo una infancia diferente”*, *“no me siento juzgado”*. Y tantas otras que el lector podrá concluir tras una lectura atenta.

Gracias a todos los que habéis hecho posible este libro.

M^a Aurora Corona Velasco
Directora de Fundación Adsis en Castilla y León



Ilustradora: Manuela Gerosa

Quien se adentre en el libro va a encontrar en él comunicaciones duras. Hemos querido respetar la libertad de los jóvenes para que cuenten lo que han considerado conveniente. Algunos deseaban que apareciera su nombre y apellidos, otros no. Pero hemos considerado que dado el grado de intimidad que se vierte era prudente omitir los apellidos de todos. Aún así algunos han querido reflejar su nombre.

nº 01

El relato de mi vida comienza cuando apenas tenía un año. Vivía con mis padres y mi hermano. Todo empezó a cambiar cuando mi madre empezó a beber y se volvió alcohólica. Salía todas las noches y un cierto día nos llevó a la guardería y no volvió.

Así fue como comenzaron todos los problemas. Mi padre ganaba poco y no llegaba para vivir, decidieron que yo me fuera a casa de mis tíos, y mi hermano se quedó con mis padres. Nos veíamos todos los días, así que noté poco la distancia, era muy pequeña.

Mi madre se iba y venía sin dar explicaciones. Tenía yo seis años cuando la vi por última vez.

El tiempo fue pasando e íbamos creciendo por separado, hasta que nos dieron una casa de protección oficial. Yo tenía ya nueve años. Fue lo mejor que me había pasado en la vida: iba a vivir con mi padre y mi hermano, aunque al mismo tiempo también me separaba de la que para mí fue como mi madre: mi tía.

Cambió totalmente mi vida. Empecé a conocer a mi hermano y a mi padre. Pero lo bueno duró poco, y en apenas dos años, todo cambió.

Tenía once años, me mandaron de campamento. Me lo pasé genial pero yo presentía que algo no andaba bien... A mi padre le diagnosticaron cáncer de garganta. Al principio no era nada, le operaron y parecía que todo iba bien, pero el cáncer se extendió por todo el cuerpo. Con tan solo doce años, mi mayor apoyo, mi mejor amigo, que era mi padre murió. Yo me quedé totalmente desamparada. Y a raíz de la muerte de mi padre empieza lo peor para mí.

Volví a casa de mis tíos, con los que había vivido de pequeña, y otra vez me separaron de mi hermano.

Mi hermano empezó a tener problemas con la justicia. No hacía más que meterse en problemas. Jamás superó la muerte de mi padre.

Cuando yo cumplí 13 años, me llegó otro gran palo que me costó mucho superar. Mis tíos se separaron y mi tía se marchaba de casa y me dejaba sola ante el peligro. Esa casa sin ella nunca iba a ser igual, y así fue.

Mi tío también era alcohólico y mis primos se cansaron de aguantar sus borracheras. Nos mudamos de casa. Al principio todo era bonito pero todo cambió. Yo nunca he sido buena estudiante, en esa cosa yo para ellos era una molestia, sobre todo para mi primo. En vacaciones de Navidad de ese año, mis primos decidieron hacerme la vida imposible porque me había quedado alguna asig-natura. El día de Reyes me levantaron de la cama para ver cómo abrían los regalos, pero yo no tuve ninguno. Ese curso, con tan solo 15 años, empecé a ver que la vida me dejaba de sonreír.

No me dejaban ver la tele, no me dejaban salir y estuve un tiempo recibiendo palizas. En el segundo trimestre me quedaron cinco. Nunca pensé la que me venía. Estuve durante cuatro días encerrada en una habitación. Sólo podía levantarme y estar a oscuras, bajaron la persiana y si encendía la luz sabía que iba a «tener problemas», sólo salía de allí para comer. Creo que fueron los peores días de mi vida. Hasta que un día me cansé de recibir palizas y decidí marcharme de aquella casa.

Me fui con lo puesto y pasé la noche en casa de mi amiga, y al día siguiente fui a ver y hablar con quien fue luego mi técnico. Le conté lo que me había sucedido. Él me ayudó y fuimos a por mis cosas. Pasé mucho miedo porque creía que me dejaban allí. Recogí mis cosas y entré en el José Montero.

Fue una experiencia muy buena. Me trataron como nunca. Pasados tres meses decidieron trasladarme al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis. Yo no quería irme, pero no me quedaba otro remedio.

“Todo empezó a cambiar cuando mi madre empezó a beber y se volvió alcohólica. Salía todas las noches, y un día nos llevó a la guardería y ya no volvió”

Al principio fue duro, pero al final me adapté, me encontré con mucha gente buena y no me sentía distinta porque prácticamente todos teníamos problemas parecidos.

Mi mejor momento fue cuando vi a la que hoy por hoy es mi mejor amiga. Somos inseparables. Cuando llegó por primera vez, la que hoy es mi amiga, nos llevábamos fatal, hoy no sería nada sin ella. La verdad allí nos hemos portado mal. ¡Tuvimos mogollón de jaleos!

Yo reconozco que me desmadré, pero los educadores siempre tuvieron fe en mí. Después de casi dos años cumplía la mayoría de edad y fui al piso de mayores, al Servicio de Transición a la vida adulta, también de Fundación Adsis. Duré poquito. Era una cabeza loca. No hacia nada y me daba igual todo. Ellos lo intentaron, pero yo seguía pasando de todo, y llegó el momento en que me fui.

Yo era de las que decía ¡buah, no será tan difícil salir!, pero cuando me fui vi la realidad. No todo era lo que parecía. Salí adelante gracias a mi tía y a mi novio, el que tenía por entonces. Pasé una temporada muy mala: me quedé sin trabajo, lo dejé con mi novio, todo mal... Entonces valoras lo que en su día perdí por hacer el tonto.

Aún sin estar allí, ellos me ayudaron. Fui allí y me hicieron el currículum, me ayudaron a buscar trabajo...

Estuve una temporada sin trabajo, y sin dinero... nada de nada hasta que llegó la llamada para trabajar. Desde ese día soy camarera y llevo tres años. La verdad, la vida empezó a sonreírme.

Yo os cuento mi historia. Mi consejo es que no desperdiciéis la oportunidad que os dan en el Hogar el Juglar, porque por tonterías os podéis arrepentir. Yo también pasaba de lo que me decían. Pero cuando me marché de allí echaba de menos esa gran familia que yo por ser una niñata desperdicié, y que si ellos no me hubieran ayudado hoy por hoy no sé qué sería de mí. Seguramente hubiese acabado muy mal.

¡¡¡Muchas gracias por todo!!!



Ilustrador: Carlos Sanz

nº 02

«CRUZANDO AL FUTURO». Mis ojos vieron por primera vez la luz en el amarillo y ocre país de Marruecos. Comenzaba el mes de septiembre del año mil novecientos ochenta y nueve.

La casa donde reí y lloré por primera vez era una casa humilde, situada en una tierra humilde, con padres y dos hermanas humildes. Después de mí, nacieron otros tres hermanos.

De entonces, recuerdo a mi madre incansablemente cuidando de nosotros, incansablemente atareada en la casa. Recuerdo a mi padre por lo poco que podía verle, constantemente encadenado al trabajo en el campo. Casado con la tierra y el ganado.

Sé que en este país, en el que vivo ahora, cualquier muchacho, afortunadamente, tiene que esperar hasta los dieciséis años para empezar a trabajar. Yo lo hice con cinco. Había que cuidar el escaso ganado que mi padre poseía.

A los seis años, ¡bendita suerte!, ya tocó ir al colegio, una pequeña y única escuela en el pueblo, pero que me abrió una inmensa ventana al mundo de las letras y los números. En eso fui privilegiado, otros muchos chicos de mi país jamás han pisado una escuela. Aunque, a decir verdad, todos los días, a la salida de la escuela, continuaban esperándome mis amigos los animales.

Cuando contaba con doce años de edad he de agradecer a mis padres que, con gran esfuerzo y prescindiendo de mi pequeña ayuda, me enviaran a la ciudad para que pudiera asistir al instituto. La falta de dinero suponía un problema más importante que el hecho de tener que enfrentarme solo a una gran selva de edificios y gente desconocida. Con la deficiente situación económica de mis padres no podían hacerse milagros, había que apañárselas como se pudiera, y esto consistía en esforzarse y aguantar o dejar de estudiar. Aún así, dentro de la angustia que a mis doce años me producía dejar a mi familia y mi pueblo, tuve de nuevo la suerte de contar con la ayuda de una tía, quien tenía una pequeña casa en la ciudad. Allí transcurrieron los dos años siguientes y, si bien es verdad, nunca me encontré a gusto en aquella casa. Tuve que buscar otras alternativas.

En ese tiempo, llegué a conocer a una familia que me ofreció cuidar de un exíguo locutorio a cambio de comida y alojamiento. Experimenté, durante los siguientes tres años de mi vida, un infierno vivido. Vivir, por aquél entonces, consistía en asistir a las clases, trabajar cuidando del locutorio y dormir para poder aguantar otro día. Correr, saltar, jugar... todo lo que un chiquillo de mi edad deseaba, estaba prohibido para mí, pasó ante mis ojos sin materializarse.

De mi paso por el instituto recuerdo ahora, con media sonrisa, los cachetes que el maestro me propinaba cuando en clase me sorprendía ojeando libros en español, comportamiento extraño como una misteriosa premonición.

Durante las vacaciones del verano del año dos mil seis tuve que trabajar para poder comprar libros y ropa con que poder volver al instituto. Aguanté tan solo un mes. El recuerdo de mi pueblo y mi familia había ido creciendo hasta convertirse en un gran deseo, en una gran obligación, y tuve que volver a casa.

Tras la alegría y abrazos de mi familia llegó la sorpresa de que algunos amigos y familiares, según me contaron, estaban preparados para un extraño, pero necesario viaje a los montes del norte de Marruecos. Pronto supe que aquel no era el destino final del grupo, sino que pensaban prepararse para cruzar el mar, el estrecho de agua en cuya otra orilla se encontraban sus sueños, otras esperanzas, otra vida mejor... Aquello, y la ignorancia y fuerza de mis dieciséis años, dieron mucho trabajo a mi cabeza.

Como buen hijo, consulté mi decisión de viajar tras un futuro mejor a mi padre. Sus ojos se tornaron entonces en dos grandes, redondas, dubitativas y miedosas transparencias de agua que yo, a mis dieciséis años, jamás había visto en sus ojos. Mi madre también lloró conmigo. El resto de la familia lloró con ellos. Yo, en el ímpetu e ilusión de mis dieciséis años de edad, era completamente feliz, teniendo que hacer verdaderos esfuerzos para no saltar ni gritar de alegría.

Mi padre, con gran esfuerzo y sacrificio, consiguió la importante suma de dirham que me haría falta para pagar el viaje y así, valiente, en mi sin saber y en mi necesidad, seguí los mismos pasos que mis amigos y compañeros de itinerario hasta los montes del norte de Marruecos en donde, a la llegada, permanecemos ocultos y a la espera, sin comer, durante tres largos días.

Lo peor vino después. Lo que transformó mi garganta y mi pecho en maletas para guardar el miedo, fue el hecho de constatar que una pequeña barca, que llamaban patera, fuera nuestro medio de transporte. Maldije entonces haber nacido en un pueblo, sin posibilidades de poder aprender a nadar. Pero la decisión estaba tomada, y embarcamos, pagué mis dirham y navegamos, siempre con el temor de toparnos con marineros o guardias españoles aunque bien sabía que, si lográbamos atravesar el estrecho, debido a mi minoría de edad, no me devolverían a Marruecos. Estos comentarios fueron algo usual durante los tres días de ocultamiento.

Tras catorce horas de travesía, por fin llegamos a la tierra con la que todos soñábamos, aquella tierra llamada Europa, aquel país llamado España, aquel mundo en el que, con ayuda de Dios y mía, realizaría mis fantasías de prosperar en la vida.

La primera playa que mis pies pisaron pertenecía a un ciudad

llamada Almería. Cuando la policía nos descubrió me llevaron, junto con otros cinco amigos y compañeros de patera, a un Centro de Menores. Solo duré dos noches allí, aquello no me gustaba.

En mi huida, seguí con éxito el camino de una ciudad llamada Valladolid, lugar en el que sabía que vivían algunos amigos y conocidos de mi tierra. La policía, de nuevo, en mi situación de menor extranjero, sin documentar y en desamparo me trasladó a una Residencia de Menores, Residencia con personas y profesionales de los que siempre, a lo largo de toda mi vida, guardaré el más grato de los recuerdos y agradecimiento: la Residencia José Montero. Me acogieron, me quisieron, me apoyaron, me educaron, me exigieron... Mis primeros pasos en el aprendizaje del idioma español, mi primera formación profesional de verdad... Trabajé duro, asistía a cursos por la mañana y por la tarde. Creo que esta ha sido una de las mejores etapas de mi vida. Desde aquí tranquilicé con mi buena situación y atención a mi familia en Marruecos, preocupados siempre desde que sus ojos dejaron de verme. Llegué a ser tutelado, después de un año de estancia, conseguimos mi pasaporte en regla... la luz al final del negro túnel, la posibilidad real de trabajar, de conseguir dinero, de empezar a ser verdaderamente mayor. Cuando no trabajaba, estudiaba. Y Dios ayuda a quien estudia. Me presenté a los exámenes de acceso a los cursos y ciclos de Grado Medio y lo aprobé. Me explicaron que algún día, cuando pueda, puedo matricularme y estudiarlos. Fijaos... Grado Medio, Grado Superior y... ¡A la Universidad! Pero la vida aprieta, y hay que trabajar para vivir.

“Lo que transformó mi garganta y mi pecho en maletas para guardar el miedo, fue el hecho de constatar que una pequeña barca, que llamaban patera, fuera nuestro medio de transporte”

Y el tiempo pasa, inexorable, y cumplí los 18 años de edad, mi mayoría de edad y, gracias a Dios y a mi esfuerzo y trabajo, la ayuda continuó llegando.

Me acogieron en un Servicio de Transición a la Vida Adulta, con la Fundación ADSIS. ¡Ay!, el miedo a enfrentarme solo, sin preparación y sin medios a la vida en la calle se postergó un tiempo más, algo de lo que también siempre estaré agradecido. Con el cambio a nuevos educadores, educadoras, compañeros y compañeras vinieron nuevos temores pero duraron poco. Una vez más me sentí acogido, apoyado, educado y enseñado, exigido... seguí formándome, luchando por aprender, adaptándome a los demás, a las normas, los horarios... creando costumbres y hábitos, sin duda siempre buenos y positivos para mí. Continué luchando mañanas, tardes y noches en espera de que alguien me diera la tan ansiada oportunidad de demostrar a qué había venido a este generoso país: trabajar, trabajar y trabajar... y cuánto lo necesitaba.

Y Dios es generoso con quien trabaja y se esfuerza. Un día me envió un trabajo como peón de soldadura. Acudí a la entrevista con la ayuda de un antiguo educador. Lo conseguimos. Era una gran empresa y cierto que trabajé duramente. Con el tiempo, aún como peón, realizaba trabajos propios de un oficial. No cobraba como un oficial, pero aprendí como un oficial.

Me gustaba la vida en el Servicio de Transición, me gustaban sus responsables y educadores, me trataban como a un adulto y depositaban absoluta confianza en mí. Aprendí a manejar una casa, a cuidarla, a limpiarla, a convivir en grupo. Aprendí a cocinar, aprendieron a respetar mi obligación musulmana de no comer cerdo, aprendí a elaborar platos para aquellos que consumían cerdo. El respeto era mutuo. Aquel trato aportó mayor confianza en mí, me quitó miedos.

Quiero ser agradecido, tuve buenos compañeros y mejores educadores y educadoras que, siempre con paciencia, conocimiento y esfuerzo, me enseñaron y entrenaron para afrontar la vida que estoy llevando hoy mismo: una persona absolutamente dependiente de mí mismo. Yo, no podía responder a su preocupación, sino escuchando, respetando normas, horarios y personas.

En este tiempo, de tanta ayuda que vuelvo a agradecer, conseguí, con el dinero ahorrado de mi trabajo, estudiar para obtener el carné de conducir. Aprobé el examen teórico a la primera. Me siento orgulloso de ello. Las prácticas las aprobé a la segunda, pero es que tenía una profesora...

La vida, para los que nacemos pobres, es difícil y dura, llena de dificultades y problemas... tan solo cuento con veintidós años, pero puedo decir que la vida es bonita, es bella, es buena y merece la pena vivirla. Hoy vivo bien, trabajando cuando se puede (la crisis que nos aplasta) pero con ganas, trabajo y esfuerzo. Me siento preparado para lo que vivo, para atrapar en seguida la oportunidad que se me presente, con tranquilidad, sin prisa... un antiguo y muy especial educador siempre repetía: Abderrazak... Abdó... sin miedo... ¿sabes como se consiguen las cosas?... sin prisas... shuia, shuia... poco a poco... y poco a poco lo estoy consiguiendo.

Gracias. Abderrazak



Ilustradora: M^a Josep Rosanas

nº 03

Me llamo María, tengo 30 años, y estuve hace mucho tiempo en el hogar de Fundación Adsis. Han pasado quince años exactamente desde el primer día que entré allí y las cosas han cambiado mucho desde entonces, pero no voy a comenzar por el final, sino por «el porqué» de cómo llegué allí.

La verdad es que mi familia fue un desastre desde el principio. Mi madre tenía problemas de salud, y mi padre era un maltratador, así que apenas recuerdo momentos buenos. Recibíamos palizas constantemente y mis hermanas y yo pasábamos la mayor parte del tiempo solas. Los Servicios Sociales acabaron por enterarse de la situación y las cosas cambiaron pero a peor.

Recuerdo a mi madre llorando constantemente por ver las palizas que nos daba mi padre, y ella no poder hacer nada, ya que el día que nos defendía, mi padre le dejaba moratones a ella para un mes.

Recuerdo aquella época con tanto miedo que aún a veces, cuando escucho unas llaves en la puerta de entrada me entra un escalofrío.

Después de años de broncas, malos tratos físicos y psicológicos, mi madre decidió separarse de mi padre (que es de los de «si no eres mía no eres de nadie»), y éste montó en cólera y todo fue a peor si cabe. Mi madre cayó en depresión y sus problemas de salud se agravaron, mi hermana mayor se metía en problemas y yo lo único que quería era que me atropellara un coche para acabar con todo. Además, yo era la más razonable que quedaba en mi casa, y no podía con todo. Me sentía tan atrapada que un día, cuando tenía quince años, y después de meses con problemas económicos (porque a mi madre le echaron del trabajo por no ir), y días sin comer, cogí a mi hermana y me fui a los Servicios de Menores a explicar la situación que vivíamos. Esa fue la última vez que viví en mi casa.

Aquella decisión que lo cambió todo, también fue la decisión más difícil que tomé, porque dejábamos a mi madre sola. Cuando se enteró de lo que había hecho se puso a llorar y a mí me partió el alma, pero no supe qué más hacer.

Nos metieron en un centro de acogida «El Montero», como nosotras lo llamábamos, y fue una época algo mejor, aunque nos duró poco porque nos cambiaron a otro colegio, un centro dirigido por monjas donde no estaba nada a gusto y donde tuve encontronazos con varias compañeras que querían robarme cosas.

Después de esto me pasé meses sin hablar, y me dirigí a Menores de nuevo a explicar mi situación, para que me cambiaran al Hogar Tutelado El Juglar, de Fundación Adsis, un centro donde estaba mi hermana mayor, un sitio completamente diferente a éste, donde hacías una vida normal, sin tener la obligación de rezar, ni donde estar encerrado con llave todo el día. Allí, se podía ver la televisión después de comer, y te daban bonobuses para ir al instituto e incluso algo de propina para salir los fines de semana.

Pasado un tiempo, no recuerdo cuánto pero sí que fue eterno, nos cambiaron a mi hermana y a mí. Al llegar al Hogar, recuerdo el ambiente totalmente diferente que había, y lo contenta que estaba. Al principio, fue un poco difícil con las compañeras porque no las conocía y ya había vivido una experiencia muy desagradable con las compañeras anteriores, así que andaba con la guardia levantada por si acaso. Pero con el paso del tiempo, me fui adaptando y comencé a sentirme como en casa, y a hacer vida normal. Incluso, los fines de semana me podía ir a casa con mi madre y hermanas.

Esta época, la recuerdo muy positiva, hice amigas, aprendí a cocinar, empecé a salir, aunque no todo eran fiestas, también empecé a tener obligaciones, teníamos unas tareas asignadas, y si no

“Me sentía tan atrapada que un día, cuando tenía 15 años..., cogí a mi hermana y me fui a los servicios de menores a explicar la situación que vivíamos. Esa fue la última vez que viví en mi casa”



Ilustradora: Julia de la Cal

las cumplíamos nos descontaban dinero de la paga, algo que dolía mucho, ya que era la única cantidad con la que contábamos.

Además teníamos reuniones obligatorias, tutorías, y talleres educativos todas las semanas. Lo mejor de todas estas cosas obligatorias fue el Programa Enlace, donde conocí a José Manuel, con el que he coincidido más tiempo, conseguí una buena amistad, incluso ahora seguimos manteniendo relación.

Más tarde, comencé en el piso del Servicio de Transición. Habían pasado casi dos años, con lo que la relación con los educadores había mejorado mucho, para mí eran como parte de mi familia, compartía todo lo que me pasaba, y me sentía escuchada e importante para ellos.

Aquella época fue donde más me involucré y más cosas aprendí, ya que era mi último año y veía que tenía encima el hecho de vivir sola. Conseguí un trabajo, retomé los estudios, (ya que anteriormente no había sacado ni la ESO), y aunque fue duro porque entre medias pasaron muchas cosas, conseguí sacar la ESO, mantener el trabajo y ahorrar bastante (que eso sí que fue difícil).

Y así fue como llegué al final de mi vida en «El Juglar», con mucha pena y miedo al futuro, ya que siempre había tenido a alguien que cuidara de mí, y entonces, con diecinueve años, tenía que cuidarme sola.

Como decía al principio, quince años han pasado desde mi estancia en el Hogar, y muchas cosas han cambiado. El paso por los pisos de Fundación Adsis, me ha enseñado a ser mejor persona, más tolerante, y a que por muy mala que sea la situación, de todo se sale si tú quieres salir.

Actualmente sigo estudiando y trabajando para mejorar en la vida, tengo a mi lado a alguien que me quiere y me respeta, y aunque sé que siempre habrá momentos malos, echo la vista atrás, y pienso que si he podido con todo esto, puedo con lo que sea y me anima a seguir adelante.

Si alguien me pidiera consejo sobre mi experiencia le diría que aproveche esta oportunidad al máximo, y que se deje guiar por los educadores, que aunque pensemos en muchas ocasiones lo contrario, siempre buscan nuestro bien.

nº 04

Me llamo Boubacar, nací hace 20 años en Guinea Conakry. Mi infancia no ha sido lo que todos los padres desean para sus hijos, tan poco los hijos por sí mismos. Mis padres no se llevaban bien, casi siempre discutían, a veces llegaban a más, y a mí eso me pasó factura, porque en aquella época yo tenía 8 años y mi hermano pequeño era todavía un crío, no sabía lo mal que estaban nuestros padres.

La familia hizo todo lo posible para que solucionaran sus conflictos, pero no hubo manera, aunque llegaban a reconciliarse unos días después volvía la misma historia y eso les llevó a separarse.

“La verdad, con el cariño que me tenían, sentía como si mis padres estuvieran conmigo”

Mi madre se fue con sus padres, llevando a mi hermano junto a ella, yo me quedé con mi padre un tiempo hasta que decidió irse al extranjero, y entonces yo me fui a vivir con mi tía, aunque allí las cosas tampoco iban bien.

Ella trabajaba todo el día y hasta por la noche, casi no volvía a casa, y eso le obligó a buscar una ama de casa para mí y sus dos hijas, una mayor que yo y otra más pequeña. Ella estaba contratada solo para hacernos la comida, y la hija mayor y yo éramos quienes fregábamos los platos, hacíamos las tareas domésticas, como lavar la ropa, ir a buscar agua, etc.

Yo tenía que ir a llevar comida a mi tía a donde trabajaba, a unos dos kilómetros de casa antes de ir a estudiar. Yo en ese momento estaba en primaria y había tantos alumnos que nos repartían en dos grupos, unos iban por la mañana y otros por la tarde. A veces sino estaba la comida iba sin comer hasta que volvía a casa sobre las 18,30 h.

Lo pasé muy mal, echaba de menos a mi madre, a veces lloraba tanto cuando estaba en la cama que no podía dormir. Pero allí aguanté hasta que volvió mi padre unos años después. Yo ya estaba en la ESO, gracias a mi tía, que me financió para que yo siguiera estudiando, y que me aconsejaba mucho que nunca tirara la toalla por muy difícil que se pusiera la cosa.

A mi padre le fue muy bien su aventura, volvió y compró una casa en la capital (Conakry), unos meses después me fui a vivir con él.

En septiembre de 2008, un día por la noche, dije a mi hermano pequeño que yo me iba a buscar la vida. Me preguntó por qué, y le respondí que aquí aunque estés doctorado no vas a encontrar trabajo, y me volvió a preguntar ¿y a dónde piensas ir? Le contesté «no sé, donde me lleve la vida».

Al día siguiente por la mañana, cogí mi mochila sin decir nada a nadie y me fui a la estación de autobuses. Tenía un poco de dinero ahorrado, compré un billete para Senegal, y de allí pasé a Mauritania, donde estuve durante dos meses y medio, hasta que un día por la noche embarqué para ir a Canarias en un barco de pesca.

Al llegar a Canarias, el capitán me vio escondido y llamó a la policía, y me llevaron a un campo de internamiento durante 40 días. Después me fui a Madrid, y de Madrid me mandaron a Valladolid aun piso de ACCEM, donde estuve durante un mes mientras esperaba los resultados para determinar si era menor.

Ya cuando llegaron los resultados me mandaron al Centro José Montero donde estuve durante 9 meses viviendo. Los educadores me llevaron a DESOD donde acudí durante 6 meses para aprender español, mañana y tarde.

En Septiembre de 2009, me matriculé en un curso de PCPI de mecánica por la mañana, y por la tarde hacía otro curso de ayudante de cocina, que duró unos tres meses e hice las prácticas en un restaurante.

En junio terminé también el PCPI y realicé las prácticas en un taller, y me presenté a la prueba de acceso a Grado Medio y

lo aprobé. Me felicitaron todos los educadores y compañeros, y me decían que siguiera esforzándome más porque, si en tan poco tiempo que llevaba hablando español, me bastó para estudiar y comprenderlo todo, es porque soy listo.

Unos meses después fui al hogar el Juglar, de Fundación Adsis, allí empecé el Grado Medio, aprendí a cocinar, levantarme solo, hacer las tareas de casa... a cambio nos daban una propina.

Los educadores me apoyaban, me ayudaban con los exámenes que tenía y me buscaron dos voluntarios para ayudarme en los estudios.

La verdad, con el cariño que me tenían, sentía como si mis padres estuvieran conmigo.



Ilustradora: Eva Pazos

nº 05

Mi historia real. Nací el 30 de marzo de 1992, en Valladolid. No sé qué contar, pues de mis primeros años de vida tan sólo sé cómo era por unas pocas fotos que mi padre aún conserva.

Mi padre ha sido y es camionero y como quien dice, no me he criado con él. Mi madre era cocinera y cuando tenía cuatro años dejó el trabajo para «quedarse» conmigo. Estuve en tres colegios diferentes, y terminé en uno de monjas. Mi madre me metió ahí porque una compañera del colegio anterior también iba a ir. A mi madre la operaron de cáncer de útero, y a raíz de ahí empezaron los problemas.

«*Nueva vida*». Empecé en el colegio de monjas. Lo que me faltaba a mí, conocer a gente nueva... Había gente de todo tipo, pero nadie era como yo. Bueno sí, Ana Belén, una merchera con la que cogí confianza. Todos los demás, eran pijos y ni me caían bien ni les caía bien. Además, me hicieron muchas perrerías entre otras,

por mi físico... no era la típica pijita delgada y burlona, sino todo lo contrario... era de familia media-baja de las que se visten de lo barato pero bonito, con unos kilos de más y calladita.

“Mi madre empezaba a beber un vino, dos, tres, cuatro, cinco... cada día. A medida que iba avanzando el segundo curso, ella iba aumentando sus dosis.

Comencé el curso siguiente y los agarrones de pelo continuaron”

En los estudios la exigencia iba en aumento, y de no hacer nada a tener que trabajar, me costó. Al final de 6º de ESO aprobé todas e incluso inglés. Mi profesora me dijo estas palabras: «te aprobaré porque el año que viene te veo, sino, hubieras repetido». Exactamente al año siguiente, repetí y en 2 de ESO también. 1º de ESO se me atragantó, pensé que era más fácil, pero no fue así. Pasé a 2º, y mis compañeras ya eran más «de mi tipo». En casa empezaban los problemas. Mi madre empezaba a beber un vino, dos, tres, cuatro, cinco... cada día. A medida que iba avanzando el segundo curso, ella iba aumentando sus dosis hasta que un día, en que estábamos todos en casa, mi madre llegó borracha, vino a mi habitación, y sin ton ni son, me cogió del pelo y me arrastró hasta el salón. Yo, se lo perdoné, pero aún hoy en día no me explico el porqué de esa reacción.

Comencé el curso siguiente y los agarrones de pelo continuaron. De ahí, a los guantazos, pero la muy perra era muy lista, me pegaba de cuello para abajo.

En los estudios iba genial, pero tuve que pedir a una de las profesoras que me suspendiera para poder pasar a tercero de diversificación. Mi madre no estaba de acuerdo porque se pensaba que era para subnormales, y me dio otra paliza.

Nos íbamos a ir al pueblo y una noche de sus borracheras, em-

pezó a hablar mal de mi padre, y lo insultó, y yo ya eso no lo toleraba. Yo la contesté, esta vez estaba preparada, me enganchó del pelo y yo a ella también. Nos tiramos al suelo y no sé cómo pero se levantó y me empezó a pegar patadas en el costado... cuando se cansó se fue. Yo cogí mi móvil y llamé a mi padre. Él estaba camino de Italia y lo único que se le ocurrió fue llamar a la guardia civil. Yo les dije, por miedo, que no pasaba nada. Al día siguiente vino mi padre y como vivíamos en Cigales nos tuvimos que ir a Cabezón. La denuncié por malos tratos, y en un abrir y cerrar de ojos me encontraba en el Centro José Montero. Allí, unas personas extrañas iban a tener mi guarda durante dos meses y luego se vería qué harían conmigo.

Cuando llegué eran las cuatro de la tarde. Todo el mundo había comido ya, y me ofrecieron comer, pero no me entraba nada en el cuerpo. Al día siguiente tendría que ir al colegio con unas gafas de sol negras y con un maquillaje para taparme los arañazos y golpes en la cara.

Tenía dieciséis años cuando entré. Me acuerdo que sólo había dos chicas, lo demás eran todo tíos (un español y cinco o seis marroquíes). Una de las chicas se pensaba que la iba a quitar el novio y desconfiaba de mí, pero no sé cómo entablamos conversación y fuimos amigas desde el primer día. Con la otra a los dos días conseguimos amistad pues nuestras historias eran más o menos iguales. ¡Las tres locas del José Montero! Ja, ja.

No todo era color de rosa, también había problemas, alegrías, pasotismo... Cuando pasaron los dos meses, la Junta decidió tutelarme y pasarme al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis. Yo tenía 16 años, y «mis padres» ahora eran los educadores del centro. Gente nueva. No me gustaba nada. Me habían hablado de algunos educadores, sobre todo de Alfonso, ya desde el José Montero. Nada más entrar vi a Jenny, también Saray, otra Jenny y Cova. Ellas iban a ser mis nuevas compañeras. Nos empezamos a contar nuestras historias y entablar amistad.

Al principio yo me portaba bien... pero al poco de entrar en el José Montero empecé a fumar y luego porros. Hasta que no cogí confianza en el piso, no se me ocurría fumar. Lo hacía antes de llegar a casa. Es una de las cosas de las que más me arrepiento, por esa mierda muchas veces no me acuerdo de lo que me han dicho,

o voy a decir una cosa y me quedo en babia. Mi consejo es que os quitéis de esa mierda. O del disolvente o pegamento. He conocido a gente en ese estado y no mola nada.

En el Hogar el Juglar me pusieron una psicóloga para mostrar mis sentimientos y hablar de mi madre y las relaciones que tenía con los tíos. Todo lo consiguió menos que hablara de mi madre, cuando tocó el tema dije que no quería más psicóloga y ella me respetó.

Todos los educadores me ayudaron, pero sobre todo, Ana, mi mami, que nunca me gustó compartir con mis compañeras, Marta y Raquel (una educadora de noche que después se fue).

Todo lo que aprendí en el Hogar me ha servido de mucho fuera. He pasado malos tragos, también buenos, y lo mejor ha sido encontrar a mi pareja, y el bebé que estamos esperando.

Gracias al Hogar he aprendido a valorarme, a respetarme, y a expresar mis sentimientos y no guardármelos. Mi consejo es que aprendáis de los que os enseñan, aunque os parezca una tontería. Luego cuando salgáis les echaréis de menos, os lo aseguro.



Ilustradora: Mila Giménez

nº 06

Hola, os voy a contar la realidad de mi vida. Nací en un barrio marginal y pobre de Colombia. Vivía con mis abuelos, mis tíos, mi madre y mi hermana mayor. Padre no, porque abandonó a mi madre cuando estaba embarazada de seis meses de mí. Vivimos allí hasta que mi abuelo falleció. Tras su muerte mis tíos tiraron cada uno por su camino.

Mi madre tenía un novio, y éste decidió que nos fuéramos a vivir a su casa. Allí conocimos a su familia. Recuerdo que lloraba mucho porque echaba mucho de menos a mis abuelos, ellos siempre estaban pendientes de nosotras.

Pasaron dos meses, y mi madre se marchó a vivir a España, dejándonos allí a mi hermana y a mí solas con su novio y la familia de éste. Ahí comenzaron los maltratos. Eso era día tras día, muchas veces sin motivo. En fin, no aguantaban nuestra presencia, pero eso sí, ya no pasábamos hambre y teníamos siempre con qué vestirnos porque mi madre nos mandaba dinero todos los meses desde España.

Fue pasando el tiempo y al año se marchó su novio a vivir a España, y nosotras nos quedamos allí. Sin embargo, los maltratos siguieron por parte de su familia durante cuatro años más. Hasta que mi madre decidió traernos con ella a España. Creíamos que todo iba a ser diferente, que se acabarían los maltratos, era nuestro gran deseo ya que era lo único que teníamos.

Cuando llegamos, no me acordaba de ella, porque nunca había pasado mucho tiempo con nosotras allí en nuestro país. Siempre nos crió mi abuela, pero a mi madre la queríamos mucho.

Cuando estuvimos los primeros meses con ella, todo era genial. Se portaba muy bien con nosotras e incluso nos daban algunos caprichos. Todo parecía diferente, hasta que empezamos a ver malos tratos del novio hacia ella. Él nunca me cayó bien, era muy malo, y le odiaba ya desde que vivimos con el en Colombia, porque me

maltrataba mucho, hasta que un día de esos mi madre también empezó a pegarnos, se hacía cada vez más constante por parte de los dos.

Un día, cuando tenía diez años, llegué al colegio temprano y no había nadie en casa. Mi madre trabajaba, su novio trabajando y mi hermana estaba en el instituto. Me puse a ver la televisión, cuando escuché la puerta. Creía que era mi madre ya que algunas veces venía temprano, pero no, era su novio. Entró y se puso a mirar por todas las habitaciones, la casa entera (para asegurarse de que no hubiera nadie más en la casa, digo yo). Yo cogí, me levanté y me iba para la habitación, pues me daba miedo, entonces él me cogió, y allí empezaron los abusos sexuales, a parte de las palizas. Eso era día tras día. Llegaba incluso a darme pastillas abortivas por si acaso. Era horrible. Me daba incluso miedo decir algo a mi madre. Estaba encerrada en mi mundo, odiaba todo.

Así hasta los doce años, cuando tuve la posibilidad de hablar en el colegio con una psicóloga. Se lo conté todo. Pero no me creyeron, ya que reunieron a mi madre y a su novio y ellos lo negaron todo, decían que yo era muy mentirosa y que lo único que quería era llamar la atención. Mi madre desde ese momento se enteró de todo y me dio la espalda. Empezó más su rabia hacia mí, me odiaba, ella también decía que todo lo que había dicho era para joder a su marido.

Al poco, su novio decidió que nos fuéramos de Madrid a un pueblo apartado donde no nos conociese nadie (yo ahora creo que para que no hablara más y no levantar sospechas). No nos dejaron estudiar ese año, ni a mi hermana ni a mí. Él siempre decía a mi madre que en el colegio había muchos chicos, y nos iríamos por otro camino, y no íbamos a estudiar.

Al año siguiente nos fuimos a vivir a otro pueblo y mi hermana contó lo que estaba ocurriendo en casa a una familia con la que entabló buena relación. Ellos nos ayudaron a poner la denuncia, y a salir de esa casa.

Al novio de mi madre lo metieron en prisión hasta que salió el juicio. Tiene una condena larga. A mi madre también la condenaron, aunque menos tiempo.

A mi me llevaron a un Centro. Al principio estaba muy mal, porque no estaba acostumbrada a esa libertad de poder tener amigos, ser yo misma... la verdad tenía miedo y estaba mal, porque creía que todo era culpa mía. Los educadores se portaban bien conmigo. Empecé a coher confianza en mí misma, iba a psicólogos para que me pudieran ayudar e incluso al psiquiatra, hasta que empecé a desenvolverme con todo. Cada vez tenía menos miedo, salía más del centro, hablaba más, me eché amigos/as e incluso un noviete. Iba pasando el tiempo y me sentía menos culpable, aunque también lloraba mucho, me asustaba la idea que mi madre estuviese en prisión, aunque ella consintió todo lo que él nos hacía y nunca dijo nada.

Fue pasando el tiempo y me hice mayor de edad, y me fui a Valladolid al Servicio de Transición a la Vida Adulta de Fundación Adsis, ya que en la ciudad donde estaba no había pisos para mayores de edad. Me asustaba la idea de irme a otra ciudad, empezar de cero nuevamente.

Cuando entré, los educadores me acogieron muy bien y mis compañeros también. Con una de las chicas tuve algunos problemas al principio, pero luego comenzamos a congeniar, ya me iba haciendo a todo.

“Tuve la posibilidad de hablar en el colegio con una psicóloga y se lo conté todo. Mi hermana contó lo que estaba ocurriendo en casa a una familia ... Ellos nos ayudaron a poner la denuncia y a salir de esa casa”

Con los educadores cada vez me llevaba mejor, me caían bien. Al principio tenía una tutora que para mí ha significado mucho, porque se preocupaba por mí, y siempre me ayudaba en todo, aunque al principio rozábamos mucho porque yo soy muy cabezota. Ella se marchó por un tiempo y se quedó otra chica de tutora, y con ella también genial, en fin, es una persona bastante importante para mí, me siento muy orgullosa de haberla conocido.

nº 07

Yo me llamo Moussa. Soy de Mali, un país del sur de África, pequeño por habitantes pero grande por espacio, aunque muy potente en sus historias y personajes como Bala Moussa Keita, Soundiata Keita, Babemba Diarra, Cheick Hamala Touré, Kankou Moussa... todos ellos lucharon por la libertad.

Os voy a contar un poco mi historia. Sabemos todos que la vida es muy difícil, dura, complicada, pero también, hay posibilidades.

Pues hasta ahora, he tenido una vida muy complicada, y creo que una de las cosas que nos hace feliz en la vida aunque no se tenga nada, es tener cerca a tu familia, a tu padre, a tu madre... Pero yo no he tenido esa oportunidad, he tenido que vivir lejos de mis padres, aunque el poco tiempo que estuve con ellos fui muy feliz.

Tuve que dejar mis estudios, mis padres, mis amigos... para venir a España, y no fue nada fácil, la verdad... Yo era un alumno que estudiaba mucho y sacaba muy buenas notas. Esperaba tener una beca que consistía en darte estudios fuera de tu país, y tuve muy buena nota, pero cuando llegó la hora de conceder la beca, me dijeron que ya no existía esa ley, que había cambiado, aunque la realidad no era esa. Habían dado la beca a un rico, vendiéndole la nota. Desde ahí se me quitaron las ganas de estudiar. Estuve solo 4 meses en la universidad de mi país, y de repente, me llamó mi tío desde Marruecos. Me dijo: «Moussa, ¿qué tal estás?», y yo le dije: «pues mal, triste». Me dijo: «pero bueno, si quieres puedes también salir del país». Le dije que en ese momento no quería ni dormir una noche más allí. Así que me dijo que no me preocupara que él me podía ayudar: «sácate cuatro fotos, carnet de identidad y te mando dinero para hacerte el pasaporte».

La semana siguiente me mandó dinero para el transporte y me explicó cómo llegar a Argelia. Allí estuve unos cuatro meses y medio con un amigo de mi tío. En ese tiempo, mi tío volvió a Mali. Me llamó para decirme que en unos días me acompañaría su amigo

hasta Marruecos y de allí cogería el coche hasta España.

Cuando llegó este día ¡buf!, tuvimos que cruzar la frontera Marruecos-Argelia, andando unos 25 kilómetros con el riesgo de muerte, porque allí los guardias civiles te matan sin mirar al cielo. Pero si te queda vida nadie puede contigo. Llegué a Úgida dos días después. Nos metieron en una furgoneta a unas 17 personas sin contar con el conductor y su ayudante, hacia Nador, unos 470 kilómetros aguantando como si fuéramos burros, nos insultaban... y nos metieron en un piso en desuso sin servicio, encerrados durante un mes y tres días, porque si salías la policía te podía matar (te llevan a 50 kilómetros en el desierto y te dejan allí sin agua ni alimentos). En el piso, estuvimos a base de pan, sardinas y cuscus. A veces, estábamos hasta 24 horas sin agua. Si llovía entraba el agua por todas partes...

Pensé que mi tío me había engañado. Lloraba diciendo ¡quiero volver a mi país!, y los marroquíes me decían «¿aún lloras? No vas a volver».

“...tuvimos que cruzar la frontera Marruecos-Argelia, andando unos 25 kilómetros con el riesgo de muerte, porque allí los guardias civiles te matan sin mirar al cielo. Pero si te queda vida nadie puede contigo”

La noche del 31 de diciembre de 2009 nos sacaron del infierno diciéndonos que al día siguiente íbamos a España. Yo estaba todo contento, nos llevaron a un campo y pasamos una noche sentados porque no había manera de dormir, el suelo estaba mojado y hacía mucho frío. Tuvimos que volver otra vez al infierno. Allí ya casi no nos quedaba nada de dinero. Había algunos que ya no tenían nada para comer, y llegó la solidaridad, tuvimos que reunirnos los que teníamos para ayudar a los demás, y una semana después volvie-

ron a llevarnos al mismo sitio. Al día siguiente nos embarcaron a las siete de la tarde rumbo a España. Esa era la primera vez que veía el mar cara a cara.

Estaba muerto de miedo, dije que no quería subir a la patera. Pero no lo tenía que haber dicho, me sacaron un cuchillo y me lo pusieron en mis partes, y me dijeron que si no subía me iban a matar, y me tiraron dentro de la patera...Yo pensaba que ya no volvería a ver a mi familia. 18 horas después vimos la montaña de España. Pero antes, entre las tres y las cinco de la madrugada vimos cosas en el mar que no lo explicaré a nadie nunca.

El 3 de enero de 2010 sobre las 3,30 horas llegó la guardia de submarinismo y nos llevaron a Cruz Roja. En ese momento, había algunos que no podían casi andar del frío, que se nos había pegado al cuerpo. Dos días después nos llevaron al campo de Tarifa y de allí nos liberaron 15 días más tarde.

De allí a Valladolid, llegamos a una asociación llamada AC-CEM, en las Delicias. Nos preguntaron la edad y cada una dijo la suya. Un compañero y yo éramos los más jóvenes, así que nos llevaron al hospital para hacernos las pruebas de los huesos para calcular nuestra edad, y demostraron que éramos menores. Nos llevaron a un centro y allí aprendimos el idioma español. Después me llevaron al José Montero, hice un PCPI, y seis meses después de estar tutelado cumplí la mayoría de edad, y solicité una plaza en el piso del Servicio de Transición a la Vida Adulta de Fundación Adsis.

Allí es donde empecé a aprender otra vida nueva (cocinar, freír, levantarme solo...). Terminé el PCPI y me presenté a la prueba de acceso al grado medio, y la aprobé. Empecé a estudiar Grado Medio de Equipos Electrónicos de Consumo. Creo que lo llevo bastante bien, y espero sacar el título el año que viene.

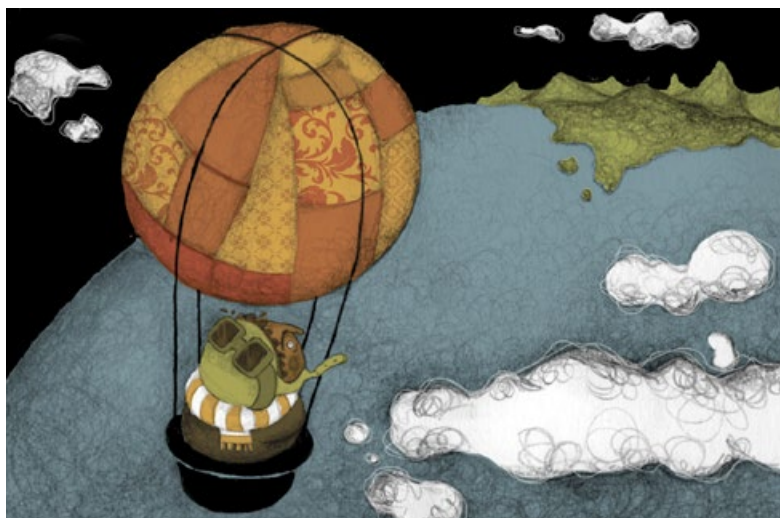
Puedo decir que tuve algunas dificultades en el Servicio de Transición, pero fue cuando me enteré de la muerte de mi madre. Estuve más de tres meses sin poder dormir por la noche, siempre pensando en ella, lo que la echaba de menos... Pero gracias a personas como Marta, mi voluntaria del Programa Enlace, y a Marta, mi tutora, Ana, mi amiga, y a todos los educadores, he ido superándolo poco a poco, ni siquiera estaba contento cuando me

concedieron la residencia, lo veía todo negro, estaba enfadado con el mundo.

Agradezco a toda la gente que conocí en este tiempo, y espero tener un buen futuro y los que vienen detrás, que tengan un poco la idea de no rendirse nunca, siempre hay que pensar en positivo, que la vida da muchas vueltas. Espero que les salga mucho mejor que a mí, que no tengan tanto sufrimiento y que el tiempo que estén en este lugar aprovechen sobre todo los estudios, y respetar las normas de convivencia, que piensen que los educadores están ahí para ayudarles, y que no son enemigos de nadie.

De nuevo, muchas gracias a todos y a todas.

Moussa



Ilustradora: Ona Avilés

nº 08

¿Cómo resumirías tu vida?... ¿En fragmentos? ¿Por vivencias?
¿Por errores? ¿Por lo aprendido?...

Yo, la verdad es que voy a juntar todo esto, porque en ello consiste la vida, no todo lo bueno es tan bueno, ni lo malo tan malo, simplemente es aprender a vivir con lo que te toca, y sacar lo mejor de todo aquello que vayas experimentando.

«En cada error cometido, te llevas lo aprendido», y cuanto menos tienes más lo valoras y aprecias, porque dicen y afirmo, que no es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita.

Pequeños consejos que vas aprendiendo con la madurez.

Realmente quiero que cada lector de esta historia, saque lo bueno de cada segundo de su vida, y piense siempre en positivo, que nunca sabes lo que te deparará el futuro o el destino.

Yo, he llegado a donde estoy ahora gracias al apoyo de la gente que me rodea, los amigos, los profesores, educadores... a veces, la familia no lo es todo, porque familia son aquellos que te ayudan a salir hacia adelante y que están en el camino para que no te tropieces.

Empezaremos por el principio de toda una vida, por el nacimiento de una niña. No sabes dónde te puede tocar nacer, y ni siquiera te imaginas con qué familia te tocará vivir. Yo, por ejemplo, fui a parar a una ciudad castellana llamada Salamanca, y los primeros meses y hasta los cuatro años de vida, estuve en un centro de bebés. A mi padre no lo conocí, y mi madre no se podía hacer cargo de mí por falta de recursos y discapacidad psíquica.

Después de ese paso, tuve plaza para entrar en un piso para niños de mi edad, pero cada uno con un caso completamente distinto al mío. A mí me llamaban «la veterana del centro». Por mis

ojos pasaron muchos niños y niñas, unos más afines que otros, por el mero hecho del poco tiempo que se quedaban.

De esta etapa recuerdo sentir mucha rabia por sentirme muy sola, respecto a otros niños de mi edad. Deseaba poder tener a alguien ahí siempre, alguien que te quisiera incondicionalmente, como una madre... Echaba de menos tener una familia, un hogar. Necesitaba sentirme querida, pero no de una forma temporal (como puede ser el cariño que me dieron de pequeña las educadoras, que fue mucho). Me refiero más a un amor permanente en el tiempo, que ahora mismo con veintiuno años, después de muchas cosas en mi vida, pudiera seguir teniendo para siempre.

Mi fin llegó a los quince años, cuando me dieron la oportunidad de ser acogida por una familia vallisoletana, a pesar del desacuerdo de mi familia biológica. Conviví con esta familia hasta mi mayoría de edad. Luego para seguir desarrollándome sola y conseguir las cosas por mi misma compartí estancia en un piso para adolescentes (El Juglar, de Fundación Adsis).

Quisiera hacer un inciso, y contar un poco más detenidamente mi paso por «El Juglar», ya que han sido quienes me han propuesto escribir sobre mi historia, «una de tantas».

Ingresé en este piso porque hice la mayoría de edad, y se acababa el periodo del acogimiento. Mis padres de acogida se enteraron de la existencia de estos pisos y me lo comentaron, a decir verdad no me quedaba otra opción, no tenía apoyo económico para independizarme tan pronto.

A pesar de todo lo pasado, el hecho de volver a «otro puto centro» se me hacía una pesadilla. Otra vez, vivir detrás de unas normas, unos horarios, y conocer a otras personas. Todo lo nuevo asusta, y nada es lo que parece.

Estuve un año justo, porque ya con suficiente valor y unos cuantos ahorros en el bolsillo salí por mi propio pie del piso, me independicé con una compañera con la que había hecho muy buenas migas y con la que había compartido momentos de risas. Esas tardes de diario haciendo muecas con la cara, y poniendo dientes de topo. Y mil vivencias más como la de ir a hacer la compra juntas. (Maravilloso invento el del carrito del Supermercado). La

“A mi padre no lo conocí, y mi madre no se podía hacer cargo de mí por falta de recursos y discapacidad psíquica. Echaba de menos tener una familia, un hogar. Necesitaba sentirme querida, pero no de una forma temporal, me refiero más a un amor permanente en el tiempo”

verdad que pesa más lo bueno que lo malo, y yo quiero decirlos, que esto es una oportunidad para seguir adelante, que aunque el dinero ayude a la independencia, los consejos de las personas, el apoyo moral de un educador y el estar rodeado con gente que lo ha pasado hasta peor que tú (aunque no exista una balanza), te hace crecer como persona y valorar más todo aquello que te rodea.

Aquí, en el piso, nos hacíamos la comida solos e intentábamos llevar la limpieza. Este piso es un paso que te acerca a lo que sería una persona independiente, y así estar preparados para el día de mañana. Durante mi estancia en él me pregunté por qué no supe valorar las comodidades que tenía en la casa de los padres de acogida, pero llegué a la conclusión que era lo mejor para mi futuro cercano. Y es que, la verdad, da miedo crecer, «hacerte mayor» pero da más miedo cuando te toca madurar antes de tiempo. Pero no me arrepiento de ello, todo lo contrario.

También quería nombrar a todo el equipo de educadores que están ahí día a día, ayudando, aunque ante los ojos de un adolescente parezca que están «tocando las narices». Y en especial a alguien que yo personalmente considero que sabe llegar a las personas por su carisma y personalidad, ella es Marta, siento no haberte valorado lo suficiente y quiero decirte que siempre estarás en mí presente.

Y aquí estoy, ahora con veintiuno años, orgullosa de mi misma

y agradecida de la gente que ha estado ahí apoyándome en todo momento.

He resumido mi vida en aquello, que chicos de mi edad y en casos parecidos, puedan sentirse identificados conmigo, sin dejar atrás que en toda mi vivencia también he sacado adelante mis estudios, me he enamorado y desamorado, he reído y he llorado. Y por último quiero recordarles estas frases:

-Que la vida son dos días.

-Que no todo es Blanco, Negro o Gris...Todo depende del matiz.

..Y que...CARPE DIEM... que disfrutéis cada momento, instante, y segundo de vuestra propia vida.

Me despido con un saludo scout (Ya que soy monitora de un grupo).

Buena caza y Largas Lunas.

Sandra



Ilustradora: Sonia Coloma

nº 09

Tengo recuerdos desde que era muy pequeña. Tengo cinco hermanos, yo soy la segunda y vivía con mis padres. Estos recuerdos se refieren a cosas que hacían mis padres con mis hermanos, y conmigo, sobre todo recuerdos de mi madre que yo no veía normal, y lo pasaba muy mal. Mi madre es alcohólica, recuerdo verla borracha, verla esconder las bebidas en el fregadero, discusiones fuertes con mi padre... Veía cómo mi madre pegaba a mi padre, hasta que llegó a abandonarnos un verano porque se fue con otro. Ví a mi padre pasarlo muy mal, pero luego ella volvió y mi padre se lo consintió.

Con nosotros se ponía agresiva y no controlaba cuando hacíamos algo que a ella no le gustaba. Según iba creciendo me iba dando más cuenta de las cosas, era más consciente de la situación. Cada vez era peor. Mi madre bebía de forma más frecuente, las discusiones de mis padres eran peores, mi madre las preparaba más gordas y se la iba más la pinza.

Recuerdo llorar mucho cuando se peleaban, y estar mal al ver las cosas que hacía mi madre. Ella llegaba a autolesionarse para decir que mi padre la pegaba, se encerraba en el servicio y decía que se iba a suicidar. Todas estas cosas las presenciábamos mis hermanos y yo como algo diario.

Mi padre no era ningún santo, pero delante de nosotros se controlaba mucho cuando discutían, aunque sé que en algunos momentos no se portaba bien con ella. Estaba muy enamorado de mi madre, llegó a obsesionarse con ella. Era muy celoso, de ahí también venían muchos problemas, aunque ella, la verdad, le daba muchos motivos. Mi padre estaba enganchado a los porros, y cuando no fumaba el canuto se ponía agresivo y de mal humor con nosotros y mi madre. No tenía buen carácter. Cuando yo tenía once o doce años, me solían encargarse del cuidado de mis hermanos, porque ellos se iban de fiesta y yo me quedaba cuidando de todos. En ese momento, mi hermano más pequeño tenía meses. Se quedaban toda la noche por ahí y yo me pasaba la noche con

mi hermano en brazos durante horas porque no dejaba de llorar. Cuando llegaban de fiesta venían bebidos. A veces venían contentos y otras provocando grandes discusiones, despertándonos a todos. Así siguieron durante mucho tiempo, hasta que un día dijeron que se separaban, aunque mi padre no quería.

Mi padre se fue con mi abuela, y mis hermanos y yo con mi madre. La cosa no fue muy bien. Mi madre cada vez me mandaba más hacerme cargo de mis hermanos, no me dejaba salir con mis amigas apenas, limpiaba toda la casa, me chantajeaba.

Ellos intentaron volver varias veces, aunque con movidas por medio. En uno de esos intentos yo, cansada de esa situación me fui a vivir con mi abuela.

A mi padre no le veía apenas y con mi madre, acabé mal porque discutí con ella. A ella le jodió que me fuera con mi padre, no me dejaba ver a mis hermanos, y me decía que no quería verme por el barrio. Estuve mucho tiempo sin ver a mis hermanos.

La temporada que estuve viviendo donde mi abuela no lo pasé nada bien, con ella no me llegué a llevar bien del todo, veía cosas que hacía o decía que no me gustaban. Me sentía sola, no salía con nadie, echaba de menos a mis hermanos y a mis amigas.

A los siete u ocho meses volví a ver a mis hermanos y ya todo había cambiado. Esa confianza que ellos tenían en mí me costó muchísimo recuperarla. Durante todo ese tiempo, mi padre estaba muy obsesionado con mi madre. Sólo tenía ojos para ella. Yo saqué la cara en muchas ocasiones por mi padre y él me dejó tirada como una perra. La quería más a ella que a nosotros.

De mis hermanos no se hacían cargo, les dejaban solos en casa sin el cuidado de nadie, les dejaban salir solos por la calle, les tenían desatendidos y ellos seguían viendo borracheras y discusiones. Hasta que un día les fueron a buscar al cole y les llevaron a un centro de menores. Ver a mis hermanos allí fue muy duro. Sentía asco y rabia hacia ellos. Luego mi padre lo volvió a dejar con mi madre y nos fuimos a vivir con él mi hermano mayor y yo.

Viviendo con mi padre, teníamos muchas discusiones. No nos llevábamos bien, había veces que se iba una semana con mi ma-

dre, porque seguían viéndose, y me dejaba sola en casa, sin comida ni dinero. Pasaba de mí, le daba igual si iba a clase, si salía y hasta qué hora, dónde iba a dormir. Tuve amigas que me ayudaron mucho en ese momento.

Después de una temporada así, con quince años, entré en el Hogar el Juglar, de Fundación Adsis. Estaba triste, defraudada y con rencor hacia mi abuela porque cuando me metieron en el centro ella no dijo que se quedaba conmigo, y también hacia mi padre, porque por su culpa mira dónde estaba.

“Recuerdo llorar mucho cuando mis padres se peleaban, y estar mal al ver las cosas que hacía mi madre. Ella llegaba a autolesionarse para decir que mi padre la pegaba, se encerraba en el servicio y decía que se iba a suicidar... Todas estas cosas las presenciábamos mis hermanos y yo como algo diario”

Con mi padre salía los fines de semana y poco a poco, la relación con él mejoró. Cuando entré al Juglar, al principio, lo pasé muy mal. Con la gente me llevaba mal, me cambiaron de instituto, me costó mucho adaptarme. Pero poco a poco, me iba haciendo a ello. Me gustaba tener normas, horarios... con la gente empecé a llevarme mejor, con los educadores iba teniendo más confianza, ¡dejé hasta de salir los fines de semana con mi padre! He conocido a personas muy majas y muy buenas en el centro. Hoy en día tengo muy buenas amigas de ahí. He aprendido muchas cosas, a madurar y a ver la vida de otra manera. También he tenido muy buenos momentos con mis compañeros y educadores, y me lo he pasado muy, muy bien. Yo creo que mal no me porté, aunque alguna vez pasaba de las cosas. Pero mi actitud creo que sí fue buena.

Con todos los educadores me llevaba bien, aunque también tenía muchos roces con ellos, pero para mí ellos en muchas ocasiones han sido mi familia.

Allí también he pasado muy malos momentos, por cosas que seguían pasando con mi familia, y tuve depresión porque falleció un ser querido. Y ellos, los educadores, fueron los que más me apoyaron en ese momento, tenían mucho interés por ayudarme, y me aguantaron mucho. Podía contar con ellos para muchas cosas, me daban mucho cariño, confianza, me daban consejos para bien y para mal, podía hablar con ellos de cualquier cosa. La verdad que son con lo mejor que me quedo del centro, los educadores y mis compañeros.

Estuve casi hasta los dieciocho años. Me fui porque tuve una temporada que no tenía ganas de hacer nada y ellos me decían que sin buscar trabajo o sin trabajar no podía estar. Mi abuela me pidió que me fuera a vivir con ella, y yo, que fui cabezota y orgullosa me fui.

Donde mi abuela también me volvió a costar adaptarme, me daba miedo que las cosas fueran mal, eché mucho de menos a compañeros y educadores.

Hoy por hoy las cosas en casa de mi abuela van bien, he tenido altibajos, y ahora también trabajo.

Con mi madre no tengo relación, y a mi padre, lo suelo ver a menudo y me llevo muy bien con él. Mis dos hermanos pequeños siguen en un centro, y ahora es donde mejor están, porque están bien atendidos. Ahora tengo una vida muy tranquila, y aunque sigue habiendo problemas, te los vas tomando de otra manera.

Lo mejor que me pudo pasar fue entrar en el Juglar. A mí estar ahí me cambió mucho. Pero a veces me arrepiento de haberme ido de allí. Los consejos que os puedo dar, que aprovechéis todas las oportunidades que tengáis ahí, que hagáis caso a los educadores, a los consejos que os den, porque siempre son para bien aunque no lo creáis, no les veáis como el enemigo, como mucha gente les ve. Cuanto más tarde os vayáis de allí mejor, no os metáis en movidas y cosas raras, no repitáis la vida que habéis tenido y sobre todo, pensar siempre en vosotros y en vuestro futuro.

nº 10

Hola a todos, soy Richard, y espero que con esto que os quiero contar, no os meta un rollo, o penséis que quiero pensar por vosotros, o que creáis que esto lo cuento para comeros la cabeza o algo parecido. Simplemente espero que si algo de lo que os voy a contar os hace pensar un momento, y ese pensamiento os sirve de alguna manera para algo bueno, me sentiré satisfecho.

Para mí es algo muy personal, y en algunos momentos, me costará contarlo, por los buenos, y también malos momentos que tendré que recordar.

Mi infancia la recuerdo, por resumirlo un poco, viviendo en dos ciudades y a medida que iba creciendo, a partir de los ocho años, con continuos cambios de domicilio, con todo lo que esto implica (cambio de amigos, de colegios...) y con problemas relacionados con mi madre, que fue con la persona con la que viví toda mi infancia.

Quiero destacar, que espero no os afecten demasiado los prejuicios hacia mi madre. Ella tuvo durante toda su vida problemas con las drogas, con etapas de abstinencia, pero sin dejarlo del todo. El que mi madre tuviese estos problemas, a mí desde ya muy pequeño, con cinco años, ya me hizo empezar a darme cuenta, que yo estaba teniendo una infancia diferente a la que pudiesen estar teniendo el resto de amigos que iba haciendo, en los distintos colegios y ciudades en los que iba viviendo.

Mi madre siempre fue una persona que se preocupó por mí (en la manera que ella pudo). Tengo recuerdos buenos y recuerdos muy malos, por las diferentes situaciones de sus problemas de pareja, de salud, y problemas económicos por los que a medida que fui creciendo y hasta mi llegada a un centro de menores, mi madre y yo tuvimos que ir pasando e ir solucionando, primero ella y después juntos, para conseguir vivir, día a día, lo mejor posible.

Guardo el recuerdo de una madre muy comunicativa, sensible y muy cariñosa, y en ocasiones muy sobreprotectora conmigo

(luego me dijeron, y más tarde entendí, que tampoco era lo más adecuado). A mí, eso me hacía sentir bien, en un niño de cinco u ocho años, pensaba que eso era lo normal y lo mejor para mí.

El que los problemas personales de mi madre me afectaran totalmente durante toda mi infancia, ella lo llevaba mal, e intentaba siempre tratarlos conmigo, hablarlos, para que yo no sufriese. Pero a veces, con estas explicaciones, yo, como niño, con tanta información sobre sus problemas, me daba cuenta que no era lo más conveniente para mí. Me daba cuenta de todos los detalles de sus problemas con las drogas, con sus parejas...

Con esta situación, mi madre se vio obligada a través de una asistente social a internarme en el centro José Montero. Pasados tres años, acabé los estudios de EGB, y proseguí con los de F.P., hasta llegar al Hogar Tutelado El Juglar, de Fundación Adsis.

Entrar por primera vez en mi vida en este tipo de centros, te desorienta un poco, hasta que ya con once - doce años vas comprendiendo cosas. El entrar en un centro dió un vuelco radical a mi vida, a la manera de ver a mi madre con sus problemas... Me volví más independiente (por primera vez en mi vida) en la forma de pensar, actuar y vivir con las dificultades que siempre había tenido.

Mi estancia en el José Montero la recuerdo de una manera más bien positiva, debido a las amistades que tuve y a los profesionales que se ocuparon de mí, dándome cuenta más tarde, del trabajo tan importante, a todos los niveles (personal, colegio, familia, tiempo libre...) de que fueron «realizadores».

El paso del José Montero al Juglar, fue repentino: después de tener una charla con el equipo del hogar, y certificar con mis educadores del Montero el paso a este piso. Dentro de esa charla, se me explicó las ventajas e inconvenientes de entrar en el hogar. Y decir, que el paso fue bastante bueno, por tener la experiencia de haberme adaptado al Montero.

A destacar, que no todo fue tan bueno, debido a mi edad, a lo que pensaba en ese momento, chocaba frontalmente con los primeros objetivos que se me planteaban desde mi nuevo «hogar». Lo que pensaba era lo mismo que un chico de 14, 15 años: en

mis amigos, mi música, mi ropa y alguna chica, no dedicando el tiempo necesario a mis nuevas responsabilidades, horarios y tareas personales, aunque con ayuda del equipo, comencé a poner en práctica, y con el paso de los meses, fui llegando a ver el sentido de cada cosa que hacía.

¡Mi estancia en el hogar la recuerdo como muy óptima! Bastante buena, debido a la unión total que hice primero con mis compañeros, y después con el equipo del Juglar. Mi integración fue buena, pero no sin decir que no tenía problemas. A estos problemas hay que añadirles los de mi madre cuando pasaba algún fin de semana con ella, los derivados de mi comienzo a salir los fines de semana con otro compañero, y mi relación descontrolada con el alcohol.

Anécdotas podría contar muchísimas, buenas y malas. Pero de las buenas, recuerdo cada verano, en el que nos proponían hacer alguna actividad de tiempo libre, como campamentos, que he tenido la suerte de disfrutar varios años.

Mi actitud en el Hogar, al principio fue la de intentar demostrar (sobre todo a mis compañeros), lo bien que era capaz de escaquearme de mis responsabilidades y de que no ocurriera nada por ello, y después con el paso del tiempo, ir dándome cuenta de la importancia de estas responsabilidades en mi vida presente y futura. Después de esta primera etapa de pasar de todo, vino de la de llevar a cabo mis tareas, primero de cara a los demás, y hasta casi mi última etapa en el hogar, llegarlas a hacer con verdadera convicción de lo que hacía.

A destacar mi relación con los educadores: Manolo, Miguel, Au-

“Ella tuvo durante toda su vida problemas con las drogas... El que mi madre tuviese estos problemas, ya desde muy pequeño, con cinco años, me daba cuenta de que yo estaba teniendo una infancia diferente a la que tenían el resto de amigos...”

rora, Sole, Joaquín (en paz descanse), y a Julio, que habría que hacerle una estatua al lado de la estatua de José Zorrilla, je, je, je!. Porque con Julio ha sido con el que más relación he mantenido y mantengo posteriormente a mi paso por el hogar.

Yo creo que el paso por este tipo de centros ayuda bastante a darse cuenta, o por lo menos, a ser más consciente por el seguimiento con charlas, actividades, y otro tipo de responsabilidades diarias.

Mi vida ahora creo que está enfocada a tratar de buscar el tipo de estabilidad profesional y personal que busca cualquier persona normal.

Y con esto quiero decir que tengo que agradecer de por vida, el trato recibido en el hogar. Porque viendo esto, ahora con más perspectiva, y con el paso de los años, eres más consciente del trabajo tan importante que desempeñan aquí.

Muchos besos y abrazos a todos.

Ricardo

Agradecimientos: A todo el equipo, a la Comunidad ADSIS de Valladolid, como Eladio, Edita, la madre de Edita, la madre de Julio, Claudio, Merche, Roberto, Santi, Fernando, Carlos Imaz (hijo), y Carlos Imaz (padre), Nuria (mujer de Carlos Imaz), Erick, Elías y Clara (hijos de Manolo y Aurora), Javi (marido de Sole), Mariaje, Susana, Fernando, Miguel (hijo).



Ilustradora: Mariona Tolosa

nº 11

Mi historia comienza un domingo de verano, mi madre venía de una relación complicada con el padre de mi hermano. Él la maltrataba físicamente, y el mío no se lo puso tampoco fácil maltratándola mentalmente, así que decidió buscarse la vida y sacarnos adelante a mi hermano y a mí ella sola. Trabajaba y contrató a alguien que nos cuidara, pero las condiciones no eran las mejores, por unas cosas y otras, mi madre empezó a coger depresiones hasta que el médico detectó que tenía esquizofrenia paranoide.

Una de mis tías decidió ingresarla en el psiquiátrico de la ciudad donde vivía la mayoría de la familia, pero aquí las cosas no le fueron más fáciles. Tuvo que seguir buscándose la vida ya que ninguno de sus hermanos excepto una de ellas, quería saber de su vida.

Yo empecé a crecer y a darme cuenta de las cosas con seis, siete y ocho años. Recuerdo cuando vivíamos en un pueblo de

Valladolid, donde la gente se entera de todo y nos señalaban con el dedo, porque varias veces la policía y la ambulancia vinieron a buscar a mi madre para llevársela e ingresarla en el psiquiátrico. Los niños pueden ser muy crueles, y además de lo que vivía en casa, se me juntaba las clases en las que había gente que se reía de todo aquello.

Mi abuela y amigos de mi madre intentaban que no me diera cuenta de lo que pasaba por la edad que tenía, pero era imposible no darme cuenta y no saber por qué a mi madre la ingresaban y no me dejaban ni verla, ya que no dejaban entrar a niños, excepto en la zona de la piscina, donde podía verla apenas un rato. Ella no se tomaba la medicación, no aceptaba su enfermedad, y su familia no la apoyaba, solo mi abuela estuvo ahí siempre con ella y con nosotros sin tirar la toalla. Yo seguí creciendo y con 9 años decidimos trasladarnos a la ciudad. No era fácil: cambio de amigos, que nueva gente te volviera a señalar... pero lo que más recuerdo de esas fechas era cuando un día me encontré a la mujer de mi tío y sus hijas, y se acercaron para ver si mi madre y yo éramos nosotras. Efectivamente, y cuando se dieron cuenta se echaron a reír. En ese mismo momento empecé a guardar rencor, a cambiar mi forma de ser. Si tu familia no solo no te apoya si no que te hunde... cómo se puede llegar a comportar el resto de gente que no conoces.

Cada vez las cosas iban a peor, y me metía más en una burbuja en la que no dejaba entrar a nadie. Empecé a escribir cartas a mi tía, la que más tarde fue a recogerme para llevarme con ella. La escribía una carta diaria, le contaba todo lo que pasaba, detalle a detalle, me hacía sentirme mejor, pero la cosa seguía estando mal hasta el punto que los ingresos de mi madre eran cada vez más frecuentes, mi hermano intentaba trabajar, conseguir que saliéramos un poco hacia adelante... pero la enfermedad de mi madre no nos dejaba avanzar.

Seguía sin tomar las pastillas y no solo no mejoraba si no que empeoraba a cada momento, hasta el punto en que empezó a gastarse el dinero de la comida. Lo gastaba en cosas inútiles y sin sentido, como si de una niña se tratara. Se metía con la gente, amenazaba, nos tiraba la comida encima, si no quería que hicieras algo ya fuera comer, beber, ver la tele etc... no podías hacerlo porque acabarías con la comida, bebida... por encima de ti. Empezó a ponerse agresiva, golpeaba la puerta de mi habitación con un bate,

incluso llegó a clavarme 3 uñas en el brazo.

Llegamos a un punto en el que desayunábamos agua, comíamos agua y cenábamos agua; yo no iba a clase nunca, y todo era como un agujero negro del que no ves salida por ningún lado. Sentías un dolor que no te dejaba ni respirar, y rabia de por qué te estaba pasando a ti todo esto. Empezaron a ingresarla en el Clínico en la última planta de psiquiatría, y yo empecé a poder ir a verla. Entrar en aquella planta era un horror, ver gente atada en la cama para que no se moviera, gente dando voces, hablando solos... eso era todo un sentimiento de tristeza por aquella gente, y dolor porque entre ellos sabías que estaba tu madre.

Un día decidí acabar con aquello sin saber qué consecuencias traería, y decidí ir a la policía y decir qué estaba pasando en casa. El policía me dijo que no podrían hacer nada hasta que no me estuviera pegando, y denunciara. Me dieron una tarjetita con su nombre y el número de teléfono, sentí que nadie podía hacer nada, que eso iba a ser así siempre. Pero no era muy difícil que cuando llegara a casa ella volviera a ponerse agresiva conmigo, y así fue, llegué y nada más entrar por la puerta ella se puso agresiva y decidí llamar al número de aquella tarjeta, bajé las escaleras, y los vecinos me dejaron llamar desde su casa. Ellos vivían diariamente también todo



Ilustrador: Isidra Mayo

“...Vi el resultado reflejado en alguien a quien yo quería muchísimo y que por culpa de aquellas drogas esa persona no era ya la misma...”

esto, fueron momentos muy intensos... vi cómo llegaba la policía y entraron escoltándome en casa para que recogiera mis cosas, luego me bajaron y vinieron a por mí dos personas de asuntos sociales. Yo solo recuerdo llorar y llorar, no sabía si lo había hecho bien o mal ni qué pasaría conmigo, quién era esa gente.

Llamaron a mi tía pero, al no vivir en la misma ciudad y necesitar desplazarse me dijeron que esa noche la tendría que pasar en el colegio «El Montero». Allí me metieron una sola noche, la más larga de mi vida. Yo no quería estar allí, pensé que me habían mentido, y que no iban a sacarme de allí al día siguiente. Esa noche la verdad que se portaron muy bien, pero no estaba preparada para ello.

Como sabían mi negación por estar allí esperaron que yo comiera, para decirme que mi tía estaba esperándome, en ese momento todavía no había acabado todo, antes de que mi tía volviera a su ciudad conmigo. Tenían que ingresar a mi madre de nuevo, y yo no podía estar presente. Recuerdo verlo todo desde la esquina de la calle.

Al fin acabó aquel día y me dirigí a vivir con mi tía, y vuelta a empezar de nuevo, instituto, amigos, etc... al principio no fue muy fácil integrarme, luego lo acabé consiguiendo, pero todo empezó a volverse de nuevo gris cuando mi tía decide separarse de mi tío, empecé a saber cosas de ella, esos mundos en los que estaba, y ella empezó a sentirse liberada al verse sola, y empecé a vivir la adolescencia que en su día ella decía no haber tenido.

Yo empecé a pagar aquello, al principio la defendía de la gente que se metía con ella, luego con el paso del tiempo me di cuenta que le daba igual todo, y que estaba en el mundo más peligroso que puede existir: el de las drogas. Yo empecé a consumir alguna droga blanda, como la gente suele decir, aunque hoy creo que las drogas son drogas, y no hay blandas ni duras.

Nunca jamás llegué a consumir más que cannabis, ya que vi el resultado reflejado en alguien a quien yo quería muchísimo y que por culpa de aquellas drogas esa persona no era ya la misma, que aquella que yo tanto apreciaba y en la que sentía que podía confiar.

Mi tía decidió cambiar de ciudad sin saber muy bien con qué fin, de nuevo, cambios, dejar gente con la que me veía apoyada, de nuevo a empezar de cero. En aquella nueva ciudad las cosas no fueron nada bien. Nadie estaba a gusto, ni ella ni sus hijos.

Uno de mis primos decidió que quería volverse y vivir con su padre, él lo pasaba muy mal. Tenía seis años y me recordaba a mí en mis principios. Hablaba con la misma madurez que lo hacía yo a su edad, sin entender el problema de su madre, ni por qué su madre no estaba en casa nunca por salir de fiesta. Al final marchó a vivir con su padre, yo tampoco estaba a gusto en aquel sitio, pero mi tía, mi otro primo, y yo nos quedamos un poco más viviendo allí. Al final mi tía decidió volver a la ciudad que habíamos dejado, pero mi relación con ella no era buena, no nos entendíamos. No llegué ni a matricularme en el instituto, simplemente vivía para cuidar de mi primo como si de mi hijo se tratara. Lo levantaba, lo llevaba a clase, lo bañaba, lo daba de cenar, lo sacaba al parque, y no solo con eso veía situaciones en casa de las cuales no me parecían normales y por las cuales yo tanto la había defendido. Al final, cansada de llevar palo tras palo, decidí con la ayuda y apoyo de mi novio llamar a quien luego fue mi técnico, que era la persona que seguía mi caso, y contar lo que estaba pasando.

Quería que me aceptaran la emancipación pero él no quiso, y me comentó cómo funcionaba un Hogar Tutelado que se encontraba en la ciudad que vivía mi madre, que fuera allí hasta los 18, y luego viera lo que quería hacer. Él mismo fue a buscarme en persona a donde yo vivía, y en apenas un fin de semana me encontraba ya en el Hogar viviendo.

Me dolía dejar a mi primo solo, pero pensé que si mi tía no tenía ayuda con quien poder dejar a su hijo, seguramente ella acabaría cuidando de él, y mucho no me equivoqué. A mi abuela en su día eso le molestó mucho, incluso no creyó nada de lo que yo la conté, pero más tarde pudimos solucionarlo. Y con mi tía la relación terminó por completo.

Recuerdo el primer día en el Hogar, de Fundación Adsis, nada más entrar allí conocí a los dos primeros educadores: Alfonso y Julio y no sé por qué, pero esta vez no pregunté si me habría equivocado o no, mis compañeras vinieron a conocerme y al principio me costó un poco soltarme por ser tímida, pero poco a poco me fui desenvolviendo.

Poco a poco empecé a ver la vida de otra manera, y empecé a ver que por fin sabía lo que era poder vivir tranquila y a gusto sin preocupaciones.

Estando allí aprendí a valorarme más gracias a las tutorías con mi tutor, me ayudaban a aprender muchas cosas, a valorarme más, a dejar de lado lo que la gente opine de ti. Hoy leo el cuaderno de esas tutorías, y me doy cuenta que realmente todo lo que pensaba de aquella época, hoy en día ha quedado atrás, que me ha hecho perdonar cosas y darme cuenta de quién merecía la pena y quién me estaba haciendo mal y quién no. Leí el cuaderno hace apenas unos días y me di cuenta que cumplí los objetivos que tenía para cuando cumpliera 20 años.

Tengo muchos recuerdos de allí, recuerdo cuando llegaba un sábado y contabas todo lo que te había pasado ese día, y todo eran cosas buenas, incluso momentos de risas cuando planeabas alguna



Ilustradora: Gemma Fabregat

broma a algún educador, o ellos te las gastaban a ti, como Dani el educador de las noches de mi época en el hogar, que siempre estábamos de broma y se reía mucho conmigo. Recuerdo los días que celebrábamos cumpleaños cuando nos reuníamos todos los pisos y pasábamos un rato bueno en el que siempre había risas, y a la hora de dormir cuando todavía no queríamos irnos y esperábamos a oír la puerta del despacho para levantarnos rápidamente y ponernos a hablar entre mis compañeras y yo.

Estando en el hogar fui una persona que me porté bien, o por lo menos fue lo que intenté. Cumplía las normas y todo lo que se me pedía, hubo gente que no cumplía ninguna norma, y en comparación a ellos, yo creo que no me porte tan mal y gracias a eso, hoy en día me llevo un buen recuerdo de todo los educadores y de todos los compañeros que pasaron por el hogar en la época que a mí me tocó, porque a pesar de que no siempre cuadras con todo el mundo, y siempre hay alguien con quien no llegas a entenderte, en el fondo acabas cogiendo cariño a todos como si de un hermano al que no soportas se tratara, pero sabes que esta ahí, y le tienes un cariño que no sentirías por cualquier otra persona de la calle. Sabes que todos teníamos problemas y cada uno éramos muy distintos, pero que realmente son el gran apoyo allí dentro, con quien si necesitas hablar solo tendrás que tocar la puerta de su habitación y contarle tu problema, y te ayudarán a sentirte mejor.

En mi estancia allí estuve en un campo de trabajo llamado Nómadas, el cual me enseñó que hay cosas que pueden llenarte mucho, que me gusta ayudar a la gente, y que no necesitas nada para ser feliz solo poner un poco de tu parte, y sacar una sonrisa a alguien puede ser muy gratificante. Y aunque hoy en día los recuerdos siguen estando ahí, nunca se podrán borrar del todo, pero sé que mi paso por allí me ha hecho aprender a llevarlo todo mejor, y cuando ves a alguien que va a hacerte daño, sabes manejar el tema y las circunstancias, cuando tengo un bajón me puedo levantar. He aprendido a saber ser una persona independiente, a ayudar a la gente que lo necesite, y valorar la ayuda de los demás que aunque a veces nos nequemos a ser ayudados, en realidad muchas veces necesitamos que alguien te tienda la mano. En definitiva, ese año que estuve allí aprendí muchas cosas, más de las que me imaginaba.

Cuando hice los 18 marché a hacerme independiente con mi

novio, la persona que me ayudó en su día a entrar en el Hogar, soy una persona nueva y feliz, el tema de las drogas aunque nunca fue a más que el cannabis lo dejé de lado cuando vi a mi madre consumirse por culpa de toda esa mierda, ahora cada día sigo luchando porque todo siga siendo como es ahora, y que el pasado no vuelva, quede atrás.

Con mi abuela tengo una buena relación, mi madre y mi hermano saben que cuando un día marché de su casa fue porque era lo correcto para todos. Mi madre cuando vio que me separaban de ella empezó a medicarse todos los días, así que todo ha ido a mejor. Con mi tía sigo sin hablarme, pero he aprendido a no guardar rencor y quizá el día que nos sintamos preparadas, hablemos de todo lo ocurrido.

Por último quería dar un consejo a la gente que como yo, tienen miedo y no se atreven a dar ese paso porque se encuentran en un callejón en el cual no ven salida:, que busquen su solución, que todo va a ser para mejor no para peor, y que si no sales de todo eso al final no vas a solucionar nada y el callejón, cada vez se hará más largo, y a la gente que ya esté en el Hogar, que aproveche el día a día allí, que se queden con lo bueno, y que intenten aprender lo máximo posible de todo aquello, porque realmente es una gran ayuda.



Ilustradora: Anna Riera

nº 12

Esta es mi historia:

Yo siempre lo he tenido todo, una familia, una casa, mucho cariño...lo que cualquier niño ha podido tener. Siempre hemos sido todos muy felices y tengo un gran recuerdo de ello.

Todo empieza cuando mi padre tuvo que buscar trabajo fuera, para poder darnos una vida mejor tanto a mí como a mi hermano y mi madre, con tan mala suerte que un día trabajando, se rompió una grúa y mató a mi padre.

Para mí, él lo era todo, y cuando me enteré, se me vino el mundo encima. Yo tenía muchos miedos, uno de ellos era el de quedarme sola, ya que mi padre y yo éramos uña y carne, y desde ahí empezó a cambiar nuestras vidas.

Mi madre era muy joven y nosotros muy pequeños. La familia de mi padre (los primos) se ofrecieron voluntarios para ayudarnos, o eso pensábamos, porque de un día para otro me encontré en un centro de menores con mi hermano, y separados de nuestra madre, que era lo único que teníamos.

Tengo que dar gracias a Dios que mis tíos (hermanos de mi padre), rápidamente se pusieron en contacto con nosotros y lucharon todo lo que pudieron y más para que saliéramos de esa situación lo cual consiguieron y es de agradecer.

Yo vine al Hogar El Juglar, de Fundación Adsis en Valladolid y mi hermano se quedó en el centro de menores, que es de lo que más me arrepiento, de haberlo dejado solo unos meses cuando nunca nos habíamos separados.

Para mí fue más fácil la estancia en el piso del Juglar ya que conocía a una chica con la que coincidí en otro centro de menores.

La integración fue genial, la gente super maja y los educadores

también sin palabras, cualquier cosa que necesitase, tanto hablar como ir al médico... siempre han estado ahí apoyándome en todo. Hemos compartido muchas cosas juntos, tanto risas como lloros.

“Siempre hay que tomar decisiones en las que te puede cambiar la vida...yo he tomado muchas en caliente y es lo peor...tienes que pensar muy bien las cosas y si no ves luz, pues pedir consejos...”

Me acuerdo un día que nos llevaron a todos a la playa a Gijón y fue un día inolvidable. Nos lo pasamos todos como enanos, nos llevaron a comer y luego pasamos la tarde en la playa. Al principio hacía muy bueno, y nos empezamos a hacer fotos todos, echándonos unas risitas, hasta que a las 17:00 h. más o menos nos empezó a hacer malísimo y ahí acabó nuestro gran día... pero nos lo pasamos genial...

Otro día que recuerdo fue un día de verano que nos fuimos todas las chicas a tomar el sol a la playa, y también me lo pase genial.

La verdad es que también es difícil estar viviendo con gente con la que te cuesta a veces llevarte bien, las normas, las tareas... pero realmente portándote bien, respetando horarios y cumpliendo con todo, llegas a vivir muy bien.

También tienes que ser fuerte y saber lo que está bien y lo que está mal, la gente con la que te conviene ir y con la que no. Yo creí que hice una buenísima amiga y luego me llevé una decepción, pero de errores se aprende, solo hay que tener un poquito de cabeza, aunque a veces no pensamos lo que hacemos...

Yo del piso y de la gente sólo tengo buenos recuerdos, la verdad que para estar en la situación en la que estaba, fui muy feliz, conocí también a mucha gente con la que todavía tengo relación y me encanta, porque mejor o peor pero todos hemos pasado por la misma situación.

Yo, hoy por hoy, doy gracias al esfuerzo y a los consejos que me dieron en el piso. Tengo mi trabajo, mis amigos, mi pareja, y sobre

todo, vuelvo a estar con mis hermanos y con mi madre que son lo que yo más quiero en el mundo.

Siempre hay que tomar decisiones en las que te puede cambiar la vida, tanto para bien como para mal, yo he tomado muchas en caliente y es lo peor que puedes hacer, tienes que pensar muy bien las cosas y si no ves luz, pues pedir consejos, siempre habrá alguien dispuesto a ayudarte, como es en mi caso. Yo me he portado mal con muchos amigos y aun así, tengo que dar gracias a que son buenísimas personas y siempre están dispuestos a ayudarme.

El consejo que yo os doy es que la vida no es fácil para nadie, cada uno tiene lo suyo, pero hay que ser fuerte y si te caes, levántate, y no mirar para atrás ni para coger carrerilla. Ese es un gran consejo que me dio mi tía, a la que la agradezco mucho.

Espero que mi historia os pueda ayudar en algo, aunque cada historia es diferente piensa que si tu estás mal, siempre hay alguien peor a la que puedes ayudar.

nº 13

Hola, os voy a contar mi historia desde más o menos el principio. Antes de nacer yo mi madre tuvo dos hijas y vivía en una casa molinera de un barrio de Valladolid. Cuando yo nací, cinco años después, mi padre murió pero como yo, ni sentía ni padecía nada no le di mucha importancia a su muerte. Al año siguiente mi madre conoció a otro señor y tuvo un hijo con lo que ya éramos cuatro hermanos y seguíamos viviendo en el mismo lugar.

A los pocos años mi madre dejó a este señor porque no aportaba nada en casa, ni dinero, ni comida. Le dejó por otro hombre, éste último fue el causante de todos los problemas que ha habido en mi familia.

Mi madre tuvo cuatro hijos con este señor, el primero lo tuvo en la casa molinera en la que vivíamos, la cual tuvimos que dejar, porque el señor éste quiso que fuéramos a vivir a un piso. Vendió la casa y pidió un préstamo al banco para poder comprar el piso.

Ya en el piso, con el señor tuvo el segundo hijo, yo tuve que cambiarme de colegio a otro más cercano al piso, con lo que perdí los amigos que conseguí hacer en mi primer colegio. Había un problema y es que el señor cogió la costumbre de tener el poder sobre todos mis hermanos y mi madre, y empezó a pegarnos y a insultarnos a todos. Siempre nos pegaba por cosas que no tenían sentido y cuando pegaba a nuestra madre y nosotros nos metíamos en medio para defenderla...a nosotros también nos pegaba.

Después de un año en el mismo nivel de insultos y maltratos, el banco nos echó del piso por no pagar el préstamo y nos fuimos a vivir a otro que estaba en otro barrio de Valladolid. En este nuevo piso yo ya empecé a ir al instituto. En el instituto conocí a mucha gente y me hice nuevos amigos, salía con ellos y me lo pasaba bien, pero todo eso acabo cuando mi madre tuvo un tercer hijo con este señor, y no pudo pagar el alquiler del nuevo piso, y nos tuvimos que mudar a otro en otro barrio diferente.

Yo perdí a mis amigos del instituto y dejé de estudiar porque cada vez se me hacía más imposible estudiar por culpa de los continuos insultos y maltratos de este señor, y me puse a hacer un curso de pintor.

Al poco tiempo de estar en este nuevo piso (siempre en silencio y teniendo cuidado con lo que hacía porque si no el señor se enfadaba y venía a pegarme), mi madre tuvo un hijo más. Ya éramos ocho hermanos entre chicos y chicas, y había muchas peleas todos los días en casa. Nos insultábamos, nos dábamos con tenedores, palos de escoba, fregonas...

Pero ocurrió lo de siempre, que al no pagar el alquiler del piso nos tuvimos que ir, esta vez ya no a un piso sino a un local.

“Me costó muchísimo integrarme entre los chicos que había y con los educadores. Pero poco a poco fui cogiendo algo más de confianza y me iba sintiendo más a gusto con todos, empecé a hablar, a reír (en estos momentos mientras estoy escribiendo esto, se me han saltado las lágrimas porque nunca había podido estar así)...”

En este local dormíamos todos, mis siete hermanos, mi madre, el señor y yo. Cocinábamos allí dentro, nos duchábamos en un caldero y pasábamos las horas sentados o durmiendo, ya que no podíamos estar saliendo y entrando por si los vecinos nos veían. Yo ya no tenía ningún amigo, porque como ya no podía salir del local porque si salía, hostia que me llevaba de este señor, por miedo a que nos viesan, pues me pasaba los días dentro jugando con mis hermanos pequeños.

Un día llegó una carta en la que los de asuntos de menores se querían llevar a mis cuatro hermanos pequeños, porque no podían vivir en esas condiciones. A los pocos días se llevaron a los cuatro,

y poco después denunciamos al señor y conseguimos que le metieran en la cárcel.

Yo cada vez estaba peor, habían pasado ya siete años viviendo con el señor y siempre era lo mismo, y me estaba volviendo loco, no quería ser así porque quería mucho a mis hermanos, así que como aún estaba en el curso de pintor a punto de acabarlo, decidí hablar con el monitor del curso de los problemas que tenía en casa y él me ofreció la ayuda de una asistente social. Esta asistente social me citó para hablar con ella y ver qué se podía hacer. Le dije que me quería ir de casa pero que no sabía cómo y ella me ofreció tres centros, uno de ellos era el Hogar el Juglar, de Fundación Adsis, y lo elegí.

A los pocos días me fui de casa al centro el Juglar. Yo no estaba acostumbrado a estar con gente que no fuese mi familia, ni con gente amable y que no me pegara, y me quedaba la mayor parte del tiempo encerrado en la habitación y casi sin hablar con nadie, solo decía «sí», «no». Me costó muchísimo integrarme entre los chicos que había y con los educadores.

Pero poco a poco fui cogiendo algo más de confianza y me iba sintiendo más a gusto con todos, empecé a hablar, a reír (en estos momentos mientras estoy escribiendo esto, se me han saltado las lágrimas porque nunca había podido estar así), me sentía mal por dejar a mis hermanos sin mí, me sentía mal por culpa de aquel señor, me sentía mal por empezar a pegar a mis hermanos....

Bueno os sigo contando. Como decía en este Hogar me sentía cada vez mejor, tanto que me hice amigo de los chicos y chicas que había. Me llevaba muy bien con ellos.

Os preguntaréis qué ocurrió al irme de casa de mi madre, pues lo que ocurrió es que al estar el señor fuera de casa de mi madre, mi madre conoció a otro.

Diréis que mi madre estaría preocupada por mí, pero a mí no me lo parecía, porque cuando fue Navidad, ese primer año que estuve en el centro mi madre llamó por teléfono al Hogar, y entre lágrimas (de cocodrilo como digo yo) quiso que volviera a casa, pero no fue así, no volví a casa de mi madre porque hablé con uno de mis hermanos por una red social y me dijo que mi madre estaba con ese señor nuevo y que tuvo un hijo con él, y que ahora

mi madre se pasaba los días fuera de casa con ese señor. Yo no me creía que mi madre me echara de menos, porque mi madre sigue teniendo hijos, porque no se puso a trabajar, porque se fue con otro señor, porque no se preocupó por mí ni un solo día en todo un año... si hubiera tenido interés habría llamado más veces, me habría hecho alguna visita...en fin, mucha gente estará de acuerdo conmigo y otras muchas más estarán en desacuerdo.

A mí me gustaba mi nueva vida, me involucraba con los compañeros del Hogar, en las actividades con los educadores, incluso me hice voluntario de equimercado.

No sé, me sentía mucho mejor, sentía que por fin podía tirar mi vida hacia arriba, tanto que cuando pasé al Piso de Transición a la Vida Adulta de Fundación Adsis conocí a una persona por medio de una red social con la que empecé a salir y hablar.

Cuando mi estancia en el Piso de Transición a la Vida Adulta acabó, me fui a vivir a un piso compartido, pero claro, cada persona hace su propia vida y yo también. Así que me fui a vivir por mi cuenta, cerca de la persona que conocí y con la que ya llevo cuatro años.

Bueno aquí acabo. Sólo decir que es mucho más extensa mi vida y que la he resumido muchísimo.

Os digo que mi vida ha cambiado un montón y no es por alagar al Hogar «el Juglar» ni nada por el estilo, pero gracias a los educadores ahora soy mejor persona y tengo una mejor vida.

Quiero decir a todos los que leáis esto que si en vuestra familia tenéis problemas iguales o peores que los míos, no dudéis en pedir ayuda porque os vendrá muy bien, y como podréis comprobar vuestra vida irá a mejor.

No todo se acaba en la amargura y en la muerte, todos tenemos una segunda oportunidad para conseguir vivir y ser feliz.

nº 14

Soy Rosi, una chica de veinticuatro años, nací en Valladolid el 15 de diciembre de 1987, y tengo una hermana mayor de veintiséis años. Vivíamos con mis abuelos maternos, los cuales nos cuidaban ya que nuestra madre nos dejó a su cargo.

Cuándo tenía dos años nos llevaron a un internado en Mojados, ya que mis abuelos no tenían los medios necesarios para mantenernos, allí estuvimos hasta los siete años.

La infancia en este centro fue bastante buena, nos trataban bien y estábamos a gusto, pero añorábamos a nuestra familia.

A los nueve años, Protección de menores nos trajo a Valladolid, a un piso de menores donde convivíamos con otras cinco niñas y estábamos supervisadas por una educadora. Las condiciones eran diferentes, ya que mis abuelos consiguieron la tutela parcial, es decir, los fines de semana los pasábamos con ellos y con mis tíos, que vivían en la misma casa. En esta casa hacíamos una vida más normal, íbamos al colegio, teníamos nuestras obligaciones a cumplir, como hacer la cama, fregar nuestros platos y limpiar la casa.

La casa de mis abuelos no era muy grande para seis personas, por lo tanto, mi hermana dormía con mi abuela, mi abuelo en la sala, y yo con mi tío en una habitación de dos camas separadas.

Mi tío, dormía en la misma habitación que yo, y empezó a abusar sexualmente de mí. Esto además conllevaba que él me pusiera unas condiciones, es decir, no me dejaba salir con mis amigas, ni ver a amigos, y cuando yo incumplía sus normas y llegaba a casa, me maltrataba física y psicológicamente. Esta fue la época más dura de mi vida, ya que yo era muy extrovertida y él me hacía ser una niña poco sociable, muy malhumorada y rebelde.

La verdad que no sé muy bien cómo explicar mis sentimientos durante todo este tiempo, puesto que a esa edad lo veía como una situación surrealista y ahora que ya ha pasado tanto tiempo y soy consciente de ello, por más que intente explicar, nadie entendería

en realidad cuánto sufrimiento he vivido.

Un día, una de las chicas con las que convivía en el piso, contó una historia de una amiga suya que era muy similar a lo que yo estaba viviendo. Entonces me vi reflejada en la situación y sentí la necesidad de contarlo. Se lo conté a mi tutora, me costó muchísimo. Cuando decidí dar este paso tan duro ya habían transcurrido tres años desde el comienzo de los abusos, es decir, yo ya tenía doce años. Mi tutora al enterarse de la situación informó a Protección de menores, y tomaron cartas en el asunto, es decir, restringieron las visitas a casa de mi abuela y solamente podía visitarnos en el Hogar nuestra abuela con la presencia de un tutor.

Mis tutores me llevaron a hacerme un reconocimiento médico por si me había causado algún daño físico. Después delante de mi abuela, mi madre, mi educadora y un Juez de Menores conté todo lo que me había pasado. El juez decidió quitarles la custodia. Ese día me enteré de que mi madre había pasado por lo mismo que yo cuando era joven, por parte de quien era mi padre. Es decir, mi padre en realidad era el tío de mi madre, el cual abusaba sexualmente de ella.

En ese momento, mi madre en vez de apoyarme, me dijo que yo no debería de haber contado nada, y que no debería haber llegado a denunciar. En ningún momento me esperé esta reacción, por lo que mis sentimientos hacia ella cambiaron, pasé de quererla a odiarla. Toda esta situación me hundió, y me llevaron a un psicólogo. Estuve en tratamiento dos años.

Por lo tanto, mi infancia ha sido desagradable en todos los sentidos. No era una niña normal sino una niña maltratada física y psicológicamente, y además abusaban sexualmente.

Nosotras continuamos en este centro cuatro años más. Cuando yo tenía dieciséis años el centro cerró, y a mi hermana y a mí nos separaron. Mi hermana tenía discapacidad mental y la llevaron a un centro específico en Burgos, y a mí me propusieron irme a una familia de acogida, donde conviví con una señora durante un año, creyendo que era los más conveniente para mí, pero me di cuenta que no funcionaba, pues todo mi rencor guardado lo expresé con rebeldía (salía de fiesta, bebía...). La convivencia con esta señora se hizo tan complicada que ella decidió no seguir con el acogi-

miento. Yo tenía una relación sentimental con un chico, y esto me hacía sentir feliz y olvidarme de todos los problemas.

Así pasé a otro Centro en la calle Juan Mambrilla. Mi estancia allí fue muy corta puesto que solamente estuve dos meses, conseguí una beca de verano para seguir estudiando en Irlanda durante dos meses y medio. Cuando volví, me trasladaron a otro centro el Hogar «El Juglar», de Fundación Adsis.

“...una de las chicas con las que convivía en el piso, contó la historia de una amiga suya que era muy similar a lo que yo estaba viviendo. Entonces me vi reflejada ... y sentí la necesidad de contarlo. Se lo conté a mi tutora, me costó muchísimo”

Cuando llegué a este centro tenía diecisiete años, era un piso compartido con otras chicas en él tenía mis responsabilidades, teníamos que hacer las labores de la casa, y tenías una educadora a mi cargo. Cada chica tenía asignado su tutora, la cual se encargaba de escuchar nuestros problemas y ayudarnos a resolverlos, y nos ayudaba poco a poco a afrontar nuestras responsabilidades una vez que fuéramos mayores de edad, ya que una vez cumplidos dieciocho años te daban la oportunidad de ofrecerte un piso, siempre y cuando trabajaras o estudiaras, y te hicieras responsable de todo lo que conlleva organizar un piso.

Cuando cumplí mi mayoría de edad, acepté vivir en el piso que me habían ofrecido anteriormente (Servicio de transición a la vida adulta) a cambio de estudiar lo que realmente quería en ese momento, que era estudiar Estética. Ellos me apoyaron en todo momento, me ayudaron a continuar con mis estudios e incluso para favorecerlo me asignaron un profesor particular (mi volun-

tario enlace), que llegó a convertirse en un gran amigo, ya que empecé a confiar en él y a contarle lo que me pasaba, por lo que conseguimos llegar a establecer una relación de amistad.

La educadora que tenía asignada, Marta, se convirtió en un gran apoyo para mí. Me ayudaba y aconsejaba en las situaciones que me surgían en cada momento. Mi actitud cambió radicalmente, pasé a preocuparme por mis estudios y a intentar salir adelante con la ayuda de mi tutora, es decir, me hice responsable, cumplía las normas, respondía adecuadamente a mis responsabilidades.

En el piso aprendí a ser independiente, a saber tomar mis propias decisiones y a llevar una casa. Es decir, me hice adulta en poco tiempo. Aprendí qué era lo importante realmente en la vida, y me di cuenta de que lo fundamental era formarme como persona.

Empecé a plantearme la convivencia con el chico con el que estaba, puesto que creía tener la necesidad de empezar a hacer mi vida de una manera independiente, decidí continuar con esta idea y me fui a vivir con este chico. En el centro me apoyaron pero me aconsejaron que terminara primero mis estudios y que no me precipitara por mi bien, pero yo me negué a escucharlos y decidí irme, esto conllevaba dejar mis estudios y ponerme a trabajar. Con este chico estuve tres años más, es decir, cinco en total. Estos tres últimos años fueron muy felices puesto que creí que estaba con la persona adecuada y con la persona que quería, pero no salió bien, ya que la convivencia en pareja es complicada y todavía era muy joven para dar ese paso. Empezó otra nueva etapa de mi vida, di el paso de vivir sola y terminar la relación. En ese momento yo trabajaba en un supermercado, por lo que podía permitirme vivir independiente en una casa.

Ahora vivo en mi casa, tengo mi vida propia y soy completamente independiente. Me doy cuenta de que actué precipitadamente puesto que me adelanté al irme del servicio de transición para vivir con un chico con el que no sabía si realmente la relación iba a funcionar.

Esta es mi historia, y a los chicos/as que estén pasando por una situación parecida, es decir, que vivan en este Hogar «El Juglar», les aconsejaría que escucharan a sus educadores lo que les dicen,

puesto que lo hacen por su futuro, por su bien, ya que en ningún momento ellos pretenden aconsejarnos mal, todo lo contrario. Que aprovechen la oportunidad que tienen, porque no todo el mundo tiene la suerte de tener un sitio donde poder vivir felizmente, y una persona que les acompañe y que les ayude en su formación para afrontar la vida.

Yo estoy muy agradecida del tiempo que estuve allí, fue corto pero fue muy bueno porque crecí como persona.

nº 15

Hola me llamo Tatsu, nací en el seno de una familia trabajadora, con sus más y sus menos, y llegué en un momento peculiar al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis.

Por aquel entonces estaba de moda la corriente intelectual de los llamados hippies, mis padres estaban relacionados con esa tendencia, en esa época mi madre conoció a mi padre y se fue de casa... demasiado estrés familiar, y aquí, sin imaginarlo empieza el inicio de esta historia.

Después de tenerme a mi madre se le manifestó lo que ahora se denomina un brote psicótico que más tarde derivó en esquizofrenia.

Esta situación desestructuró aún más el núcleo familiar. En todo mi crecimiento, vi como mi madre se deterioraba, mi abuela sufría eternamente y mi abuelo se refugiaba en el alcohol, para superar todo aquello.

Durante mi crecimiento, la verdad es que tuve de todo; no me puedo quejar, pero también vi sufrimiento y cosas que no entendía, solo las empecé a entender con el tiempo.

Durante mi estancia con mi madre y mis abuelos fue una época de maltrato en general, pero no un era maltrato malicioso, simplemente no sabían expresar su impotencia y aceptar la realidad, sin darse cuenta el daño que se causaban entre sí y a su alrededor.

Éramos una familia unida y desunida a la vez, fuimos pasando esta penuria con el tiempo, hasta el fallecimiento de mi abuelo, yo tenía doce años; y al poco tiempo me llevaron al centro de menores «José Montero» donde mi estancia fue agradable en líneas generales.

La relación con mi madre, cada vez más enferma, era más violenta, me estaba haciendo mayor y rebelde, mi abuela ya no sabía

que podía hacer conmigo. Recurriendo a asuntos sociales, éstos fueron quienes les aconsejaron qué medidas debían tomar.

Y así empezó un nuevo capítulo en mi vida, nuevas oportunidades, nuevas relaciones con niños con problemáticas sociales de todas índoles con los que tuve que convivir, con ellos estuve desde los doce años hasta los dieciséis. Me propusieron participar en un proyecto de pisos tutelados, no tenía ni idea de qué era por mucho que me lo explicaran.

Al principio me parecía todo raro, los compañeros, a algunos los conocía, a otros los conocí en ese proyecto, creo que con mis amigos de fuera me apoyaba para sobrellevar este momento.

Con el tiempo fui conociendo a los educadores y personas vinculadas al piso, no sabía muy bien cuál era su función y por qué nos hacían realizar tantas tareas, limpiar, cocinar, lavar, planchar y un sin fin de hojas de evaluación, evidentemente esto solo lo reflexionas cuando te toca ser autónomo en tu día a día, ja, ja, ja.

“Hoy por hoy esta gran familia con la que he crecido, me ha ofrecido mucho más que lo que hubiera podido pensar...”

Mi forma de relacionarme era abierta, espontánea y caótica, con mucho trabajo y dedicación, creo que consiguieron darme pautas para mejorar como persona en este mundo, lo que más me gustaba es que no me sentía juzgado y eso me ayudaba a relacionarme sin problemas con mi entorno.

En un principio me costó adaptarme a las normas, también era cierto que era un adolescente y como tal me comportaba, indómito e ingobernable, como todos los adolescente en la edad del pavo.

Hoy por hoy esta gran familia con la que he crecido, me ha ofrecido mucho más que lo que hubiera podido pensar, apoyo, amor, comprensión, acogida, respeto sin juzgar, valores y creo que al igual que yo siento esto, ellos pueden percibir de alguna manera que sigo su mismo camino, a mi manera, que en mi corazón tienen un hueco y un apoyo, como ellos siempre lo han demostrado tener hacia los demás y quien les rodea.

La verdad es que me siento agradecido de que sus vidas se hayan cruzado con la mía y habernos podido conocer, gracias a esta experiencia me siento capaz de llegar lejos, pues me ha ofrecido valores, miras de autorrealización y un sin fin de herramientas útiles en mi vida.

A los nuevos que empezáis, a los que vais a terminar, y los que os fuisteis aprovechad lo que tenéis, lo que habéis aprendido, y no dudéis en seguir adelante con vuestros sueños, nadie dijo que fuera fácil y tal vez nos cueste más que a otras personas, pero se pueden realizar.



Ilustrador: Victor Torres

Intentaré también conocer otros países y espero que sea un ejemplo y que aprenda de los demás. Mi meta no sólo es hasta aquí. Aprender el idioma es lo de menos, porque lo tienes que aprender sí o sí, sino que hay que aprender una forma de vivir, conocer gente... Soy scout desde los quince años, aprendí de ellos. Con ellos he viajado por España, y por Europa no pudo ser por tema de papeles y permisos. Allí había monitores que confiaron en mí y me apoyaban, me decían que llegaría lejos. También me lo decía mi voluntario Pablo, que me daba clases particulares, y también mis educadores. Hoy me doy cuenta que eso me sirvió y me servirá para el resto de mi vida.

Todas las cosas que me han salido bien no han sido de hoy para mañana, nada sale bien si no es con esfuerzo.

“Soy un chaval que tenía la inquietud de descubrir qué hay en ese país: España, qué hay tras el mar que todos los jóvenes sueñan con llegar a él, y cada vez que veía la playa había un pensamiento que se repetía, una frase: qué habrá tras cruzar este mar...”

El día que me ingresaron en el Centro José Montero ¡tenía tanto miedo!, no sabía el idioma, y cuando me contaron los chicos que no me podía ir por mi cuenta hasta que no tuviera dieciocho años (ni a ver a mi familia) casi me da algo. Se me complicaban más las cosas porque eso significaba para mí no verles durante cuatro años. Así que estuve una semana todo pensativo...

A las dos semanas me mandaron al cole y el día eterno se pasó toda la clase mirándome y hablando, pero no sabía qué responder, y en mi pensamiento estaba: qué le pasa a esta gente, o ¡es que yo soy el morito!, je, je. Pero a los cuatro o cinco meses ya les

mandaba callar y con todo mi esfuerzo y la ayuda de los educadores, profesores, etc, comencé a darme cuenta de que esa era mi oportunidad, y a ponerme en pie y empezar una etapa, y seguir un comienzo que nunca tendría fin, dejando mis huellas atrás (estoy en proceso porque dicen los educadores que soy un culo inquieto, que nunca dejo de hacer cosas).

Cuando me dijeron los educadores que me trasladaba al Hogar Tutelado el Juglar, de Fundación Adsis, a los diecisiete años, porque yo ya estaba preparado, (cuando mi idea era que muchos pasaban a los dieciocho), yo les dije que no, ya que estaba haciendo dos cursos a la vez y sabía que el Hogar es un sitio donde tienes que cocinar, hacer tareas... y veía que iba a estar muy liado con todos los cursos, todo deprisa y corriendo, pero no me arrepiento porque aprendí muchas cosas. En verano siempre conseguía algún trabajillo, pero mi prioridad siempre es estudiar, porque sé que el trabajo llegará.

Los momentos que más me acuerdo son cuando llegaba el final del día y después de cumplir con todas nuestras responsabilidades nos duchábamos y tirábamos cosas a los que se estaban duchando, les quitábamos la toalla, la ropa, ... hacíamos levantar al educador



Ilustradora: Maria Palet

a media noche moviéndole algo por la casa y escondiéndolo rápido, o echando pasta de dientes a la gente mientras dormía. Esto lo hacía en el Juglar y en el José Montero, pero lo más divertido, era echar sal en los vasos de la gente, también en el del educador, que nos acabó castigando a todos. O saltarse por las terrazas para hablar con los amigos a media noche. Y también muchas más cosas. Al final del día nos sentábamos a ver la tele y contar cada uno su día, y qué tal le fue, darse consejos como una familia, je, je.

Y hoy que salgo para vivir por mi cuenta, me siento muy seguro y orgulloso, pero lo que me hace más fuerte es cuando me cuenta gente con dos o tres años más que su mamá le hace la cama y le recoge la habitación. En cambio, eso para nosotros, es básico, con muchísimos años menos.

En esta vida hay que ponerse objetivos antes de comenzar un camino, y siempre que tengas problemas de cualquier tipo o una racha mala, poner un punto e intentar olvidarlo, levantar la cabeza y tirar para adelante con orgullo y sin miedo.

Aquí os dejo, suerte para todos.

Lamaití

nº 17

Los Problemas desde mi nacimiento hasta los cinco años

Mi hermano y yo nacimos en Valladolid. Mi madre nos fue a tener cuando ella estaba viviendo una etapa delicada en su vida, pues no tenía casa propia, vivía de una ayuda que le daba la Junta y emocionalmente estaba fatal. Aun así, intentó tirar para adelante con nosotros, pidiendo ayuda al servicio de protección de la infancia de la Junta, que nos metió a los tres en un centro de León. Mi padre, sabía de nuestra existencia pero no nos podía ver porque estaba cumpliendo una condena en prisión de cinco años. Mi madre, al ver que no podía y que no nos iba a poder dar la buena vida que quería, desistió, dejándonos en el centro a nosotros solos y proponiéndonos en adopción. Pero la cosa se complicó, al salir mi padre de prisión. Mediante amenazas, consiguió que mi madre nos reconociera ante él como que nosotros éramos sus hijos, y que el juez le diera su oportunidad, al ser nuestro padre. Nosotros por aquel entonces nos encontrábamos en un centro de monjas, llamado José Montero y cuando acabó el curso escolar fuimos a vivir a la casa de mi padre. En esta casa vivían mi padre, mi abuela, mi primo y mi tío (éste último al estar cumpliendo condena solamente iba allí cuando le concedían permisos). La situación en esta casa no era muy adecuada para nosotros.

Estancia en casa de mi padre, desde los cinco años hasta los siete años

Estando en esta casa, mi padre no nos cuidaba, ni siquiera se comportaba. Se iba por la mañana a trabajar, dejándonos al cargo de nuestra abuela que estaba enferma, y por la tarde se iba al bar a emborracharse y a gastarse todo el dinero en las tragaperras. Cuando llegaba por la noche, en malas condiciones casi siempre, se ponía a discutir con mi primo y pegaba a mi abuela. A nosotros, no nos decía nada ya que permanecíamos inmóviles por temor a que se le fuera también la mano con nosotros. A pesar de eso, mi abuela nos quería mucho, y aunque a veces no pudiera más siempre buscaba a alguien que nos cuidara, y nos hacía reír mucho.

Unas veces era nuestro primo, y otras veces era un vecina joven, bueno en realidad, era la mayoría de las veces. Entre semana vivíamos en esta casa y en fin de semana íbamos a casa de nuestro abuelos maternos, donde vivía mi madre. Mi madre tampoco estaba bien, bebía alcohol y a menudo no se podía encargar de nosotros. Así que de nosotros se encargaba mi tío, con el que nos lo pasábamos genial y hacíamos cien mil y una picias. Así pasaron dos años de nuestra vida aunque mi padre y mi madre frecuentemente tenían fuertes discusiones, y se pegaban mutuamente. Llegado el verano de 2001, mi abuela decidió llamar al servicio de protección de menores porque ella estaba ya gravemente enferma y mi primo ya no vivía con nosotros. Además, mi padre iba de mal en peor en sus adicciones y malos vicios, y le terminaron echando del trabajo. Entonces, un día se presentó en la casa nuestro técnico, y nos llevó a un centro de monjas en Mojados.

Estancia en el Hogar Alameda

Todavía me acuerdo de aquel día. Era una mañana cálida de verano e íbamos en el asiento trasero del coche achicharrados. Yo iba en el asiento que da a la ventana y vi aparecer ante mis ojos un terreno enorme, con muchos columpios y en el fondo había un edificio muy grande. Llegamos allí y las monjas nos recibieron con mucho cariño. Nos metieron en el hogar dos, con otras dos niñas que eran hermanas, y con una monja responsable. Además en este centro había muchos niños de edades muy dispares, con los que poder jugar y también pelear. Esta etapa la recuerdo un poco dura porque la comida no me gustaba, no me gustaba ir al colegio, había que estudiar todos los días, me rompieron los cuadernos, me robaron la game boy, tuve mis primeras experiencias con mis primeros novio. Pero también la recuerdo bien, porque fue donde me inculcaron muchos valores (compartir, ser buenos con los demás, no pegar) y donde me enseñaron un hábito fundamental, ESTUDIAR, todos los días. Algo que destacar y muy bonito, fue cuando las monjas me vistieron de rosita y muy mona para que yo hiciera la lectura de la procesión de los votos de M^a Luz. Aquí, pasamos dos años y una de las malas noticias que más me hizo llorar, fue cuando me comunicaron que mi abuela había fallecido, y desde ahí empecé a recordar la última conversación que tuve con ella por teléfono, y que en un principio no entendía nada, pero que me hizo ver la situación real de mi familia. Esta etapa se acabó cuando nos fuimos a vivir con mi padre de nuevo

en agosto de 2004.

Estancia en casa de mi padre desde agosto de 2004 hasta el verano de 2006

En septiembre llegamos otra vez a la casa donde habíamos es-

“Estando en esta casa, mi padre no nos cuidaba, ni siquiera se comportaba. Se iba por la mañana a trabajar, dejándonos al cargo de nuestra abuela que estaba enferma, y por la tarde se iba al bar a emborracharse y a gastarse todo el dinero en las tragaperras”

tado viviendo los primeros años de nuestra vida con mi padre, mi abuela y mi primo. Pero había una fuerte diferencia: mi abuela ya no estaba allí. Hecho que a mí me producía un sentimiento de soledad muy grande. Además en esta época ya no sabíamos nada de nuestra madre, ni de su familia. Al principio, mi padre se comportó bien, no bebía, ahorraba dinero y me acuerdo que hasta celebramos nuestro cumpleaños y la Navidad. Y, algo que recuerdo con especial cariño fue cuando mi padre me trajo a una cachorrilla de raza bóxer atigrada a la que yo la puse el nombre de Luna. Pero este período de estabilidad se acabó cuando mi padre conoció a una mujer, se empezó a desentender de nosotros, y volvió otra vez a sus drogas. Al no tener dinero, él se llevaba a mi hermano a robar, y a mí me obligaba a quedarme en casa haciendo las tareas propias de una chacha. Me prohibía salir a no ser que fuera con él. Además, hay que añadir la entrada en nuestra casa de uno de sus amigos (un drogadicto), que nos robaba todo lo que pillaba. Y que después nuestro padre nos hacía responsables a pesar de que nosotros no éramos, y nos castigaba duramente, pegándonos y diciéndonos de todo. Esta etapa la recuerdo especialmente dura porque pasé muchas penurias, me sentía muy sola y me faltaba demasiado cariño. La única salvación era ir al colegio, aunque a

veces mi padre me prohibiera ir, o se presentara todo puesto para hablar de malas maneras con nuestros profesores. A pesar de todo conseguí sacar la primaria, cosa que mi hermano no consiguió porque no le daba la gana ir al colegio. Y finalmente, esta etapa se acabó cuando mi padre no se presentó ni a cambiarse de ropa, como hacía habitualmente, en varios días. Esto significó que mi padre había subido a prisión.

Sola en casa, verano de 2006

Pasada una semana y viendo que mi padre no había aparecido por casa, me dirigí a preguntar por él a su novia. Ella me dijo que no sabía nada y que hacía varios días que no lo veía. Yo me quedé un poco asustada, pues creía que le había pasado realmente algo serio y no sabía qué hacer. Pero dejé ese tema a un lado, pues tenía un problema al que di más importancia, era esa cosa que pasa a las niñas cuando dejan de ser niñas: me había bajado la regla. Qué divertido, sobre todo cuando le pedí a la novia de mi padre que me comprara algo para no manchar. Ella, entre risas, accedió y cuando estábamos en el supermercado, mi padre llamó a su novia para decirla que estaba en prisión provisional. Eso fue un golpe muy duro pero lo intenté llevar lo mejor que pude. Mi hermano se fue con mi madre, y cómo yo no quería ir con ella, me quedé en mi casa. Esos dos meses fueron mis mejores meses. Salfamos, Luna y yo a dar grandes paseos cuando nos daba la gana, la comida que nos daba el cura era para nosotras solas, sólo limpiaba lo que manchábamos nosotras y no tenía que ir a comprar porque no tenía ni un céntimo. Además, podía ver lo que quisiese en la televisión y poner a todo volumen la música. Y lo más importante ni me llevaba golpes, ni insultos, ni malas contestaciones. A pesar de todo eso me sentía sola y echaba mucho de menos a mi abuela, pues hubiese querido que en ese momento ella hubiera estado a mi lado. Así, pasé los meses de verano. Mi hermano regresó en septiembre para desgracia mía, porque estaba teniendo un comportamiento parecido al de mi padre y a mí me trataba muy mal. Por suerte esto no duró mucho tiempo ya que un día se presentó Alfonso para llevarnos a un centro.

Estancia en José Montero, cuatro años

El 19 de septiembre de 2006 sobre las tres de la tarde, mi técnico de Menores se presentó en mi casa para llevarnos a mí y a

mi hermano a la R. José Montero. Después de alguna cosa, algo de ropa y dejar a mi perra en casa de mi primo, fuimos para allí, con excepción de mi hermano que se escapó. Allí estuve unos cuatro años, uno en la Unidad de pequeños y tres en la Unidad de medianos. Aunque en esta época tuve mis días buenos y malos, aquí me encontré a gusto y feliz y la recuerdo bien y agradable. Aquí también hice amistades que todavía mantengo y que me han ayudado mucho.

-Estancia en el hogar tutelado El Juglar

Al acabar mis estudios de Educación Secundaria Obligatoria, mis educadores me propusieron un cambio de centro al ver que yo ya tenía mucha capacidad de independencia. Tras mirar varias posibilidades con mi técnico al final decidí ir al piso tutelado el Juglar, de Fundación Adsis, y el 13 de septiembre de 2010 entré en el piso. Allí me costó un poco adaptarme, tanto con las normas, como con los educadores y compañeros del piso. Además tuve un período de que no sabía qué hacer con mi vida, y la preparé en varias ocasiones. Un ejemplo, cuando falté casi un mes a clase. Pero de errores se aprende, tras realizar unos objetivos y con ayuda de diversa gente salí para adelante. Al final conseguí sacarme el título de Bachillerato, que cuando entré ni imaginaba que lo iba a conseguir. Lo más divertido que recuerdo fue cuando un domingo de noche, al estar haciendo la cena se nos prendió la cocina por un descuido de una compañera. Mi actitud era buena, menos algún que otro día en que se me cruzaba el cable. Hacía todos los días las tareas, el estudio aunque me costaba un poco más, y casi siempre llegaba a la hora. Aquí estuve dos años y fue una época con problemillas pero aun así la recuerdo bien. En este centro crecí mucho como persona, aprendí muchas cosas para desenvolverme mejor y relacionarme mejor con las personas de mi entorno y también maduré, mi forma de pensar y actuar cambiaron para mi beneficio, ya que me di cuenta de que estaba sola y que me tocaba salir para adelante lo mejor posible al perder casi toda relación que tenía con mis familiares.

Un consejo que pudiera dar a los chavales que están ahora en el piso, pues es que tengan las cosas claras, que realicen unos objetivos que quieran conseguir en su vida, vayan a por ellos y aunque fracasen que lo sigan intentando porque el que quiere perfectamente puede. También que tengan mucha paciencia ya que si se

hacen las cosas bien aunque lleguen tarde, los buenos resultados llegan. Que no tengan miedo a estar solos, porque más vale que uno esté solo a estar con compañías que son perjudiciales. Que nunca pierdan la ilusión aunque haya etapas de malestar y de no saber qué hacer. Y, que se dejen ayudar y aconsejar por los educadores que no son tan ogros como parecen por fuera, ya que ellos solo quieren lo mejor para ti. Casi llegado el verano de 2012, le pedí a mi técnico un cambio de centro fuera de Valladolid porque me vi preparada para ello y así, unos meses más adelante me cambié a vivir a León, a un centro, donde ahora resido actualmente.



Ilustradora: Paloma Elorriaga

nº 18

Mi infancia fue el momento más difícil de mi vida. Vivía en Guinea Conakry. Cuando tenía siete años mi familia se trasladó a otra ciudad muy lejana y me costó mucho adaptarme. No tenía amigos en el cole, y fue un momento triste. Aunque a lo largo del año fui aprendiendo a convivir con los compañeros, y con la familia de mi mamá. Pero las mujeres de mis tíos no me trataban bien, por eso me sentía muy solo en casa. Tuve que hacer y aprender las cosas por mí mismo, a mis primos les lavaban la ropa, les compraban cosas, les daban para comer a la hora del recreo, pero yo ya estaba acostumbrado que a mí no, aunque lo pasé muy mal durante esa época.

Tuve que madurar desde muy pequeño, aguantar las cosas dolorosas, sentir cosas que no debería haber sentido tan pequeño, saber la diferencia entre estar cerca de mi familia y estar lejos... Bueno, vivir así de pequeño me ha hecho fuerte. Quiero deciros a todos que si vivís esta circunstancia lo mejor que puedes hacer es seguir para adelante.

Recuerdo que tuve un problema que me hizo sentir muy mal. Fue una pelea entre el hijo de mi tío y yo. Ya una vez nos peleamos y su madre lo defendió como hijo, a mí me echó la bronca, y me hizo sentir fatal, solo, como si mi familia no me quisiera.

Cuando se murió mi abuelo sentí mucho miedo, porque fue todo para mí, fue el único de mi familia que me quiso siempre. Sentí miedo de quedarme solo, sin cariño. Ese día lo recuerdo como el día que más miedo pasé en toda mi vida.

Otro de los problemas que tuvimos fue cuando mi madre tuvo que embargar nuestra casa. Mi madre lo pasó muy mal, porque mi padre no podía trabajar (tenía una enfermedad que le impedía hacer cosas físicas). Esto también me angustiaba mucho, lo pasaba muy mal viéndolo en esa situación.

Como veis mi infancia no fue nada fácil para mí. Por eso tuve que

dejar mi familia y mis amigos, y me fui de casa con trece años. Decidíirme a otro país, buscando algo mejor para mí pero también para mi mamá, que es lo más importante en mi vida.

Estuve en Mali tres años trabajando, llevando a cuestras cosas, paquetes de la gente que venía de otras ciudades o de otros países. Me pagaban una propina por ello, pero al menos podía sobrevivir. Pude conseguir una cierta cantidad de dinero y me fui a Marruecos, y conseguí cruzar el mar.

Llegué a Canarias y la policía me llevó a una Fundación (ACCEM), y de ahí al José Montero. Allí me trataron muy bien, y después me trasladaron al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis, entonces ya tenía diecisiete años. Los educadores se portaron muy bien conmigo, me ayudaban en todo lo que hacía y me han ayudado mucho después. No tengo palabras para agradecerse todo, la verdad.

La estancia que he tenido al llegar aquí, pues a pesar de que me trataron muy bien, me sentía mal, la verdad. No tenía a nadie que conociera, nadie sabía mi idioma. Ese era mi gran problema, pero a lo largo de los meses fui aprendiendo poco a poco. Empecé a conocer gente nueva, he hecho amigos, la verdad que me devolvieron la alegría. Desde ahí me di cuenta de que en esta vida hay que ser luchador para conseguir los deseos. Sea como sea, la vida te enseña muchas cosas. De hecho, después de vivir todo eso, me ha hecho más fuerte, y más comprensible.

Las alegrías que he vivido aquí han sido muchas: encontrar a las personas que entienden mis problemas, que saben cuando estoy triste y cuando alegre... estas personas son educadores, la verdad. Me han ayudado mucho cuando más lo necesitaba. Gracias por haberme dado tantas alegrías.

“Mi infancia no fue nada fácil para mí. Por eso tuve que dejar mi familia y mis amigos... Decidíirme a otro país, buscando algo mejor para mí pero también para mi mamá, que es lo más importante en mi vida”

Durante un tiempo estuve mal, no sé, no confiaba en nadie, ni en mis amigos, ni en los educadores, y creo que ni en mí mismo. Este tiempo me marcó mucho, pero después fui superándolo y me siento contento por ello.

¿Mi actitud durante el tiempo en el Hogar el Juglar? Pues creo que fue positiva y negativa, dependiendo de las cosas, porque creo que no soy perfecto, nadie lo es. En general me comportaba muy bien con los educadores, los respetaba, hacía las tareas que proponían... pero a veces discutía con algún educador y eso era lo peor, me comportaba de una forma insoportable, tengo esa forma de relacionarme cuando estoy de mal humor. Les pedí disculpas por esas veces que me comporté mal con ellos.

Mi vida ahora es diferente que antes, he madurado y aprendido muchas cosas. He cambiado, respeto y comprendo a los demás. He convivido con muchas personas, y eso me ha ayudado en todo esto.

Los consejos que me han dado me han servido para después: que tengo que estudiar mucho, que tengo que ser responsable, respetar a mis compañeros. Son consejos que te van haciendo fuerte y más luchador.

Cuando te vas haciendo mayor te das cuenta que en todo esto tenían razón, quizás cuando eres tan joven no ves el sentido. Para los que estáis ahora viviendo en centros, haced caso a los educadores, que lo que os dicen es lo mejor para vosotros, para vuestro futuro.

Los valores que me han transmitido han sido muy importantes para mí: la responsabilidad, la puntualidad, hacer las cosas por mí mismo, sin que nadie deba recordármelo, me ha ayudado a organizarme con mis cosas, a tener confianza en mí mismo. Los criterios eran que gástara lo menos posible para aprender a ahorrar, todo eran indicaciones positivas para ayudarnos a hacer frente a la vida posterior.

Os doy las gracias por haber compartido esta experiencia con vosotros. Gracias a todos, espero veros algún día. Os quiero mucho a todos.

nº 19

La infancia, ese periodo que casi todo el mundo recuerda como algo familiar, como una buena etapa, con buenos recuerdos con los parientes, con cumpleaños y festejos en familia sintiéndote arropado, querido, mimado... Pero por suerte o desgracia, no todo el mundo ha tenido buena infancia, y aquí estoy, para contaros mi niñez, para contaros que hay muchísima más gente con situaciones complicadas.

En un tiempo que lo único que nos corresponde es divertirnos, jugar y disfrutar como niños, me lo arrebataron todo. No era muy feliz cuando jugaba con mis juguetes, no era muy feliz en mis cumpleaños, pero he de decirlo que he reído mucho en mi niñez, que también he tenido muy buenos momentos, pero lo que se me ha quedado grabado a fuego en mis recuerdos son las lágrimas, los golpes, los gritos que transcurrían día sí y día también. Recuerdo el miedo al oír la puerta, la impotencia de no poder huir y correr, pensando continuamente qué es lo que hice mal. Empiezas a notar que la familia se compone de golpes y maltratos, que es algo normal del día a día, hasta que un día harto de todo, harto de seguir coleccionando moratones, acudimos al médico. Por supuesto al médico le conté el por qué de esos moratones, el médico como obligación, dio parte a la Junta de Castilla y León y poco después absolutamente todo cambió.

Con ocho años, y mi hermana con ocho meses, entramos en un centro del cual no tengo muy buenos recuerdos. La estancia en el centro duró poco. Al regresar a casa todo parecía ir bien, era cuestión de tiempo que todo volviese a la misma historia. Amenazas, denuncias y demás, desestabilizaba poco a poco mi vida, era todo un sin vivir, era como el segundo asalto de una pelea de boxeo que el que recibía las hostias era yo, y mis padres se llevaban la puntuación.

Durante un tiempo estuve en un centro de día, allí estudiaba, jugaba, cenaba... pero dormía en casa, en definitiva, me desconec-

taba durante el día de mi familia. Pero estar allí no solucionaba nada en realidad. La junta de Castilla y León observaba detenidamente la decadencia de la situación así que otra vez entramos mi hermana y yo en otro centro de menores.

“Durante un tiempo me levantaba de la cama con mi hermana abrazándome, sinceramente, en esos momentos odiaba a mis padres, por ser inmaduros...”

Recuerdo con doce años, cómo mi técnica de menores me arrastraba hasta el coche para llevarme al centro, delante de todo el colegio, en presencia del director y profesores... La inocente de mi hermana con tan solo casi cinco años no comprendía la situación, estaba tan desorientada, que no hacía más que preguntar.

Durante mis primeros días en el centro, mi hermana era el gran apoyo que tenía, la única sonrisa durante el día era para ella, mi pequeño espacio de cama era también para ella, la protegía de la realidad.

La hacía sentir a todo momento que no estaba sola y que jamás se quedaría sola mientras yo estuviese allí. Durante un tiempo me levantaba de la cama con mi hermana abrazándome, sinceramente, en

esos momentos odiaba a mis padres, por ser inmaduros, por comportarse como niños pequeños y no afrontar la situación como adultos buscando lo mejor para los hijos, y perderse cada momento de nuestras vidas, y tener que pasarlas en un centro con desconocidos.

Los primeros años fue duro la verdad, pero lo sobrellevaba como podía, cada vez me acostumbraba a la vida que tenía, creía que no había otra para mí. El último año en el centro ya con dieciséis años, fue especialmente duro, pedía libertad, pedía madurez y lo que me ofrecían era irme a la cama pronto, no ver tv, y mirar por la ventana con rejas cómo los niños disfrutaban de la tarde mientras yo, con el pijama puesto, aun siendo todavía de día. Cansado de la situación pedí el traslado, aunque mi hermana se quedase sola, sabía que era suficientemente fuerte como para estar

bien. Casi un año después me dieron respuestas a mi petición. Ya con diecisiete años iba de camino al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis, recuerdo el día, como ansioso por pisar un lugar nuevo, impaciente porque llegara el día cinco de mayo.

Debo de reconocer que lo nuevo me asusta, y más si durante cinco años no conoces otra cosa. El recibimiento fue muy bueno, todos se fijaban en mí con atención, por cuarta vez en mi vida volvía a ser el «nuevo». La vida que se ofrece en el Juglar, me parecía un sueño, cierta libertad que no tenía, responsabilidades que pedía a gritos que me las ofrecían. En el Juglar me trataban como un adulto, como una persona responsable, fuera de ventanas con rejas y que te den todo masticado para que tú sólo puedas digerirlo. Aquí no, aquí tenías que buscarlo tú, con o sin ayuda, pero tú eras el responsable de tu vida y tus actos.

Valladolid no lo conocía mucho, así que la mayoría del tiempo al principio necesitaba cierta ayuda. Empecé a entablar amistad con los compañeros y educadores, cada uno de una manera distinta. Me lo pasaba bien compartiendo mis momentos y mis historias con mis nuevos amigos. Valoraba mucho la oportunidad que me habían dado. Lo quería disfrutar al máximo. Sinceramente estar en el Juglar me ha ayudado a crecer y a madurar mucho y sobre todo, a comprender las situaciones y cada momento vivido. Mi periodo en el Juglar fue muy bueno, se me hizo corto ese pequeño tiempo en Valladolid. Me siento ahora un inútil al haber rechazado el piso de Transición, de Fundación Adsis. Después de salir del centro, lo echaba de menos, pues volvía a casa, un lugar algo mejor que hace años, pero duro de sobrellevar... Siempre estaré muy agradecido a todos los educadores que llevan el proyecto Adsis, ojalá nos hubiéramos conocido antes y hubiéramos compartido más momentos juntos.

Ánimo a todos los que comiencen una vida en el Juglar, que disfruten, que se dejen enseñar, que se dejen querer, porque es una vivencia que jamás se volverá a repetir y pasado el tiempo, podéis incluso llegar a echarlo de menos. Algún día puede que comprendáis de lo que os estoy hablando. Un fortísimo saludo a todos los lectores de mi historia, y suerte en la vida ya que la vida en sí es complicada.

nº 20

Nacido en el norte de África. Mi infancia fue bastante bonita. Empezó todo cuando tenía tres años, en aquella época había mucho terrorismo en el país. Los terroristas mataron a un cantante muy famoso (y lo sigue siendo) al salir de un concierto. Mis padres, mi hermana, que tenía un año y yo, vivíamos muy felices y tranquilos en un pueblo de otra ciudad.

Casi todos los compañeros del trabajo de mi padre se fueron de ahí con sus familias por miedo a los terroristas. Había gente de todos los lados del país. Mi padre habló con los jefes donde trabajaba para que le cambiasen a la ciudad y no quisieron, le dieron un puesto en otro pueblo. Mi padre tampoco quiso por miedo de los terroristas y decidieron regresar a la ciudad natal con mi abuela... más problemas y más problemas. Mi padre se quedó sin trabajo un año, en ese año trabajó de comerciante de ropa y zapatos con sus colegas comerciantes. Mi madre no quiso estar ahí con mi abuela y mis tíos todos en una casa, cada vez que intentaba hablar con mi padre sobre el tema, mi padre pasaba de todo, discutían todos los días y yo viéndolo.

Mi madre no era mala madre ni mala persona, lo que quería era que nos fuéramos a un piso solos. Mi padre mandaba callar a mi madre y le decía que no tenía ni idea de nada, que no sabía de nada. Se separaban mutuamente un mes o más, hasta tres meses sin verse, y otra vez volvían. Fuimos a un piso, yo empecé el colegio a los seis años, feliz de la vida, sacaba muy buenas notas, estudiaba conmigo un colega que era para mí como un hermano o más, y lo sigue siendo (y le echo mucho de menos).

Mi madre seguía separándose de mi padre por el tema de la vivienda, mi padre no ahorra, tampoco quería comprar casa al banco pagando poco a poco. No bebía ni nada de eso, esperaba que le dieran los de servicios sociales un piso, pero eso nunca fue así. Siempre ha sido mi sueño tener un piso propio. Yo era un chico

muy inteligente y muy bueno. Me quería todo el mundo, pero al mismo tiempo, me metía en jaleos con mis amigos, y mi padre me pegaba mucho. Tampoco eran para tanto las movidas que buscaba, je, je.

Soñaba con ser algún día un futbolista profesional, mi equipo favorito era el Real Madrid. Un día, fui a entrenar con mi primo sin pedir permiso a mi padre, y cuando llegué a casa me esperaba en la puerta, todo chinado, me prohibió ir a entrenar sin ninguna excusa. Sinceramente empecé a odiarle. Me quedaba jugando en el barrio con los colegas, pero siempre soñaba con que algún día llegaría a ser profesional, y cada vez que le comentaba algo del fútbol me decía que yo no sabía nada sobre el fútbol: «si vas a llegar tu a profesional ya lo había sido yo mucho antes que tú», (¿pero si él nunca en su vida jugó al fútbol!).

El primer año en el instituto tuve muy malas notas, no quería estudiar, hacia el vago. Un día falté a clase y mi padre se enteró, me pegó una hostia en el dorsal, casi me muero, me quedé sin respiración un rato. Estaba en la casa de mi abuela, mi tía y mi madre todas llorando y él asustado, desde entonces dejó de pegarme tanto. Repetí el curso.

Los problemas no acababan, siempre igual, mi madre sufriendo del maltrato de mi padre (psicológico o como sea eso), yo en casa siempre con miedo de mi padre. Tenía muy mala leche, deseaba siempre que no estuviera. Empezó a salir fuera del país a pasarlo bien o lo que sea, nunca quería contar nada y se gastaba el poco dinero que teníamos viajando por toda Europa. Mi madre sufriendo con todo eso, le decía: «¿por qué vas a gastar el dinero a lo tonto, sino ganas nada? Por eso no ahorras ni intentas comprar una casa». Entonces yo con catorce años me dí cuenta de que no quería estar allí, quería irme de mi país, el objetivo: Europa, hacer mi vida y no ser como mi padre fracasado y loco.

Vinimos a España en 2007, mis padres, mi hermano y yo. Mi hermana se quedó con mi abuela. Llegué a la costa con dieciséis años recién cumplidos, mi hermano con diez, nace mi hermana aquí, muy rica. Me apunté al instituto otra vez 4º de ESO, sin saber el castellano me tocó ir a clase como los demás alumnos, pero

me daban todo lo básico y clases de apoyo por las tardes. Yo con muchas ganas de aprender el idioma castellano. Iba los jueves y los sábados al mercadillo a trabajar, a poner la caseta y cargar y descargar ropa, zapatos, verdura, etc. Lo que ganaba era para casa. Teníamos una ayuda familiar.

Mi padre seguía maltratando a mi madre psicológicamente. No la pegaba pero eso era más que el maltrato físico. Y mi madre aguántán-dole solo por nosotros, y yo odiándole más y más.

Empezaron a ponerse feas las cosas con la crisis y todo eso, mi padre se puso en contacto con un colega suyo aquí en Valladolid. Se fueron todos a Pucela menos yo, que me quedé solo en el piso, tampoco pagábamos todos los meses. Me quedé tres meses sólo buscándome la vida, como he hecho siempre, y yendo a clase. La trabajadora social del instituto y los profesores nunca me abandonaron, siempre echándome una mano. En el piso no pude estar más tempo. Me quedé sin luz tres días, mis padres en Valladolid con el colega de mi padre... No sé muy bien qué pasó entonces, a mi madre le tocó estar en una casa de Acogida tres meses.

Un día, en clase de francés me vio la profe un poco triste, yo intentando disimular, insistió en que le contara lo que me pasaba, se lo conté. Entonces la profe habló con la trabajadora social y los profesores, y me fui con la profe a su casa con su pareja y su perro, durante quince días, todo bien. Entonces no pude estar más tiempo ahí porque era menor, y no podía hacerse cargo de mí.

Mis padres llamándome para que me vaya a Valladolid y yo no quería, tenía mi vida allí, pero al final me fui. Llegué a Pucela, todo bien, al ver a mi madre, mis ojos llenos de lágrimas, estaba muy triste por todo lo que había sufrido. Mi padre sin hablarla, cuando me vio se le alegró la cara un poco porque solo conmigo hablaba y se desahogaba.

Pasé las navidades en casa, mi madre estuvo un poco mejor. Nuevos profesores, nuevos compañeros. Mi padre trabajaba a veces en el campo, era muy duro el trabajo y llegaba a casa con mala cara, de mala hostia, nadie se ponía en su camino.

Mis padres decidieron regresar a mi país, yo no quise, entonces era menor de edad y me tocó estar en un centro de menores. Seguía mi vida muy bien, no me afectó nada, ya estaba acostumbrado a estar solo, sin mis padres, les echaba mucho de menos, pero yo era fuerte. Esa decisión la tomé yo y nadie me obligó. En el centro había educadores, me apoyaban, me aconsejaban, si quería hablar siempre estaban ahí dándolo todo. Nos compraban ropa a todos los que estábamos ahí, nunca me faltaba de nada. En el fútbol fue mi mejor temporada, no ganamos la liga ni nada, pero lo pasé bien con el equipo. Al final del curso no aprobé todo, me quedaban cuatro. Me apunté a un curso de mecánica, seguí yendo a clase todo el verano.

“Los problemas no acababan, siempre igual, mi madre sufriendo el maltrato de mi padre (psicológico o como sea eso), yo en casa siempre con miedo de mi padre....

Cumplí dieciocho años. Entonces estaba tutelado por la Junta de Castilla y León. No podía estar más tiempo en el centro de menores, así que llegué al piso de Transición de la Vida Adulta de Fundación Adsis. Seguí igual con mi vida, sólo cambié de casa, pues era en la misma calle. Bueno, al llegar al piso todo bien, estudiando, jugando al fútbol como siempre... Aprendí muchas cosas, como cocinar, hacer la compra, saber convivir con gente, al principio bien en el piso, éramos tres, tuve algún problema que otro, con un compañero que desde el principio no quería que estuviera ahí, porque pensó que le iba a quitar el protagonismo en el piso, porque compartía el piso con tres chicas, y había una compañera que le molaba. Yo y la compañera conectamos muy bien, pero sólo como buenos compañeros de piso, nada más. Empezó a molarme la chica y la pedí salir y esas cosas, pero no pasó nada grave con él, ya que se fue del piso. Entonces nos hicimos novios, en el piso bien, me faltaba arreglar mi permiso de Residencia, y al final conseguí el permiso con autorización de trabajo. Habló conmigo una educadora por si quisiera apuntarme a sacar el graduado de la ESO en la escuela de

Tenía muy mala leche, deseaba siempre que no estuviera”

adultos, y decidí que sí. Seguí haciendo el curso de mecánica por la mañana, y por la tarde sacando el graduado de la ESO, de ahí a entrenar, llegaba a casa reventado, cansado, ... al llegar del curso de por la mañana no me gustaba fregar. Después de comer casi no me daba tiempo a descansar, porque iba al curso de por la tarde.

Yo era un poco exagerado para el tema de la limpieza y organización en el piso, me gustaba ver todo limpio y todo recogido, entonces discutía con mis compañeros, me decían los educadores de broma que no me hacía falta abuela.

Pasó el tiempo y acabé el curso de mecánica. Empecé a buscar trabajo por la mañana y a sacar el graduado por la tarde. No conseguí trabajo por el tema de la crisis y cada vez que me llamaban para una entrevista decían que me faltaba experiencia.

Viví muchas alegrías en el piso, como celebrar cumpleaños, ir al cine, excursiones. Recuerdo una anécdota con alegría: un día estaba viendo una película de terror con mis compañeros del piso (a mí no me gustan para nada), le eché huevos para verla, y al rato sale el malo con una guadaña y de la impresión ¡el yogourt saltó por los aires!

Algo que me ocurrió estando allí y que me marcó, fue cuando se me acabó el plazo del piso y tuve que marcharme. Fue mi despedida de todos, y una educadora me invitó a mí y a mis compañeros de piso a cenar en su casa, y nos presentó a su familia, eso la verdad me llenó mucho.

Mi actitud era muy buena, cumplía los horarios, me gustaba hacer mis tareas, me gustaba dar más de mí para que supieran que yo valía, hasta que empecé a hartarme de todo, porque no encontraba trabajo ni nada, y mi permiso de residencia estaba cerca de caducar, y yo quería hacer mi vida solo. Pasaba de todo, tuve más de una discusión con los educadores porque yo ya no era el mismo de antes, el chico que cumplía y que daba más de sí mismo, pero gracias a ellos, que siempre estaban ahí apoyándome, comprendiéndome y aguantándome, porque sabían que yo valía y sólo era una mala racha. Allí he crecido como persona: de ser niño a adolescente, a ver la vida de otra manera, a resolver trámites

de papeles, ser responsable de mis hechos, buscar trabajo, hacer currículums... He cambiado cosas de mí que debía mejorar como tranquilizarme y calmarme antes de reaccionar, no enfadarme por cosas que no valían la pena (como el tema de la limpieza y el orden en el piso). Me he dado cuenta de una cosa que me decían mucho: el tema de ahorrar dinero, que yo no le daba mucha importancia.

Valoro de mi estancia en el proyecto todo como muy positivo en diferentes aspectos, como tomar decisiones, manejarme por la vida, integrarme mucho más en la sociedad española, mejorar el idioma, cocinar, saber convivir, compartir, hacer tutorías.

Un consejo que daría a los chicos y chicas que están hoy en los pisos es que aprovechen al máximo su estancia en el hogar, para hacer cursos, formarse de todo, ahorrar, ya que la calle es muy complicada.

Mi vida ahora mismo estoy en una casa de Acogida y GRACIAS A DIOS QUE TENGO TECHO Y COMIDA, porque tuve la mala suerte de olvidarme sellar la tarjeta del paro, y me suspendieron la ayuda que recibía. En la casa donde estoy ahora muy bien, sigo haciendo el curso de repostería aunque no me gusta. El único inconveniente es que tengo que estar a las diez de la noche en casa, y no puedo hacer mucha vida social porque los fines de semana tampoco puedo salir, pero por el resto bien, aunque con los compañeros hay choques a veces. Sigo pendiente de mi permiso de Residencia que lo tengo caducado, me lo han denegado por falta de medios económicos. He presentado un recurso de que estoy en una casa de acogida y no me falta de nada, que puedo seguir estudiando pero sé que me lo van a denegar, aunque un documento no me va a paralizar de seguir luchando como he hecho siempre y lo seguiré haciendo, porque sé que la vida me lo recompensará.

nº 21

Buenas, mi nombre es David, y parte de mi infancia no ha sido muy feliz... mis padres empezaron a tener problemas.

Mis padres, no podemos decir que eran los mejores del mundo, ni tampoco los peores, pero intentaron educarme lo mejor que pudieron, aunque era muy difícil para ellos, casi no tenían tiempo por el trabajo, y los veía poco.

Con mis tíos de Valladolid no tenía mucha relación porque siempre estaba en la habitación de mi primo, jugando al ordenador. Y con los de Madrid con la que más relación tenía era con mi tía.

El primero que empezó a tener problemas fue mi padre, por ir con gente que no era la adecuada. Yo no me enteraba de nada, porque era muy pequeño y vivía en mi mundo.

Después fue mi madre quien siguió los pasos de mi padre, todo esto fue por culpa de las drogas, al fin y al cabo, les jodió la vida a la vez que la mía y la de mi hermana pequeña.

Se quedaron sin trabajo y sin casa, pero mis tíos, les echaron un cable hasta que encontraran una solución. Ellos, no le dieron importancia, hasta que al final me vi viviendo en pensiones y cambiando cada año de colegio, hasta que cumplí los once.

Estuve un trimestre sin ir al colegio, hasta que mis tíos (de Madrid) decidieron intervenir y encontraron una solución: mandarnos a mí y a mi hermana a un Hogar (en Mojados).

Me sentía raro al estar separado de mis padres, pero teniendo esa edad (once años) no sabía mucho lo que pasaba. Recuerdo que había noches que en la cama me ponía a llorar porque necesitaba estar con mi madre.

Mi hermana y yo estábamos separados (hogar de chicos y hogar de chicas en el mismo Centro) sólo nos veíamos por las tardes

y en el Colegio. Muchas noches mi hermana quería estar conmigo porque tenía miedo y no quería dormir sola.

Pasó un año, hasta que vi a mi madre de nuevo, me sentía raro volver a verla después de tanto tiempo, pero me sentía feliz de sentir sus abrazos y sus besos. Después de ese día, de nuevo, estuve un tiempo sin volver a verla.

En el Hogar era feliz porque tenía chavales de mi edad y hacíamos muchas trastadas (robar en los coches para fumar, coger bolsas de patatas) lo típico de un chaval de esa edad, pero luego venían las consecuencias (sin salir, sin paga, castigado, etc.) es lo que pasaba cuando te juntabas con quien no debías.

“...de los errores del pasado, se encuentran soluciones para el futuro, no volváis a cometer el mayor error de vuestra vida y luchar por lo que de verdad vale la pena luchar: por la familia, los buenos amigos y sobre todo por vosotros. Espero que mi experiencia os ayude a mirar por vosotros”

Pasó un tiempo hasta que empezaron a venir a visitarnos. Los primeros que empezaron a venir mucho a vernos fueron mis tíos (de Valladolid). Nos traían regalos y nos sacaban a dar una vuelta.

Cuando cumplí los trece, vino mi padre y nos explicó a mí y a mi hermana, que estaba en un Centro de Reto en La Coruña y que estaba allí porque nos echaba de menos y quería luchar por nosotros, en cambio mi madre luchó por sí misma.

Veíamos a mi padre en verano en el Centro que estaba, y cla-

ramente, no es un lugar que a cualquiera le gustaría estar, pero aprendías mucho viendo cómo estaba la gente, echa una mierda. Entraba hasta miedo a veces. Lo que más me gustaba de allí, era levantarme a las siete para escuchar los problemas de la gente y ver como era su rutina. De allí me llevé un buen recuerdo de la gente recuperada, ¡hasta me regalaron un chándal del Depor!.

Lo peor fue que mi padre se enteró de que fumaba y me echó una bronca de tres pares de narices. Es normal con la edad que tenía.

Mi madre vino en el cumple de mi hermana (cumplía siete años) con alguien que no conocíamos de nada (ahora es su pareja actual), y nos sacaba todos los domingos a Valladolid a cenar al McDonalds.

Ella también se enteró de que fumaba y fue más sincera conmigo diciéndome: prefiero que fumes delante de mí que a escondidas, ¡me dejó flipando!

Estuve en ese Centro hasta que a los catorce, por todas las mangadas que hacía, me dijeron que tenía un pie para ir al Zambrana, hasta que mi padre (ya recuperado y viviendo en casa de mi abuela) decidió sacarnos y trasladarnos a otro Centro en Valladolid (Nuevo Futuro), para estar más cerca de nosotros. Le veíamos todos los fines y dormíamos en casa de mi abuela (aquí tenía más libertad).

Había fines que mi madre venía a vernos, pero mi padre no cumplía la normativa que le pusieron la Junta (un finde con él y otro con mi madre), ¿el motivo?...nunca lo pregunté.

Después de estar en ese Centro y seguir comportándome de una manera que no era la más adecuada, me trasladaron al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis. Ya era mucho para mí estar de centro en centro, pero tenía que aguantar con lo que tuviera que tragar.

Me enseñaron cómo eran las cosas allí, las normas, la actitud con la gente y demás, al fin y al cabo mi estancia allí fue favorable. Sí, un poco raro convivir con gente que no conocía de nada, pero contento de estar en un sitio y aprender un poco sobre cómo vivir

el día de mañana, buscar un trabajo, aprender a hacer todas las tareas de una casa, para cuando vives tu solo, etc.

Lo que menos me hacía gracia era levantarme a las diez y hacer las tareas del hogar, pero era lo que había que hacer si querías recibir la paga el viernes, aunque a veces lo hacíamos lo más rápido posible.

Mi actitud con los educadores al principio, no era muy normal, no les tragaba mucho, hasta que me asignaron a Alfonso y aprendí bastante con él, me enseñó que no siempre es mejor ir por el camino fácil para conseguir lo que se quiere y ¡razón tenía!.

Durante mi estancia en el Centro he tenido muchas anécdotas, que nunca he olvidado. Por ejemplo, los momentos que nos tirábamos jugando a la videoconsola, que echábamos a pares o nones para ver quién le tocaba elegir canal en la televisión, para intercambiarnos la tarea, y la que más, cuando intentaba ligar con las compañeras de piso.

He aprendido varias cosas, entre ellas, cómo sobrevivir el día de mañana sólo sin la ayuda de nadie, y todo esto gracias a lo que me enseñaron los educadores y sus consejos.

Ahora ya fuera del Hogar, mi vida no va tan mal, he aprendido muchas cosas, entre ellas a vivir el día a día, a esquivar obstáculos, a ir con la gente apropiada, y a no cometer los mismos errores que cometieron mis padres.

Sé que estando ahí no se vive en un palacio, pero mi mejor consejo es: de los errores del pasado, se encuentran soluciones para el futuro, no volváis a cometer el mayor error de vuestra vida y luchar por lo que de verdad vale la pena luchar: por la familia, los buenos amigos y sobre todo por vosotros.

Espero que mi experiencia os ayude a mirar por vosotros.



Ilustradora: Eulàlia Miró

nº 22

De pequeña viví en una ciudad de mediano tamaño en un piso junto a mi abuela, tío, madre y hermana. Mi madre nunca se ha casado, ni me presentó a mi padre, cosa que echo un poco en falta pues mi padre es la persona a la que me parezco física y mentalmente, según me dicen. Recuerdo pocas cosas de mi infancia, sólo el colegio, la escuela de música, juegos en el parque y algunos malos momentos por falta de alimentos, pues nos costaba mucho llegar a fin de mes. Ese es uno de los motivos por el que mi madre decidió hacer el viaje al extranjero.

Todo comenzó el 30 de diciembre del año 2000, día en que mi madre, mi hermana de trece años y yo, con 11, cogimos el tren en nuestro país natal, Ucrania, para irnos hacia Hungría. Recuerdo ver los fuegos artificiales de la noche vieja por la ventana del tren, en el que viví las primeras horas del 2001.

Al llegar a Hungría fuimos a un centro para refugiados: unas instalaciones muy típicas en los países del Este, donde permanecen los extranjeros mientras esperan la respuesta a su solicitud de permiso de residencia. Si es denegada hay posibilidad de recurrir hasta en dos ocasiones, pero a la tercera denegación, la persona es deportada a su país.

Vivimos en dos centros de refugiados durante dieciocho meses. Fue entonces cuando mi madre conoció a un hombre, también de Ucrania, con el que empezó a salir y de quien se quedó embarazada. Cuando nos llegó la segunda denegación decidieron que nos fuéramos del centro antes de que llegara la tercera. Intentamos cruzar la frontera con Austria pero nos pillaron y devolvieron al centro. Al poco tiempo nos fuimos de nuevo, esta vez hacia Croacia.

“Cruzar la frontera de Eslovenia fue la primera experiencia dura de mi vida: tuvimos que subir una montaña muy pronunciada y recuerdo tener que enterrar los dedos en la tierra para poder agarrarme y subir. Una vez arriba, nos perdimos... sin comida y con un bebé de meses...”

En Croacia fuimos a un centro como los anteriores, donde permanecimos ocho meses más. Allí, mi madre dio a luz a una niña, y al poco tiempo, nos llegó una nueva denegación, de manera que tuvimos que irnos de nuevo. Esta vez hasta Eslovenia.

Cruzar la frontera de Eslovenia fue la primera experiencia dura de mi vida: tuvimos que subir una montaña muy pronunciada y recuerdo tener que enterrar los dedos en la tierra para poder agarrarme y subir. Una vez arriba, nos perdimos... sin comida y con un bebé de meses. La segunda noche conseguimos bajar, apare-

ciendo, no sé cómo, en Eslovenia.

Allí vivimos otros ocho meses, pero una nueva denegación hizo que tuviéramos que marchar una vez más. Pasamos por Italia y Francia, y finalmente llegamos a España, donde viví la segunda experiencia dura de mi vida. Fueron tres meses viajando de una ciudad a otra, sin alimentación, ni dinero, intentando solicitar documentación. En Palencia mis hermanas y yo entramos en una casa de acogida, y mi madre y su novio, buscaron trabajo.

Yo, al tener catorce años, pude estudiar 3º de la ESO, y mi hermana, un módulo de grado medio. Al cabo de un tiempo, el novio de mi madre encontró trabajo y mis dos hermanas se fueron a vivir con ellos. Tras un tiempo mi madre tuvo otra niña. Yo preferí quedarme en la casa de acogida porque no me entendía muy bien con mi madre y porque su novio solía beber...

La convivencia no es fácil, hay mucha gente con distintas formas de pensar, ser y actuar a la tuya, por lo tanto se aprende a convivir con todas estas dificultades, adaptándote y respetando las maneras de ser de los demás.

En el piso de transición a la vida adulta, de Fundación Adsis, para mayores de dieciocho años, te preparan para el futuro más próximo, ser autónomo y gestionar tu economía, el problema es que te encuentras con dieciocho años, manejando una cantidad de dinero, sin ser realmente consciente de que dentro de un año vas a tener muchísimos gastos (un alquiler, comida, teléfono, etc..) pues llevas toda la vida viviendo en un piso sin preocuparte de estos temas. Yo realmente no me di cuenta del gasto que suponía vivir en alquiler hasta que salí del piso. Hay que tener en cuenta que puede que cuando llegue la hora de irte, no tengas un trabajo o aún estés estudiando, por lo tanto os animo a todos a pensar por un momento que es mañana cuando os vais, haced las cuentas de lo que esto supone, y cuánto tiempo os podríais mantener con el dinero que tenéis ahorrado, puede que así os sea más fácil daros cuenta de la importancia de ahorrar el máximo dinero posible.

Yo era una persona que cumplía las normas del piso, y hasta hoy en día me parecen esenciales para cualquier tipo de convivencia, en estos años lo he comprobado. No creo que haya cambiado

mucho, pero si he madurado.

Hoy en día estoy trabajando de enfermera y preparando las oposiciones.

La experiencia me ha servido mucho para aprender a convivir con mucha gente diferente, respetando a todos ellos y así poder compartir piso con gente desconocida. Y por supuesto ha sido un gran apoyo para poder hacer la carrera, por lo menos los dos primeros años. Mi consejo es que estudiéis y os preparéis para poder salir adelante.



Ilustrador: Sergi Portela

nº 23

Con siete u ocho años nos fuimos a vivir al pueblo de mi abuela materna con mis abuelos y tíos. Mi abuela y mi padre discutían mucho, cuando llegaban a algún acuerdo les duraba un día.

Mi padre discutía mucho con mi madre, no la dejaba relacionarse con nadie (ni familia, ni amigos). Alguna de las veces que discutían mi madre se iba a la casa de mi abuela y mi padre me mandaba fregar, y ni siquiera llegaba a la pila, tenía que subirme en una silla y me pasaba la tarde pasando la mano a los platos hasta que se quitaban los restos, hasta el punto en el que tenía las manos como pasas.

Otras veces, dormía a mi hermano pequeño que entonces era un bebé. No me importaba porque es mi hermano y me gustaba. Cuando no estaba mi madre me tocaba cambiarle y lavarle los pañales, porque me mandaba mi padre (los pañales eran de gasas).

Un día llegó y discutieron muy fuerte. Estábamos en la calle, mi padre estaba borracho y estaba con otro señor en las mismas circunstancias, le dio una leche al señor, entretanto, mi padre estaba discutiendo con mi madre, le tiró la lata de refresco que llevaba de la mano, y nada más entrar en casa le dio un bofetón fuerte. Fue entonces, ese día en que me di cuenta de la cruda realidad.

Un día, cuando fueron las fiestas del pueblo, en septiembre, no estaba mi madre en casa, me imaginé que estaba con mi abuela. Ese día, después de comer nos dijo nuestro padre que saliéramos a dar una vuelta, pues él tenía que «hablar con el abogado y que luego vendría». Nos fuimos los tres hermanos. Cuando nos cansamos volvimos a casa, pero con tan mala suerte que no podíamos abrir la puerta porque había un madero atravesado por dentro, entonces vi a mi tío José que estaba cogiendo cosas. Bajamos la calle y a la izquierda estaban todos los muebles de casa en la calle. Se me hundió el alma, no sabía qué hacer. Yo tenía miedo, no quería ir a casa pero acerqué a mis hermanos para que se quedasen, y yo me fui por ahí llorando y otra vecina me dio de comer algo.

Vi a mi tío José, mientras estaba con un palo encintándolo con cinta negra y se quedó dormido en el sofá. Sabía que no era por algo bueno. En seguida me mandaron a dormir, pero al poco de estar en la cama oí un coche y ruidos (golpes) como que querían abrir la puerta de la que era mi casa, pero no podían porque estaba puesto el madero atravesado. Me imaginé que era mi padre. Luego volví a oír el coche y golpes en la puerta de mi abuela y muchos chillidos. De repente, entran en la habitación mi madre sangrando de la sien y mi tía. Se fueron al hospital a que le pusieran puntos, nos dijeron a los tres que no pasaba nada y que nos durmiésemos. Yo sabía que algo muy gordo había pasado pero que no querían decir.

Cuando me levante al día siguiente, vi la puerta de la calle con cristales rotos. Salí fuera y vi el coche de mi padre y en el suelo de la calle gotas de sangre, seguí el rastro. Al ir acercándome al coche vi el maletero manchado de sangre pero las gotas seguían más abajo hasta el final de la calle y ya se perdía el rastro. Me dijeron que le llevaron en ambulancia y que cuando vino golpeando la puerta de casa, salió mi tío José a darle con el palo que anteriormente había preparado, porque tenía rabia acumulada de las veces que pegaba a mi madre y ya estaba harto.

A los pocos días, mi abuela y mi madre nos prepararon una caja de ropa. De repente estábamos en un colegio de menores (El Tránsito, en Zamora) con muchos niños (más de treinta).

Recuerdo que unos niños estaban tirando alguna ropa que nos habían traído de casa porque había prendas inútiles (sostenes y no sé que más...). Pasé un poco de vergüenza porque eran prendas de mi madre y no nuestras.

El primer año lo pase muy mal, sólo estaba con mi hermana, y a mi hermano no le veíamos porque estaba con los peques en la casa cuna (me daba mucha pena por él porque estaba solo sin nosotras).

El segundo año y el tercero, estuvimos mejor porque nos adaptamos y yo no quería irme ni separarme de mis hermanos. Los dos últimos años fueron los mejores. Realizábamos muchas excursiones, algún fin de semana desde el propio centro y otras desde clase. (La nieve, escuelas viajeras en Valencia y Santander...)

La primera vez que fue mi padre a recogernos el fin de semana tenía una mano y la mitad de la cabeza vendada con puntos. Nos llevaba los fines de semana a casa de nuestra abuela paterna. Otras veces nos venían a buscar mi madre y mi tía.

Estando en el centro, un día nos vino a visitar una técnico. Estábamos en el parque del centro jugando cuando me hicieron llamar a mi sola. Me preguntó cosas y me dijo que dibujase una familia, dibuje un padre y una madre con un bebe recién nacido. Luego me dijo que si quería irme con una familia de acogida en Madrid (eso me hizo pensar que podía no ver ni a mi madre ni a mi padre, y que también podía quedarme sin mis hermanos) y le dije que no, que yo quería estar con mis hermanos y no me quería ir. Cuando me iba, me dijo que llamase a mi hermana para que viniese a hablar con ella pero antes se lo conté y le dije que si no quería que nos separasen que dijese que «no». Ya ves, mi hermano pequeño que tenía cuando entramos dos años y medio, seis mi hermana, y yo nueve años.

Una de las veces que íbamos a casa de mi abuela paterna en fin de semana, mi padre apareció por la noche con mi madre y a mi abuela no le gusto nada (por lo que le hicieron que casi le matan), así que se buscó mi padre trabajo en una finca y luego íbamos a verle allí. Aquí fue cuando perdemos contacto con mi abuela, porque mi padre se enfadó por no respetar a mi madre (estuvo más de diez años sin hablarse).

Cuando llegaba el fin de semana, nos venían a buscar, cogíamos el bus que nos llevaba a la finca (nuestra parada era la carretera) y el resto del camino lo hacíamos a pie que era largo, costoso y cansado.

Estando en el centro, nos contó mi padre que se fue a trabajar y que cuando volvió a casa mi madre no estaba, se había ido y que se cambiaba de curro y casa, y entonces, hasta que no estuviera instalado en la nueva casa no podíamos ir.

Después de mudarse nos venía a recoger como siempre, cuando llegamos a la nueva casa esperaba encontrarme con mi madre pero no estaba (lamentablemente ya no volvió con mi padre, aunque por otro lado actualmente me alegro que no lo hiciera porque yo no aguantaría el que me trataran mal física y psicológicamen-

te). Los días siguientes (sábado y domingo) siempre estábamos todo el día solos, sin ningún adulto, porque mi padre se iba a trabajar y hasta la noche no volvía. Siempre nos recordaba que no abriéramos la puerta a nadie y que nos tenía la comida hecha para cuando llegase la hora solo había que calentarla en la cocina de gas. Nos despertaba temprano antes de irse para asegurarse de que lo habíamos entendido y sólo nos dejaba salir al patio de la parte trasera de la casa. Se nos hacía eterno el día estando solos hasta la hora de su regreso, a las diez o doce de la noche. Yo me sentía con un gran peso encima, una responsabilidad muy grande, tener que manejar a mis dos hermanos pequeños y que me hicieran caso (dos, tres y nueve años que teníamos), de no abrir la puerta aunque llamasen, ni contestar. Tenía muchas ganas de que acabasen los días para regresar el lunes temprano al colegio de las monjas.

Así estuvimos hasta que el colegio se dio cuenta. Nuestro padre nos decía que no podía llevarnos hasta que encontrase a alguien que nos cuidase cuando él no estaba.

La siguiente vez conocimos a una chica mayor que mi madre que odiábamos mi hermana y yo y nos hizo la vida imposible. Mi padre nos la presentó como la persona que nos cuidaría en su ausencia. Al principio parecía muy maja, luego con el tiempo ya no parecía tanto, le molestaba que hablásemos de mi madre. A partir de este momento estuvimos con mi padre e íbamos a vivir a sitios diferentes por el trabajo de él, y ya con su nueva «amiga», eso es lo que nos decían. A medida que pasaba más tiempo, más confianza cogía, y a mi hermana le daba palizas porque comía muy mal la fruta, hasta el punto de tener marcas y moratones en la espalda. Cuando se lo vieron las monjas, durante la ducha, el director del centro habló con ella, y la llamaron la atención, no sé exactamente de lo que hablaron pero pararon un poco las palizas.

Estuvimos tres años internos. Veíamos a mi madre con mi tía que nos venían a buscar muy a menudo y luego los fines de semana nos venían a buscar mi padre. En verano estábamos unos días con mi madre y otros días con mi padre, (con este último estaba deseando que terminaran las vacaciones para volver al colegio porque me castigaban por nada y no me dejaban salir para nada de

casa).

Empecé a notar que veíamos más a mi madre que a mi padre, hasta que un día nos vino a ver mi padre. Nos dijo que ya no podíamos quedarnos en el colegio (yo creo que tenía miedo de que no pudiera vernos más) y yo le dije que quería quedarme hasta acabar la E.S.O, no quería irme. Abrió los pestillos de la puerta y nos llevó a los tres. Sentía miedo, quería haberme llevado algunas cosillas mías pero no me dejó porque decía que no me iban a dejar irme y había que irse ya. Y nos llevó con él.

Por el trabajo de mi padre a veces estábamos en el mismo año en dos colegios distintos. Estaba harta, no entendía por qué no me dejaron en el colegio de las monjas, era donde mejor estábamos en todos los sentidos. Y que nos fueran a ver ellos cuando pudieran o quisieran, que ya desde ese momento a cada sitio que íbamos se reían de mí por la forma de vestir (con ropa vieja, descolorida y no adecuada para niños).

Tampoco me dejaba ducharme todos los días por la mañana, y lo necesitaba (sólo el domingo). Me orinaba por la noche aunque no me enteraba, y por miedo a levantarme (en el colegio de las monjas ya lo tenía corregido casi) y al volver con mi padre no podía controlarlo, menos mal que con el tiempo se me quitó. No tenía protector en la cama, siempre me echaba con la cama húmeda y claro, luego en el colegio se reían, no querían que estuviese en clase.

Cuando se enfadaron ella y mi padre, mi padre la echó de casa y se fue unos días. Mi padre estuvo rebuscando en sus cosas y vio que ponía la fecha en la que me había bajado la regla. Estuvo mareándose de que no pasaba nada... yo me sentía incómoda con la conversación. Estuvo hablando toda la noche hasta que mis hermanos se cansaron y se fueron a dormir, yo también quería irme con ellos, pero mi padre no me dejaba de dar la chapa, me quedé sola. Ese día como otros tantos que salía, llegé bebido. Me dijo que me fuese a dormir a su habitación porque si no iba a despertar a mis hermanos (insistió muchísimo), le hice caso como una tonta, tenía miedo y vergüenza. Me eché vestida y él me dijo que me quitase los pantalones para «dormir», me dijo cosas, me tocó en mis partes y me dijo que si podía meter su cosa ahí, y le dije que no. Me puse nerviosa, me levante rápido y me puse los pantalones e

intenté salir corriendo de la habitación. Conseguí llegar a la puerta del baño, que era lo que estaba abierto, pero me agarró fuerte y me quería llevar otra vez a la habitación. Yo me agarré con todas mis fuerzas a la puerta del baño y chillé que me dejase en paz, y que quería ir a mi cama ya llorando.... Hasta que se levantó mi hermana y salió a ver qué pasaba... y él le decía que se fuese a la cama que no pasaba nada, y mi hermana le decía que no se iba hasta que me fuese con ella (me salvó).

Cuando por fin estaba en mi habitación con mis hermanos se lo conté a mi hermana, y le dije que me ayudase y no me volviese a dejar sola nunca más para que no me volviese a pasar. Desde entonces ya nunca más quería quedarme sola (tenía trece años).

“A veces, pensaba en escaparme de casa, otras imaginaba suicidarme, pero no me atrevía a hacerlo en realidad, solo lo pensaba. Ahora entiendo que era porque me sentía impotente ...”

Mi padre se volvió a contentar con su amiga. Después, cuando tuve quince años ya no iba por las tardes a clase, uno de los días que me quedé sola, (la señora se fue a buscar a mis hermanos al colegio como siempre). Estaba en el salón viendo la tele, aunque en realidad tenía que estar estudiando. Oí un golpe de la puerta de la calle e intenté ir al cuarto donde estudiaba, pero ya era tarde, era mi padre y venía además borracho, me preguntó que dónde estaba Aurora... No me fiaba de él. Estaba pensando cómo escabullirme y que no se diera cuenta de que tenía miedo. Me hablaba y yo solo pensaba como salir del salón sin pasar por ninguna de las tres puertas que no tenían salida para mí. Pero no pude porque intentando rodear me empujó a la habitación, me agarré a la pared de la puerta, luego no sé cómo hice que salí corriendo al baño pero no me dio tiempo a cerrar. Salí corriendo por el pasillo pero me tropecé y me caí, en seguida se agachó para cogerme y empezó a

tocarme e intentar levantarme la ropa para tocarme el pecho pero no le dio tiempo, porque se oyó la puerta y yo por fin pude correr y encerrarme donde estudiaba. Se acercó ella a preguntarme qué había pasado y por qué estaba llorando y yo le dije que nada (no podía dejar de llorar). Me dijo que si me había pegado y le dije que sí porque no me atrevía a contarle, y no pensaba que me fuese a creer y se fue a discutir con mi padre.

En el último sitio que llegamos, porque mi padre no tenía trabajo, fue con unos portugueses que decía que conocía y nos quedamos en su casa a las afueras del pueblo llegando al pinar, sin luz, agua, sin gas...

Me acuerdo que cuando iba a limpiar su habitación me entreteñía viendo las fotos donde salía mi madre porque la echaba mucho de menos, no la veía desde los once años, desde que nuestro padre nos sacó sin permiso del colegio. Una de las veces me pilló ella y me dijo que si volvía a mirarlas que me las rompía.

A veces, pensaba en escaparme de casa, otras imaginaba cómo suicidarme, pero no me atrevía a hacerlo en realidad, solo lo pensaba. Ahora entiendo que era porque me sentía impotente por no poder hacer nada normal.

Después de una pelea muy grande, en la que nos pegaron, fui al instituto, y le conté a Mercedes (una profesora con la que tenía mucha confianza) todo lo que estaba pasando y llamaron a mi técnico Pedro. A los pocos días vino al instituto porque creo que le pedí que fuera allí porque en casa no podía hablar... me dijo que si yo estaba en casa era porque quería y que si no quería estar que lo dijese. Entonces me armé de valor y dije que me quería ir de casa.

Cuando llegué al Hogar el Juglar, de Fundación Adsis me sentí rara, me enseñaron mi habitación, la casa, me presentaron a mis compañeras y a los de otros pisos, a los educadores y poco a poco mis tareas y obligaciones.

Me iban guiando porque no sabía hacer nada sola porque nunca me habían dejado hacerlo. Al principio cuando acababa mis obligaciones (tareas etc...), me iba a mi habitación y me cerraba la puerta porque era a lo que estaba acostumbrada.

Cuando acabé el curso estaba muy contenta porque conseguí sacarme la E.S.O a pesar de todo.

Del piso lo que no me gustaba era cuando hacíamos reuniones grupales, pero entiendo que era lo mejor para saber lo que opinábamos todas. A veces cuando tenía reunión individual, a veces no me apetecían pero me gustaban más porque hablábamos de lo que había evolucionado, las preocupaciones que tenía, las metas a las que quería llegar, lo que iba a tener que gastar ese mes para calcular cuánto y no sacar nada más para aprender ahorrar, etc.

Finalmente en la cena de navidad nos reunimos todos los educadores, voluntarios, los chicos y chicas de los tres pisos. Conocí a Pía, quien fue mi voluntaria enlace. Me acuerdo que nos entrevistaron a las dos, fue algo que me propusieron y me pareció bien poder expresar a otra persona lo que una persona vale, a pesar de pasarlo mal y aprendí que si te lo propones sales adelante.

Pía y yo, quedábamos cuando podíamos, me invitó alguna vez a su casa, la iba a ver a veces a su trabajo, quedábamos para tomar café, y le comentaba alguna de mis preocupaciones actuales, como lo de dejar el hogar y compartir piso, etc...

También el piso organizaba el fin de curso una excursión a la playa con todos, que estaba muy bien.

Fuera ya del hogar, tengo que decir que me doy cuenta de muchas cosas en las que eran muy pesados los educadores, como buscar trabajo, cómo, dónde, de qué manera, etc lo importante que era y es ahorrar, lo importante que es dialogar y no guardártelo todo para uno mismo y no solucionar nada, las pautas que se tomaban para la organización de todos sobre tareas, compra etc... esto último en cierto modo, lo utilizo en mi vida cotidiana, bueno, entre comillas porque te tienes que habituar a las personas con las que convives en cada momento. Ahora mismo ya no comparto piso de momento, solo comparto con mi pareja y soy muy feliz porque hay que vivir el presente para tener un futuro mejor.

Ahora me dirijo a todos vosotros que habéis leído mi pesada historia, que aprovechéis el tiempo que tengáis en el hogar porque a pesar de ser pesadísimos los educadores, lo hacen por nuestro

bien y porque se agobian porque solo tenemos un tiempo determinado para aprender a defendernos solos, y todos tenemos miedo a fracasar sino logramos salir adelante. Yo por mi parte me alegro mucho de haber aprendido todo lo que me enseñaron, porque luego el camino lo tienes que hacer sola sin ayuda, aunque les vayas a ver cada cierto tiempo, porque siempre estarán ahí.

Muchas gracias a todos por hacer mi vida mejor. Todos los educadores se organizan y realizan tareas con nosotros para hacernos la vida mejor y crezcamos como personas.

Tengo que añadir que con la ayuda de educadores y Pedro (el técnico), pude volver a ver a mi madre y parte de mi familia por parte materna, también gracias a la persona que me acompañó, en mi caso Sole, a alguna terapia para superar mis problemas, culpabilidad y miedos.



Ilustradora: Joana Bruna

nº 24

Nací el 28 de junio de 1988 en Zamora a las cuatro de la madrugada, fui el primogénito.

Mi madre me tuvo con dieciocho años. Al nacer mi madre tuvo una depresión posparto y no me quería, así que decidió darme en adopción.

Todo esto lo cuento porque me lo contó mi abuela, la persona a la que más quería y quiero ya que falleció hace unos años.

Al final no me dieron en adopción ya que mi abuela, la persona más influyente en mi vida me acogió hasta los tres años. Me daba el biberón, me solía arrullar junto a la chimenea y jugaba con mi prima.

Recuerdo cuando cumplí dos años y lo celebré con mi abuela. También solía ir con ella a dar de comer a las gallinas y a los cerdos.

Después mi abuela cayó enferma y me llevaron con mis padres a la finca ganadera donde vivían ellos; yo no sentía el mismo cuidado con el que me cuidaba mi abuela por que ya estaba mi hermana Cristina que era la más querida. Por parte de ellos, yo era un niño muy poco querido, no me daban demasiado cariño, ni besos...

Cuando vivía en Palencia comencé el colegio, jugaba y pintaba hasta los cinco años que me cambié de colegio a Villalar de los Comuneros. Allí me fui haciendo mayor. Fui todos los veranos con mi abuela a Zamora a su casa hasta que crecí y crecí, hasta los diez años.

A partir de ahí empezaron los problemas cada vez más fuertes, mi padre ya no me dejaba ir a casa de mi abuela los veranos.

Me ponían a trabajar y si no cumplía me daba de palos o si no me decía que era un mierda, que no valía para nada, que me iba a

tirar al río. Cogía lo que pillaba por la mesa y me lo tiraba. Un día cogió una pala con la que estaba haciendo hormigón y me dio en la cabeza. Mi tía estaba presente en ese momento y no hizo nada para evitarlo. Incluso mintió después cuando le contó a mi madre que la herida que tenía se debía a que me había golpeado con una puerta. También recuerdo cómo me obligaban a bañarme después de que se hubieran bañado mis padres y mis hermanas con el mismo agua. Ese agua estaba ya helada y sucia.

Me iba a mi cuarto a llorar y a desahogarme y a veces pensaba en quitarme la vida, pero pensé que no iba a servir para nada hacerse daño a uno mismo.

Tenía que seguir para adelante y luchar para que alguna vez se dieran cuenta del daño que me están haciendo, y los años que han perdido por no haber compartido todo este tiempo con su hijo, todo el cariño y el afecto que no me ha dado.

Mi abuela se enfrentaba muchas veces a mi padre para defenderme, también tenía el gran apoyo de mi tía de Cádiz pero ella vivía muy lejos; y sólo venía a veces.

Con mi hermana me lo pasaba muy bien, jugábamos en la finca, cogíamos las bicicletas, dábamos de beber a los terneros, nos escondíamos por los maizales.

Un día me caí en una balsa jugando y mi hermana me salvo. ¡El susto que me llevé!, llegué a casa todo calado, ¡la bronca que me echó mi madre!.

Años más tarde nació otra hermana, a la que estuve cuidando con mucho cariño.

Nos trasladamos a vivir a Pollos y dejamos la finca porque a mi padre le despidieron.

Según me contó mi abuela, mi padre no era mi verdadero padre. No sé si eso será verdad, se lo he preguntado a mi madre y no me quiso responder a esa pregunta. ¿Quizá por eso no me quería?.

Tuve problemas en el instituto con los compañeros que se me

tían conmigo. Ya no aguantaba más, me encontraba mal. En ese momento tenía muchos problemas en casa y en el instituto y no podía solucionarlo yo solo. Así que acudí a mi profesora de música que se fijó en que me pasaba algo, y me preguntó y yo la solté todo. Entonces se puso en contacto con el director y él llamo a protección de menores y me metieron en un centro de Valladolid llamado el Desván con 16 años.

Hasta allí me acompañó mi familia y me dejaron. Me puse un poco triste porque para mí era todo nuevo.

Hubo un chico de allí que era un poco agresivo y me pegó, ese chico acabó en Zambrana.

Fui al instituto Leopoldo Cano, allí hice muchos amigos. Después fui al Luis Vives, estudié para ser camarero que es lo que más me gusta, e hice prácticas en el Felipe IV.

También estuve en el Hogar El Juglar y en el piso del Servicio de Transición a la Vida Adulta, de Fundación Adsis.

“Me ponía a trabajar y si no lo cumplía me daba de palos o si no me decía que era un mierda, que no valía para nada, que me iba a tirar al río... Cogía lo que pillaba ... Un día cogió una pala con la que estaba haciendo hormigón y me dio en la cabeza”

Allí estuve muy bien porque ya estaba acostumbrado, ya venía de otro piso ajeno a mi familia.

No quería volver con mis padres por la situación que me había tocado vivir allí.

Me acuerdo mucho de los educadores que tuve, de los compa-

ñeros, de los momentos que viví, de las risas que nos echamos, de las excursiones, de las películas que veíamos.

Yo era un desastre con el orden y la limpieza y lo reconozco, que en eso tenía que mejorar mucho. Me acuerdo también de la reuniones y cuando celebrábamos los cumpleaños. Recuerdo cuando vendía los pasatiempos y calendarios por dos euros para la Asociación Andis de personas con discapacidad física, psíquica y sensorial para poder ir sacando algo de dinero para cuando me independizara.

Los únicos problemas que tuve en El Juglar, fueron que a veces no hacía caso de lo que me mandaban y por este motivo me llevaba regañinas de los educadores.

Una anécdota que me pasó en El Juglar fue que me sonó el despertador del móvil, me levanté, me vestí, me puse a desayunar, se levantó el compañero y me dijo: ¡a dónde vas a esta hora! y dije yo: ¡a clase! y me dijo: ¿a estas horas? ¡son las 3 de la mañana! y miré la hora y era verdad, eran las 3 de la mañana; había puesto mal el despertador del móvil así que me volví a la cama.

Me marcó lo mucho que aprendí en el Juglar, lo bien que me trataron los compañeros, las risas que nos echamos, los buenos momentos que vivimos día a día y allí aprendí algunos consejos que me dieron.

La despedida fue muy emotiva, nos fuimos a cenar por ahí y después estuvimos en el karaoke. Lo que más me gustó, una carta de una educadora que apreció mucho. Me emocioné mucho porque en el Juglar me han querido mucho, he recibido mucho cariño, me he sentido como en una gran familia.

Llegué a Viviendas Tuteladas de Valladolid en el 2008, amputan la pierna a mi abuela en salamanca y acudo al Hospital preocupado y triste, y a partir de ahí me voy el verano a cuidar a mi abuela. En 2009 fallece de un derrame cerebral. Yo al principio no me lo creía, ¡que la persona que más había querido en toda mi vida se me había ido! me sentía solo, se había ido una parte de mí, sentí un vacío por dentro.

Bueno, pero actualmente sigo con mi vida en las Viviendas Tu-

teladas de Valladolid. Aunque en el piso no me siento muy a gusto por las normas de convivencia, pero bueno hay que respetarlas, no es un piso como los que he estado antes, es con más vigilancia de monitores. Tengo muy buenos compañeros, los monitores han ido cambiando a lo largo del tiempo. También hacemos excursiones.

A mis padres les veo algo menos, sigo teniendo muy poca relación con mi padre ya que cada vez que me ve es para darme gritos.

A mis hermanas las veo cuando puedo. En Navidad las invite a que vinieran a Valladolid a la pista de hielo para poder pasar el día con ellas.

Mi vida ha mejorado desde que vine a Valladolid, he cambiado, soy menos cerrado y he aprendido a ser más fuerte y mejor persona.

Consejo para las personas que están en viviendas: yo creo que es una gran oportunidad si tenéis problemas graves en vuestra familia. Os tratarán bien, aprenderéis a vivir solos, a cocinar, a buscar trabajo, y a crecer como personas. Lo que intentan los educadores es ayudaros a vivir por vuestra cuenta el día de mañana. Están de vuestro lado.

Quiero dar un agradecimiento especial a los educadores del Juglar por haberme dado la oportunidad de poder escribir esto y con ello ayudar a otros chicos que estén pasando lo mismo que pasé yo.

Jonathan

nº 25

Pues la verdad, no sé ni cómo empezar, ni por dónde. Así que empezaré desde que era pequeña.

Mis padres me tuvieron cuando tenían dieciocho años. A mi padre le metieron en la cárcel antes de que yo naciera, y viví con mi madre y con mis abuelos maternos.

A los seis años salió mi padre de la cárcel. Mi madre se quedó embarazada de mi hermano, a mi padre le salió trabajo en Madrid y nos fuimos a vivir allí. Aunque no vivimos durante mucho tiempo porque tenía problemas con el alcohol y a menudo pegaba y engañaba a mi madre con otras.

Un día, nos dejó tirados a los tres en la estación y nos vinimos a Valladolid con mis abuelos.

Mis padres estuvieron volviendo a salir y dejándolo de nuevo muchas veces. Mi madre aguantaba palizas y las borracheras de mi padre, cuando yo tenía nueve años, lo dejaron definitivamente.

A mis once años, mi madre empezó a salir con un chico. Al principio todo muy bien, pero las cosas cambiaron cuando se vino a vivir con nosotros. Yo no sé si a mi madre le ha pegado alguna vez, pero a mí sí me pegaba y me insultaba, y lo peor de todo es que mi madre no hacía nada, incluso decía que le prefería a él.

Cuando hice doce años, el Instituto llamó a la asistente social porque faltaba mucho a clase, y porque vieron que normalmente tenía moratones y heridas, de las palizas de su novio.

A los catorce años, ya cansada de eso, me fui a vivir con mi padre pensando que iba a estar mejor, pero no fue así. Mi padre tenía problemas con las drogas y el alcohol y su novia también. Yo me encargaba de los hijos de ella, porque que ellos se pasaban el día borrachos y pegándose mutuamente.

Con quince años mi abuela materna murió y volví con mi madre. Ella decía que todo había cambiado, y que no se iba a repetir. Pero todo se repitió, las palizas, los insultos, cada vez era más a menudo.

Y a los dieciséis años, me dio un ataque de ansiedad en medio de una de esas palizas, del miedo y de los nervios. Me intenté tirar por la ventana (no para hacerme nada sino para salir de ahí). Ese día si medió mi madre para evitar que me tirara, vino a casa la policía y la ambulancia.

La ambulancia me llevó al hospital hasta que se me pasó el ataque de ansiedad. La policía me llevó a comisaría para que contara todo lo que había pasado. Se lo conté y le decía que por favor no me llevaran a casa. Ellos me tranquilizaron y me dijeron que me iban a llevar a un centro.

Me metieron en un Centro. Los primeros meses bien, pero luego empecé a portarme mal, a no cumplir ni horarios, ni normas, a contestar a los educadores. Finalmente me escapé del centro y me fui a vivir a casa del novio que tenía por ese entonces, y de sus padres. Estuve cinco meses allí hasta que se puso en contacto mi técnica conmigo y me dio la opción de entrar en el Hogar «el Juglar», de Fundación Adsis. Yo decidí que sí quería ir.

El mismo día que entré en el Hogar me enteré de que estaba embarazada. En el hogar los educadores y compañeros me apoyaron mucho con mi decisión de seguir adelante. Estaba embarazada de gemelos, pero a los tres meses perdí a los niños. Los compañeros y educadores estuvieron todo el rato a mi lado para que no estuviese mal.

Me puse a estudiar y saqué el curso. Los educadores me facilitaron un montón de sitios donde ir a buscar trabajo, me enseñaron a hacer un currículum, y cómo comportarme en las entrevistas y en el trabajo.

En el Centro maduré mucho en el año que estuve. Aprendí a controlarme, a ser más responsable, aprendí a valerme por mí misma, y a hacer las tareas de casa. Los educadores fueron buenísimos y he aprendido muchas cosas de ellos.

De mis compañeros ¡qué decir!, con la mayoría me sigo viendo. Una de mis compañeras es ahora una de mis mejores amigas.

Cuando cumplí dieciocho años me fui a vivir con mi madre, pensando que como habían tenido a mi hermana hacía poco, habían asentado la cabeza, pero no fue así. Decidí irme de casa a vivir con una amiga, me puse a trabajar y me fue bastante bien.

Ahora con veintidós años, vivo sola, veo a mi madre de vez en cuando, pero me valgo por mí misma y no necesito a nadie.

Un consejo que os doy es que estar en un centro no es nada malo, y aprovechar la oportunidad, hacer caso a los educadores, que aunque sean muy pesados lo hacen por nuestro bien. No os dejéis vencer por nada que todo acaba teniendo una solución, y vosotros valéis mucho.

***“En el Centro
maduré mucho
en el año que
estuve. Aprendí a
controlarme, a ser
más responsable,
aprendí a valerme
por mí misma...”***



Ilustradora: Agnès Perelló

nº 26

Tengo 20 años, y bueno, os voy a contar un poco mi vida. Yo cuando nací era muy feliz, tenía unos padres y una hermana que me querían, y yo a ellos, bueno, eso me decían porque de los primeros años no me acuerdo... Os intentaré contar lo que recuerdo:

Mis padres discutían mucho, y muchísimas veces mi padre pagaba los enfados conmigo, y me insultaba y me pegaba mucho. Mi madre me tenía que llevar a urgencias muchas veces de lo fuerte que me daba. Yo tendría cuatro o cinco años.

Me acuerdo de que mi madre me dijo que levantase la persiana del salón, que encima estaba un poco dura, y la subí demasiado. Mi padre me pegó una paliza y me hizo muchísimo daño en el hombro, me lo sacó de su sitio, y estuve varios días mal.

Con 7 años tuve una reacción alérgica por la tarde-noche y mi madre me llevó a urgencias en un taxi, porque mi padre no quiso llevarme, prefirió quedarse en el sofá viendo la tele antes que llevar a su propia hija al médico.

A los 14 años, nos fuimos de Zamora a Sevilla, donde las cosas parecían ir mejor, pero me equivoqué. Mi padre le daba a la bebida, a la mujeres y a la droga, y por eso también se volvía agresivo, pero vamos, que sólo me maltrataba a mí, y de vez en cuando, a mi hermana.

Las cosas no iban muy bien. Mis padres, a pesar de cambiarnos de ciudad seguían teniendo discusiones y a los dos años se separaron, y yo me quedé con mi madre y mi hermana a vivir juntas. Un día a mi madre le presentaron un chico que me parecía muy majo, y simpático. Mi madre empezó a salir con él sin que nosotras lo supiéramos, hasta que un día lo descubrí y mi madre nos lo contó: que salía con él y que la quería y que éste no le iba a pegar.

Yo con mi hermana tenía miles de discusiones. Nos pegábamos

y todo, pero las dos nos alegramos por mi madre, y ya no íbamos a sufrir más maltrato por parte de mi padre. Íbamos a estar bien. Mi madre tenía a su pareja, mi hermana y yo íbamos a estar tranquilas aunque yo más tranquila que todas porque yo era la que más sufría. Me equivoqué. Empezaron los problemas con mi madre y con su novio. Yo tenía 15 años.

Yo tuve una discusión con él porque me propuso una cosa que no me gustó, y es que me liase con él y yo le dije que no porque él era el novio de mi madre, y me enfadé mucho cuando me lo dijo. Y a los dos días discutí con mi madre porque nos estaba obligando a trabajar y que la mitad del sueldo fuera para pagar la habitación, la luz, el agua, la comida... y a mí eso de que mi propia madre me pidiese dinero para poder vivir en su casa no me gustó. Nos pusimos a discutir las tres: mi madre, mi hermana y yo, y de la misma rabia le dije a mi madre que tuviese cuidado con su novio, que me había propuesto liarme con él y yo le había dicho que no. Ella fue y se lo preguntó a su novio, y su novio se lo negó todo, que él no había dicho eso nunca, que yo lo había dicho para separarles, que soy una mala persona...

Mi madre nos echó de casa a mi hermana y a mí, y nos fuimos a un piso las dos solas. Mi padrastro solo ayudaba a pagar el piso a mi hermana, a mí no. También le regaló un perro y muchas cosas más. Así estuvo unos meses, hasta que desapareció no se supo nada de él. Nadie lo volvió a ver ni hemos vuelto a saber de él.

Mi hermana y yo, a pesar que mi madre nos echara de casa, yo hablaba con ella, aunque poco. Mi hermana me prohibió hablar con ella y decidió poner normas y horarios en la casa, que ella no cumplía.

Lo hacía yo todo en casa, y ya no podía más porque si quería una chacha o una esclava ¡que me pagase por limpiarla la mierda, a ella y al perro, que era más sucio todavía! Mi hermana decidió no dejarme salir de casa.

Yo como estaba muy enfadada cogí y llamé a mi madre por el móvil, y le dije lo que estaba pasando con mi hermana, y mi madre llamó a mi hermana y le riñó. Por la noche, cuando vino mi hermana a casa me pegó y me dijo que por qué había llamado a mi madre y se lo había contado, si ella ya no forma parte de nuestra vida...Y

esa misma noche a la madrugada llamé de nuevo a mi madre para que viniese a buscarme porque mi hermana estaba insoportable, no paraba de insultarme y pegarme, cuando de repente, mi hermana se tiró encima de mí y mi madre se metió por medio. Mi madre y yo fuimos a denunciarla por maltrato. Después de todo esto, yo me puse a trabajar en la plantación con mi madre, a escondidas de mi hermana hasta que dos semanas después le conté que estaba trabajando. No le sentó muy bien, que a pesar de que mi madre nos hubiera echado de casa yo siguiera teniendo relación con ella, y como mi hermana no aguantaba eso, me dijo que me fuese del piso y yo me fui de allí a los tres días. Mis cosas se las dejé a una amiga en su parcela y yo me quedé con algo de ropa, y si os digo la verdad, poca gente sabe que unos meses después me quedé en la calle durmiendo, sin comer, sin tener dinero, ni nada...

“...mi padre pagaba los enfados conmigo, y me insultaba y me pegaba mucho. Mi madre me tenía que llevar a urgencias muchas veces de lo fuerte que me daba”

Una mañana de esas que estaba en la calle, me fui al garaje de mi madre porque hacía frío, pero ella no lo sabía hasta que me vio subir por las escaleras del portal y me dijo que qué hacía yo ahí, y yo le dije que «solo venía a buscar mi bici», y me fui por ahí a los parques, al embalse... Hasta que una señora me vio muchos días tan temprano en la calle, y me dijo que qué hacía ahí tan sola, y a esas horas, y yo le dije que no tenía otro sitio donde estar. Me preguntó por mi familia, le dije que no tenía familia, que mi familia pasaba de mí, que había tenido muchos enfrentamientos y denuncias con ellos.

Esta señora me acogió en su casa durante un tiempo. Estuve hablando con su hija, que encima intimamos mucho y yo me di cuenta de que me gustaban las mujeres, y ahí comenzamos un

romance y el tiempo que estuvimos lo pasamos bien, porque me sirvió de gran apoyo, y me ayudó mucho.

Después de ese romance me tuve que ir a un centro de menores porque yo ya no podía estar en esa casa, yo veía que esa señora no podía ya mantenerme y pasaba de molestar. Hablé con ella y se lo dije, que me quería ir a un centro de menores, y me ayudó para irme. En ese Centro, la verdad que me trataron muy bien. Estuve un año, de lunes a viernes teníamos a tres educadores en cada hogar y los fines de semana venían los Tamis.¹

Me acuerdo una noche que una amiga y yo nos escondimos en lo alto del mueble del salón, y el de noche no nos encontraba, y fueron a buscarnos por la calle y todo, y no nos encontraron hasta que nosotras nos bajamos. Nos castigaron copiando 100 veces «no volveremos a escondernos nunca más de los educadores».

Luego me vine a Valladolid al Hogar El Juglar, de Fundación Adsis. Al principio de estar allí se me hacía raro el cambio, porque aquí tenía más libertad. Podía estar a mi bola, tenía mis amigos y amigas...aunque si te digo la verdad no tenía mucha relación porque cada uno hacía lo que quería. Cuando bajé al Servicio de Transición, de Fundación Adsis, era mejor porque te dejaban la llave del piso y entrabas y salías cuando querías, te dejaban dormir fuera, llevar a comer a casa a una amiga... Se portaron bien los educadores. Yo les cogí mucho cariño, aunque me expulsaron del piso porque les engañé diciéndoles que sí que iba a clase y no iba, me iba por ahí hasta que me pillaron porque llamaron del curso diciendo que no estaba yendo. Los educadores me ayudaron en el momento de irme. Yo les dije que me iba a ir al pueblo y ellos hasta me pagaron el autobús, pero yo no me fui. Primero me fui a vivir con una chica, pero me recomendaron que me alejara de ella y me fui con otra que me acogió hasta que encontrase otra cosa, pero al final me quedé con ellas viviendo y siempre se lo agradeceré, el que me acogieran en su casa y me diesen la confianza y que me hayan apoyado en lo bueno y en lo malo. Las tengo mucho cariño y aprecio.

Mi consejo es que no os merecéis que os traten mal en vuestra casa y que si deciden irse de allí, van a estar los educadores de los centros. Y cuando estén en el Centro, que valoren lo que tienen y

1 *Técnicos de Atención a Menores en Internamiento.*

no lo desperdicien que vale la pena estar ahí.

Y a la gente que es bisexual, que no se corten, y no tengan vergüenza, que eso es normal. No somos raros ni nada así. Porque yo al principio tenía miedo de decírselo a mi familia y ahora lo saben y me aceptaron como soy. Y la gente que me conoce me acepta tal y como soy, y el que no te acepta es que no se merece tu amistad.



Ilustradora: Almudena Suárez

Agradecimientos

Quiero agradecer a todo el equipo educativo del Programa de Preparación a la Vida Independiente, que Fundación Adsis lleva en Valladolid (*Alejandra, Alfonso, Ana, Elena, Jonatan, Julio, Marta, Nieves, Sole y Zaida*) su dedicación, esmero y disponibilidad en la preparación del libro y de los actos del 20º Aniversario. En el libro los jóvenes nos hablan de ellos, con cariño y grato recuerdo, gracias a su profesionalidad y calidez con la que desarrollan su tarea educativa en el cada día.

Quiero agradecer a la comisión preparatoria del 20 Aniversario de Fundación Adsis, el trabajo en equipo, la ilusión y el empeño por que salga adelante este libro publicado. A *Marta* por tu incansable dedicación a los jóvenes que han participado en el libro, a *Nieves* por tu capacidad para introducirte en las redes de internet y recuperar relaciones con jóvenes que habíamos perdido. A *Diego*, voluntario del Proyecto Enlace por tu dedicación y la ilusión que nos has transmitido en este tiempo. A nuestros amigos de *Capitán Quimera*, especialmente a *Javi*, por la participación desinteresada en la comunicación y diseño de los actos del 20º Aniversario y en la idea original del libro. Gracias también a todo el equipo de comunicación de Fundación Adsis, ¡qué hubiéramos hecho sin ellos!, su inspiración, ideas y la coordinación estrecha vivida durante estos meses.

Quiero también agradecer a todas las empresas y entidades que nos han apoyado, y han colaborado en la celebración del 20º Aniversario. (El detalle de cada una de ellas se puede encontrar en nuestra web: www.fundacionadsis.org y www.adsis20vall.org).

Y por supuesto, quiero agradecer a todas las Administraciones, especialmente a la Consejería de Familia e Igualdad de Oportunidades de la Junta de Castilla y León, con la que hemos trabajado codo a codo en esta tarea educativa con los menores y jóvenes que vienen del Sistema de Protección, durante estos 20 años.

Puedo decir con orgullo, que este libro ha salido adelante gracias a un trabajo ejemplar en equipo.

Mª Aurora Corona Velasco
Directora de Fundación Adsis en Castilla y León

Fundación Adsis ha sido clave en el cambio que han hecho estos jóvenes en sus vidas. Para poder ayudar a más jóvenes, necesitamos tu ayuda.

Colabora con Fundación Adsis:

**Por teléfono:
902 367 665**

**Por internet:
www.fundacionadsis.org/haztesocio**

**Haciendo una transferencia ahora:
0049-0001-54-2210031232
(BSCH)**

Fundación Adsis es una entidad sin ánimo de lucro que desde hace más de 45 años trabaja para que las personas en riesgo de exclusión social encuentren oportunidades para desarrollarse personal y profesionalmente. Fundación Adsis trabaja principalmente junto a los jóvenes, puesto que cree que su desarrollo personal y profesional permitirá construir una sociedad más justa y solidaria, y ofrecerá un futuro mejor para todos y todas. Esta labor la llevamos a cabo a través de programas educativos y de formación profesional, educación en valores, sensibilización social y cooperación al desarrollo. Fundación Adsis trabaja en 23 centros situados en 12 provincias españolas y en 6 países de Latinoamérica.





Mirando al futuro
se enmarca dentro de las
actividades realizadas por
Fundación Adsis en la
conmemoración del 20 aniversario
de su presencia en Valladolid.

Los jóvenes autores que han
compartido su historia en este libro,
tienen como nexo de unión que
en algún momento de su vida han
vivido en los Pisos Tutelados del
Hogar: «El Juglar» o en el Servicio
de Transición a la Vida Adulta,
proyectos que desarrolla Fundación
Adsis en la ciudad de Valladolid.

Con los jóvenes,
por el futuro

www.fundacionadsis.org
www.adsis20vall.org

